ENRIQUE ANDÚJAR



OVER LIGHT

PARTE DOS

Enrique Andujar

Overlight

Parte dos

Copyright © 2024 by Enrique Andujar

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DEL PROGRAMA OVERLIGHT?

Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO “OVERLIGHT PARTE DOS”

LA EXPERIENCIA

EL AMANECER DEL NUEVO MUNDO

NUMEN

CAPÍTULO 1

Noviembre de 2024

Eran las cinco de la tarde de un lluvioso domingo de noviembre cuando Sara recibió la llamada más importante de toda su vida.

Debía ducharse y vestirse en menos de media hora si pretendía llegar a la entrevista de trabajo que tenía programada a las seis en punto al otro lado de la ciudad.

Le parecía extraño que la entrevista fuera a realizarse en domingo, pero le habían dicho que esa misma mañana se había quedado libre una vacante, y que, si la entrevista iba bien, entraría a trabajar al día siguiente.

Así que no tenía un solo minuto que perder.

Estaba segura de que habría más pretendientes en busca de esa oportunidad y, aunque no pensaba que hubiera demasiados con sus credenciales, no por ello podía permitirse el lujo de llegar tarde.

Se duchó en ocho minutos, se vistió en diez y, aunque se probó tres conjuntos diferentes, en menos de treinta minutos ya estaba lista para salir por la puerta.

Llevaba puesta una camisa blanca sin estampados a la vista y un pantalón de vestir negro. No había tenido demasiado tiempo para pensar en qué ponerse y lo único que quería era aparentar seriedad.

Se recogió el pelo en un moño y se colocó por la espalda una americana a conjunto que no había usado en todo lo que llevaba de año.

Hacía tiempo que Sara vivía sola. Llevaba estudiando en la universidad desde los dieciocho años y, aunque no había encontrado ningún trabajo relacionado con su carrera, había compaginado sus estudios con diferentes trabajos de fin de semana. Sobre todo de camarera en diferentes restaurantes.

Sin embargo, esta vez tenía ante ella la oportunidad que había estado esperando durante mucho tiempo.

Su trabajo soñado.

Aunque también era cierto que no estaba todo lo bien remunerado que ella hubiera deseado.

La entrevista era para *Free Energy*, una empresa islandesa de energías renovables. De hecho, una de las más potentes del país, había abierto hacía un año una sede en España para aprovechar el sol del país como una de sus fuentes de abastecimiento. Y ahora necesitaba trabajadores nacionales cualificados en esa área.

Sara estaba terminando un máster de Energías Renovables y su trabajo de fin de grado había tratado acerca de la necesidad de crear leyes que favorecieran este tipo de actividades.

Estaba convencida de que era absurdo que se necesitara tanta cantidad de energía nuclear en un país como España, sobre todo cuando una gran cantidad de energía se tenía que comprar en el extranjero a causa de la poca cantidad de centrales nucleares en el país. Por lo que esperaba ser una buena candidata para obtener el puesto.

No le había dado tiempo de preparar absolutamente nada para la entrevista, ni siquiera había llegado a hablar con nadie de la empresa. De hecho, había sido un profesor suyo del máster quien la había recomendado para el trabajo y él mismo la había llamado para avisarla.

Cogió el frasco de colonia *Halloween* que siempre tenía encima del escritorio de su habitación y se la puso en el cuello y las muñecas.

Usaba la misma desde que tenía trece años.

Su hermano se la había comprado por su cumpleaños y nunca había dejado de usarla. Le daba buena suerte.

Estaba la mar de nerviosa.

Era una gran oportunidad y no quería dejarla pasar bajo ninguna circunstancia. Si hubiera dispuesto de más tiempo, habría paseado por su casa para relajarse, como hacía siempre que estaba nerviosa. Sin embargo, esta vez no tenía tiempo de hacer prácticamente nada, debía darse prisa.

Salió del portal sin coger el paraguas. Había salido tan rápido que no se había dado cuenta de que estaba diluviando y no le quedaba tiempo para subir a cogerlo.

Miró el reloj, tenía media hora para cruzar la ciudad y se estaba empapando.

De primeras se había planteado la posibilidad de coger el autobús. De esa manera, no tendría la necesidad de aparcar al llegar, pero la parada estaba a tres manzanas y era caminar demasiado bajo esa lluvia en ausencia de un paraguas. Así que decidió que su mejor opción pasaba por coger el coche que estaba aparcado justo delante de su portal.

Tardó veinte minutos en llegar a la dirección que le habían dado. Era una zona de la ciudad que no conocía demasiado, pero por suerte para ella, había llegado sin demasiados contratiempos.

Tras menos de cinco minutos de dar vueltas alrededor del edificio, ya estaba aparcada y preparada. Ahora disponía de otros cinco para encontrar la dirección exacta y relajarse antes de entrar.

Se quedó de pie sin moverse frente al edificio. No había dispuesto de tiempo para sufrir los nervios y ahora le venían todos de golpe. Inspiró con fuerza y se adentró sin mirar atrás.

Su profesor le había advertido de que, en el caso de conseguir el puesto, era bastante probable que tuviera que irse a vivir a la capital. Y por supuesto, ella contestó que no tenía ningún problema con ello. Su madre se pondría hecha una furia, pero bueno…

Los problemas era mejor enfrentarlos de uno en uno.

El local era un pequeño pub con decoración irlandesa y una inmensa cantidad de cervezas dispuestas en las estanterías de detrás de la barra. A Sara le encantaba la cerveza, pero pensó que no era el mejor momento para demostrarlo.

Había tres mesas ocupadas.

Alrededor de la primera, dos niños corrían mientras una mujer de treinta y tantos años trataba de que se detuvieran sin demasiado éxito.

En la mesa de la derecha, una pareja discutía a voz en grito. La chica levantaba mucho la voz y su acompañante bajaba la cabeza y soltaba algún suspiro intermitente.

—Algo habrá hecho —farfulló Sara para sí misma adentrándose en el local.

Y en la tercera mesa estaba sentado un hombre solo. Tendría más de cincuenta años, estaba ligeramente entrado en carnes, tenía un abundante pelo cubierto de canas y, aunque estaba sentado, daba la impresión de que no era muy alto. El hombre parecía leer algún tipo de informe cuando levantó la cabeza y miró a Sara con interés.

—Muy buenos días, señorita García, por favor, tome asiento —saludó el hombre en un inglés perfecto. El profesor Santos no le había dicho que tendría la entrevista en inglés, aunque tratándose de una empresa islandesa, tampoco era de extrañar.

Sara lo hablaba con bastante soltura gracias al año que había pasado de Erasmus en Estocolmo. Le parecía alucinante que allí todo el mundo lo hablara a la perfección, incluso los ancianos; algo que a Sara le parecía una locura.

No se imaginaba a sus abuelos ni siquiera murmurando alguna palabra en otro idioma. Les era complicado incluso pronunciar cualquier nombre americano. De hecho, Sara se partía de risa cada vez que su abuela pronunciaba a *John Wayne* como *«Llon baine»*, incluso un día le había instado a que intentara pronunciar *Arnold Schwarzenegger*, y ella y su hermano Rafa habían estado riéndose durante horas con el resultado.

Recordar a sus abuelos provocó que se entristeciera. Estaba muy unida a ellos y hacía años que habían fallecido.

Sara intentó no pensar en ello.

Estaba en medio de la entrevista más importante de su vida. Si le iba bien, se dedicaría a lo que ella más quería y, además, podría irse a vivir a la capital; incluso fuera de España si tenía suerte, teniendo en cuenta que la empresa era islandesa, seguro que esa posibilidad existiría en algún momento de su futuro.

Saludó con cortesía antes de tomar asiento.

—Mi nombre es Kristjánsson Stefansson —se presentó el hombre mientras le tendía la mano.

—Es un placer conocerle, señor Stefansson. Yo soy Sara, Sara García —contestó ella, recibiendo su mano y apretándola firmemente. A Sara se le hacía extraño no dar dos besos, pero sabía que no en todos los países se hacía de forma natural la primera vez que conocías a una persona.

—Encantado, señorita García, pero llámeme Krist, por favor.

Sara asintió.

—Claro, Kirst, pero haz tú lo mismo, por favor.

—¿Quiere que también la llame Kirst? La gente nos confundiría —dijo Kirst con una sonrisa de oreja a oreja.

Sara se sonrojó, aunque el chiste había provocado que se sintiera cómoda; ya comprendía la razón de que se dedicara a hacer entrevistas, había logrado romper el hielo de forma sutil pero directa.

—Llámame, Sara, por favor —dijo tras unos segundos.

—Por supuesto, Sara, así será todo mucho menos serio —comentó Kirst mientras levantaba la mano en busca del camarero—. El señor Enrique Santos, el hombre que nos proporcionó su nombre, fue nuestra primera opción en el puesto que ha quedado vacante, sin embargo, está

demasiado cómodo con su trabajo como profesor en la universidad, y supongo que cambiar de ciudad teniendo hijos pequeños era algo que no estaba dispuesto a plantearse.

El camarero llegó junto a ellos y les preguntó lo que querían tomar. Krist dejó a un lado la conversación para pedir un café cortado con sacarina y un cruasán.

Tenía un español sin errores, aunque con un fuerte acento islandés.

Sara pidió un zumo de naranja porque, aunque su cuerpo le pedía café, estaba demasiado nerviosa como para tomar cafeína.

Como Krist le había hablado en español al camarero, Sara supuso que el hecho de hablar con ella en inglés simplemente había sido una forma de comprobar que ella lo hablara con suficiente fluidez. Esperaba haber superado la prueba.

—¿Por dónde iba? —preguntó Krist volviendo al inglés—. Ah, sí —continuó sin esperar respuesta—, ¿cuándo podría empezar?

—Cuando fuera necesario, mañana mismo si hiciera falta —contestó Sara, intentando no parecer desesperada.

—Estupendo, pues mañana a las diez de la mañana la espero en el Ave dirección a Madrid. Yo viajaré con usted y la acompañaré a la oficina. Allí le enseñarán todo lo que necesita saber.

Sara se quedó de piedra.

¿Había conseguido el trabajo?

¿Cuándo?

No se había dado ni cuenta.

El camarero llegó con la bebida y el cruasán de Krist, lo dejó encima de la mesa y se retiró de vuelta a la barra mientras Sara continuaba en estado de *shock*.

—¿Ya ha acabado la entrevista? ¿He conseguido el trabajo? —preguntó Sara, anonadada.

—Oh, señorita Sara, esto no era una entrevista. El trabajo era suyo desde que hablamos con el señor Santos; esto simplemente era una formalidad, una burocracia necesaria. Usted ya me entiende —contestó Krist sonriendo mientras levantaba el café para que Sara brindara con él con su zumo—. Bienvenida a *Free Energy*.

Sara no podía creerse lo que acababa de ocurrir. Hacía varios minutos que había abandonado la cafetería y caminaba sin rumbo ni dirección. De hecho, había dejado su coche junto al local.

¿Qué haría ahora?

Era consciente de que debía hablar con su madre de inmediato, pero ahora que sabía que al día siguiente se iría a Madrid, tenía muchísimas cosas que hacer.

Sacó su móvil y dejó un mensaje al grupo que tenía con sus amigas con tal de quedar con ellas esa misma tarde. No podía, o más bien, no debía, acostarse demasiado tarde porque madrugaba al día siguiente; sin embargo, necesitaba contarles todo lo ocurrido y despedirse de ellas en condiciones.

Les propuso tomar una cerveza a las ocho en una cervecería próxima a la universidad.

Ella invitaba.

Tras unos pocos segundos, sacó de nuevo su móvil, marcó el número de su madre y llamó con los ojos repletos de lágrimas a causa de la emoción.

CAPÍTULO 2

Noviembre de 2024

Sergio abandonó el edificio hecho una furia y con una idea rumiando en su mente.

No quería volver a ver a Laura en lo que le quedaba de vida.

Porque…

¿Cómo podía haberle hecho algo tan rastrero después de todo lo que habían pasado juntos?

Lo había traicionado.

No solo por haberle engañado con otra persona, sino por haberle dejado de querer sin que él se hubiera dado cuenta.

¿Cómo podía haberle hecho eso a él?

A él, que lo había hecho todo por ella.

Se había peleado con sus padres.

Había dejado su trabajo, incluso había dejado de ver a sus amigos, y ahora, de la noche a la mañana, se había acabado.

Porque joder, tampoco es que fuera idiota… Él era plenamente consciente de que ella nunca había sentido lo mismo que él por ella, pero había hecho todo lo que estaba en su mano para equilibrar la balanza.

Sergio sentía que Laura había sido realmente egoísta para con él. Ella podría habérselo contado justo después de que hubiera ocurrido. De esa manera seguro que habrían podido solucionarlo.

Pero no…

Ella tenía que callarse hasta que les explotara a ambos en la cara.

Trató de convencerse a sí mismo de que, si Laura se lo hubiera contado en el debido momento, él no estaría tan enfadado.

Aunque en el fondo sabía que no era cierto.

Lo que sentía no iba a acompañado de un pensamiento racional, sino de sus instintos más primitivos. Por mucho que Laura se lo hubiera contado desde el primer momento, la odiaría igualmente por haberle destrozado la vida.

Caminó por la calle con los ojos repletos de lágrimas. Aunque caía tanta agua que se camuflaban con la lluvia.

No sabía dónde ir…

La casa de sus padres no era una opción.

Llevaba demasiado tiempo sin ver a su padre como para presentarse allí, y lo último que quería escuchar era un “ya te lo dije”.

Quizás podría llamar a alguno de sus amigos, aunque hacía mucho tiempo que no quedaba con ellos por culpa de Laura y posiblemente estuvieran enfadados con él. Además, era domingo, todos trabajarían al día siguiente y no querrían salir de su casa.

Siguió caminando sin rumbo, empapándose a cada paso que daba.

Tampoco le importaba lo más mínimo.

Continuaba dando vueltas a la manzana como un desquiciado cuando se topó con su coche y, aunque no tenía ningún lugar adonde ir, no quería estar cerca cuando Laura se fuera de casa.

Deambulaba sin rumbo por la ciudad cuando sonó su móvil. En un primer momento, le pasó por la cabeza que pudiera tratarse de Laura y, aunque le había dicho que no quería saber nada de ella, sintió un atisbo de esperanza que se desvaneció entre la lluvia al comprobar que era su padre quien llamaba.

¿Qué querría ahora? ¿Le habría llamado Laura para contarle lo ocurrido y querría hablar sobre el tema?

Sergio lo dudaba. Se habían llevado realmente mal desde hacía mucho tiempo. Si sentía la necesidad de llamar a alguien, nunca habría sido a su padre.

Acababa de abrir la ventanilla del coche cuando una gran ráfaga de viento se adentró y le golpeó el rostro. Cogió el móvil con la mano y lo lanzó hacia el exterior directo contra la calzada. El aparato se rompió en mil pedazos antes de desparramarse bajo la lluvia.

Ahora hiciera lo que hiciera, y fuera adonde fuera, nadie osaría molestarle. Condujo hasta el primer bar que encontró. Un antro en el que, pese a la prohibición de tabaco en lugares cerrados, estaba repleto de humo. Caminó hasta la barra, pidió una cerveza y permaneció mirando al suelo, pensativo.

El bar estaba prácticamente vacío, algo lógico teniendo en cuenta que era una tarde de domingo. Los únicos clientes parecían ser un grupo de hombres de mediana edad borrachos, que discutían sobre fútbol junto a la barra. A él no le gustaba el fútbol y, aunque no fuera de esa forma, tampoco hubiera tenido ganas de escuchar esa conversación de borrachos, en la que argumentaban y se contradecían constantemente mientras se abrazaban y decían lo buenos amigos que eran todos.

Sergio se levantó y se dirigió a la mesa más alejada de la gente, en una de las esquinas junto al billar. El local estaba oscuro y con la presencia del humo prácticamente no se veía nada a más de un metro de distancia.

Se sentía cómodo en solitario.

Al cabo de unos pocos minutos pidió dos cervezas más que le supieron a poco. Así que se pasó al whisky. Tras el primer trago casi acaba vomitando. Estaba mucho más fuerte de lo que había imaginado, sin embargo, después de dos o tres tragos comenzó a tolerarlo.

Y cuando llegó al octavo, incluso diría que le gustó.

Después de una hora de recrearse en sus penurias, decidió que ya había transcurrido el tiempo suficiente como para que Laura se hubiera marchado y no pudiera encontrársela, así que decidió que era hora de volver a casa. Se acercó a la barra y pagó una cuenta más abultada de lo que su actual bolsillo podía permitirse.

Dedicó una ojeada a los hombres que seguían con un debate acalorado, aunque esta vez la situación no le pareció tan tremendamente deprimente.

Quizás la razón se debiera a que él iba tan borracho como ellos y su imagen era igual de patética.

Salió del bar, entró en su coche y se lanzó hacia una borrosa carretera.

CAPÍTULO 3

Enero de 2031

La habitación estaba repleta de información cubriendo las cuatro paredes.

Había fotografías, noticias de periódico, incluso árboles genealógicos que se remontaban a treinta años atrás.

Rachel estaba asombrada con todo lo que estaba viendo, sobre todo por las muchísimas fotografías de esa niña de la que Andrea y el tal Olmedo habían hablado en el cementerio, la tal Alina Peshkova.

En algunas de ellas aparecía su padre, Ivan Peshkov, que, según los datos que había escritos sobre él en la fotografía, había muerto hacía dos años. Y su madre, Irina Peshkova, con la que vivía a las afueras de Moscú.

También había imágenes de un hombre llamado Vasili Dvorkin al que Rachel ya conocía. De hecho, dudaba mucho que existiera algún agente de policía que no conociera su nombre.

Ese hombre estaba señalado como uno de los hombres más buscados por la Interpol por su odio hacia los Estados Unidos. Y, por si no fuera suficiente, era hijo de un antiguo y poderoso excomandante del Kremlin.

Vasili también había pertenecido al servicio secreto ruso, sin embargo, según sus argumentos e ideales, pensaba que su país no era más que un lameculos de occidente y dejó la inteligencia soviética. Con el tiempo, creó su propio ejército paramilitar con el que había cometido numerosos atentados en puntos estratégicos de occidente durante los últimos años.

Era un hombre rudo de unos cincuenta años, rubio, con ojos azules y más alto que la media, aunque no lo suficiente como para que llegara a sobresalir por su altura.

Rachel caminaba por la sala con el cerebro a pleno funcionamiento.

Las paredes estaban a rebosar de información.

Todo lo que alguien pudiera necesitar saber acerca de cualquiera de esas personas se encontraba en esas cuatro paredes, sin embargo, seguía sin comprender qué era lo que tenía que ver ese hombre con la niña.

Como tampoco sabía qué intenciones podría tener Andrea Gentile con ambos dos.

Ya era prácticamente la hora de su vuelo, y aunque a Rachel le hubiera gustado seguir investigando la habitación y ponerla patas arriba hasta entender qué era todo lo que estaba ocurriendo, su avión saldría de un momento a otro y no se planteaba la opción de perderlo.

Realizó tanto fotografías como vídeos de las paredes, con la intención de poder estudiarlas durante el trayecto, y salió de la casa por la ventana por donde había entrado en primer lugar.

Nada más llegar a Moscú, tras un retraso de más de dos horas y una aburrida escala en Zúrich, se percató de que no llevaba la ropa de abrigo necesaria como para enfrentarse a las

temperaturas a las que allí se iba a encontrar. Aunque, por suerte para ella, en el propio aeropuerto fue capaz de comprar todo lo necesario para abrigarse adecuadamente.

Nada más salir del aeropuerto fue directa a la habitación que había alquilado el día anterior y, después de dejar allí sus pertenencias, se dispuso a ojear las fotografías que había hecho de la extraña habitación secreta del otrora agente Gentile.

Rachel era consciente de que dar con ese hombre en Moscú era una auténtica locura, pero claro, encontrar a la niña sería una tarea mucho más sencilla, sobre todo teniendo en cuenta la gran cantidad de información de la que disponía acerca de ella.

Y si daba con la niña, estaba convencida de que tarde o temprano Gentile aparecería. Ben, su compañero en el FBI, le había proporcionado la dirección donde la niña vivía con su madre, así que decidió aguardar por los alrededores hasta que Gentile se dejara ver.

La nieve inundaba las calles de la inmensa ciudad. Rachel llevaba toda su vida viviendo en una ciudad donde nevaba prácticamente cada año, sin embargo, nunca había visto nada parecido. La cantidad de nieve era totalmente irreal.

Después de ubicar la dirección de la niña, decidió que era demasiado peligroso enfrentarse a ese hombre totalmente desarmada. Le había sido del todo imposible embarcar su arma desde los Estados Unidos y ni se había planteado la opción de tratar de meterla en Rusia. Sin embargo, después de tirar de algunos contactos de la embajada con los que había trabajado años atrás, fue capaz de comprar un arma antigua en los suburbios de la ciudad.

No se fiaba en absoluto de que realmente funcionara, pero al menos daba el pego. Y tampoco pensaba que fuera a tener la necesidad real de apretar el gatillo.

O al menos eso esperaba.

Después de la compra del arma, aguardó durante dos horas frente a la casa de la niña. Era un edificio antiguo, únicamente de dos plantas de altura, situado en Presnensky, un barrio nacido de las antiguas fábricas de la Unión Soviética situado a las afueras de la ciudad.

El frío la estaba matando, ya prácticamente no sentía los dedos y no era capaz de dejar de temblar.

Por su mente rondaba la idea de volver al hotel para descansar y probar suerte al día siguiente, aunque enseguida la descartó. No había llegado hasta allí para tirar la toalla tan pronto.

La puerta del edificio se abrió de par en par y permitió la vista de la niña con la compañía de su madre. Rachel comprobó la identidad de Alina con la ayuda de algunas de las fotografías de la habitación secreta de Gentile antes de seguir sus pasos por las frías calles de Moscú.

Cuando llegaron a la calle Mantulinskaya, una calle principal con alto tránsito, se detuvieron con intención de coger un taxi. Rachel imitó sus movimientos y ambos vehículos se dirigieron hacia el centro de la ciudad.

Era extraño que Gentile no hubiera dado señales de vida y Rachel se estaba impacientando.

Al fin y al cabo, por mucho que la niña tuviera mucho que ver con ese hombre, él era la verdadera razón de su investigación.

El taxi en el que viajaba la niña se detuvo en un semáforo antes de que el de Rachel se detuviera justo detrás. Si la madre de Alina fuera una agente de policía o inteligencia, se habría percatado al momento de que las estaban siguiendo desde que habían salido de su casa, pero Rachel esperaba que al tratarse de una civil ni siquiera se planteara tal cosa.

El semáforo se acababa de poner en verde cuando un coche se interpuso en su camino y Andrea Gentile se apeó del vehículo con un arma en la mano en dirección a Alina.

Rachel salió del taxi a toda velocidad con la intención de intervenir, mientras el conductor, que estaba tan asustado que no la detuvo con tal de que le pagara la carrera, aceleró marcha atrás todo lo rápido que fue capaz y desapareció de su vista.

Andrea Gentile se acercó a la parte trasera del taxi y, apuntando a la madre, sacó a la niña del vehículo cogiéndola por un brazo mientras su madre no paraba de gritarle en lo que Rachel suponía que sería en ruso. Ella, evidentemente, no comprendía ni una sola palabra, pero parecía que el exagente Gentile sí que lo hacía por la manera en la que contestaba mientras metía a la niña en su coche.

Rachel se acercó despacio, sacó el arma que había comprado en los suburbios de la ciudad y se dirigió directamente hacia Andrea Gentile.

El hombre se sorprendió al verla allí.

Daba la sensación de que su presencia definitivamente no entraba en sus planes. Lo apuntó con el arma a la cabeza, observando a la niña llorando en el interior del coche.

—¡Suelta el arma, Gentile, déjala en el suelo y deja que la niña salga del coche, ahora mismo! —ordenó Rachel posicionándose frente al coche de Gentile.

La madre de la niña no paraba de gritar. Mientras tanto, la pequeña lloraba y trataba de salir del coche por la fuerza sin apenas resultados.

Andrea miró en dirección a Rachel con sorpresa en sus ojos. Realmente no esperaba que nadie apareciera en ese momento y daba la sensación de que no sabía el modo de actuar.

—Se está equivocando, inspectora Frye, yo no soy su enemigo —dijo Andrea mientras dejaba el arma en el suelo.

—Deja que la niña salga del coche y luego veremos si eres o no mi enemigo —contestó Rachel con voz autoritaria.

—No sabe lo que está haciendo, deje que me vaya con la niña —dijo Andrea sin apartar la vista de Rachel—. Por favor.

Rachel avanzó unos cuantos pasos hasta situarse justo al lado del coche sin dejar de apuntar a Andrea. Abrió la puerta de atrás e hizo que Alina se apeara del vehículo. La madre se acercó a la carrera, cogió a la niña en brazos y la subió al taxi con el que había llegado, que arrancó y desapareció de su vista.

—¡Entra en el coche y conduce! —ordenó Rachel en dirección al exagente italiano.

—¡Mierda! No tienes ni puta idea de lo que acabas de hacer. La has sentenciado —dijo Andrea en italiano realmente enfadado.

—No tengo ni idea de qué es lo que has dicho, pero me importa una puta mierda. Te he dicho que subas al maldito coche —insistió Rachel subiendo el tono de voz.

—No sabes lo que has hecho, tenemos que coger a la niña ahora mismo —dijo esta vez en inglés tratando de serenarse.

—No me vas a convencer. La niña estaba con su madre y la has atacado con una pistola, ¿de verdad piensas que me voy a creer algo de lo que me digas? Sube al puto coche —repitió Rachel.

—Pero, ¿qué demonios es lo que haces tú aquí? Por Dios bendito, ¿no podías haber aceptado a ese desgraciado de Marshall con un lacito y haber seguido con tu vida? Con una

carta de agradecimiento era más que suficiente, joder.

—No puedes enviar esa caja sin dar ninguna explicación y no esperar que nadie te busque.

—Bueno, hasta ahora me había ido bastante bien. De hecho, sigo sin comprender qué es lo que haces aquí. ¿Has viajado hasta Rusia solo para dar con alguien que te proporcionó todo lo que necesitabas para atrapar al cabrón que se te llevaba escapando durante meses? Tú no estás bien de la cabeza. Pero bueno… Vámonos de aquí antes de que llegue la policía de Moscú, ni tú ni yo podemos explicar nada de lo que acaba de pasar —dijo Andrea mientras se subía en el coche

Rachel se sentó en el asiento del copiloto sin dejar de apuntar a Andrea con la pistola en el estómago, justo por debajo de la ventanilla para que no se viera desde el exterior.

—Arranca, vamos a donde sea que te hospedes, rápido.

—Inspectora Free, no tiene ningún tipo de autoridad aquí. ¿Qué va a hacer, entregarme? ¿Matarme? —preguntó Andrea, dejando de lado el tuteo mientras conducía.

—No, pero he venido a por respuestas y no me iré de aquí sin ellas.

—No tiene ni idea de lo que ocurre, pero evidentemente no debí enviarle esa caja. Fallo mío —dijo Andrea antes de cambiar de carril—. La he cagado pero bien.

CAPÍTULO 4

Noviembre de 2024

Sara comenzaba a asimilar que era muy posible que el día siguiente podría convertirse en el primer día del resto de su vida. Todo lo que había deseado a lo largo de los últimos años parecía que iba a cumplirse en unas pocas horas.

Cogería un tren sin mirar atrás y trabajaría en lo que llevaba tanto tiempo estudiando.

La tarde había sido la mar de agradable, todas sus amigas la habían felicitado y, aunque la iban a echar de menos, se habían alegrado mucho por ella y su futuro.

También había tratado de llamar a su hermano con la intención de ponerle al día de su nueva situación, pero este no le había cogido el teléfono.

Tendría que intentarlo en otro momento.

Ahora quería acostarse lo más temprano posible y tratar de descansar, de hecho, seguramente ni siquiera cenaría nada. Tenía el estómago completamente cerrado por los nervios.

Estaba tan aterrada como emocionada al mismo tiempo, hasta su madre se había sorprendido al verla tan nerviosa cuando habían hablado por teléfono unas horas atrás.

La lluvia era realmente densa y oscura, incluso más que en el momento de salir de casa en dirección al bar. Según la emisora de radio que llevaba sintonizada en su coche, no había llovido de esa manera en Valencia desde la inundación del río Turia en 1957.

Sara no conducía a excesiva velocidad. La lluvia era demasiado intensa como para ir haciendo el cabra y la visibilidad era prácticamente nula. De hecho, la mayor parte de los coches que circulaban a su alrededor iban del mismo modo, lentos y cuidadosos. Con la única excepción de un motorista que la adelantó por la derecha y provocó que se sobresaltara del susto.

Se trataba de un repartidor de una pizzería. Le parecía increíble que los hicieran repartir en esas condiciones. Si casi no se podía circular en coche, hacerlo en moto era una auténtica locura.

Aunque era consciente de que esa era la realidad; en el instituto había salido con un chico que trabajaba en un local parecido y siempre salía a repartir hiciera el tiempo que hiciera. Ella siempre se asustaba cada vez que hacía mal tiempo y a él le tocaba trabajar. De hecho, desde ese momento se prometió a sí misma que ella nunca pediría comida con un clima similar.

Recorría la avenida de Fernando el Católico, una de las más grandes vías de la ciudad mientras trataba de ver a través de la lluvia. Prácticamente no era capaz de ver ni los semáforos. Únicamente un ligero haz de luz que se difuminaba en verde o en rojo.

Al llegar al cruce con la calle Cuenca, cerca de la Estación del Norte y casi llegando a la Plaza España, se percató de que una luz se acercaba desde la izquierda de su ventanilla. Miró al semáforo y, cuando comprobó que lo tenía en verde, supuso que la luz se detendría en cualquier momento.

Se equivocó.

Su miedo se volvió pánico al percatarse de que la luz se volvía cada vez más grande, hasta que prácticamente no veía más que luz y, de repente, le inundó la oscuridad oscuridad. El golpe de su cabeza con el volante la dejó inconsciente al instante. Y fue mejor, porque de esa manera no tuvo que sentir el modo en el que el coche salía rodando sobre sí mismo hasta acabar atascado en una farola.

Sergio, aterrado, se golpeaba con los cuatros costados del coche sin poder hacer nada para tratar de evitarlo.

Era consciente de que había chocado contra algo y que el coche estaba fuera de su control. Tras el golpe, había salido despedido hacia el cielo y al caer, había estado dando vueltas sobre sí mismo hasta ese mismo momento en el que acababa de detenerse.

Sentía un dolor terrible en el ojo izquierdo. Le ardía y a la vez era incapaz de mover la pierna. Trataba de tranquilizarse cuando advirtió que comenzaba a perder el conocimiento.

Escuchó que unas voces se acercaban y gritaban, aunque él no alcanzaba a comprender sus palabras.

Trató de hablarles y de pedir ayuda, pero ningún sonido salió de su boca. Se sentía tan mareado que, antes de que consiguieran abrir su puerta, se desmayó sobre el volante.

Cuando despertó estaba todavía muy mareado y dolorido.

Intentaba abrir los ojos cuando se percató de que únicamente un párpado obedecía su orden. Observaba el modo en el que lo movían tumbado sobre una camilla que recorría un pasillo interminable de color blanco. Prácticamente no era capaz de distinguir nada de lo que veía, únicamente las luces de los leds del hospital que pasaban a toda velocidad.

Una mujer hablaba a voz en grito mientras avanzaban, sin embargo, solo fue capaz de comprender unas pocas palabras.

“Accidente de coche, dos heridos, la chica está grave”

Hasta ese momento no se había planteado la posibilidad de que pudiera haber chocado contra nadie, aunque, si había otro herido, era evidente que ese había sido el caso. La mujer continuó con su oratoria mientras su único ojo abierto se cerraba y el sueño se apoderaba de su cuerpo.

A los tres días despertó solo en una habitación del hospital. Alzó la mano para comprobar que uno de sus ojos estaba tapado con un parche y que únicamente era capaz de ver con el izquierdo. Ojeó a su alrededor.

Llevaba un gotero en el brazo derecho mientras que un tuvo salía de su boca y no le permitía hablar.

Le daba angustia.

Las paredes eran de un blanco nácar y los muebles parecían más bien tirar al roto. Le daba la sensación de que la habitación era demasiado amplia para una sola persona y era posible que más pronto que tarde tuviera compañía.

Recordaba todo lo que había ocurrido con Laura, aunque ya no le importaba; de un momento a otro, todos sus problemas del pasado le parecían irrisorios. Como un mal sueño del que había despertado de un guantazo.

Trataba de moverse sin éxito alguno. Todo su cuerpo parecía recordarle el martirio por el que había pasado y le dolía como si un boxeador lo hubiera estado usando a modo de saco de entrenamiento.

A los pocos minutos de estar consciente, una enfermera apareció por la puerta en la habitación, le cambió el gotero sin mediar palabra y se marchó.

Sergio supuso que iría a avisar al médico de que había despertado.

Trataba de recordar qué era lo que había ocurrido; sin embargo, la cabeza le estaba matando de dolor y le costaba pensar con normalidad.

Se acordaba de haber estado en el bar, eso sí lo recordaba.

Después había supuesto que Laura ya no estaría en casa y había cogido el coche para volver a su apartamento.

Una gota le recorrió la frente. Había cogido el coche y era evidente que había bebido de más.

Comenzaba a darse cuenta de que lo más probable era que el accidente hubiera sido por su culpa cuando le vinieron a la cabeza las últimas palabras que había escuchado antes de perder el conocimiento.

“Accidente de coche, dos heridos, la chica está grave”

“La chica está grave”.

Sergio se estremeció.

Había sido culpa suya.

Tenía que averiguar el estado de esa chica.

Trató de moverse, pero estaba demasiado débil y fue incapaz de llevarlo a cabo. Alcanzó a levantar la mano derecha, cogió el tubo que salía de su boca y trató de tirar de él hasta que se percató de que no disponía de la fuerza suficiente. Estaba tan débil y cansado que, antes de lograr que se moviera un centímetro, perdió el conocimiento y se fundió con la oscuridad.

Durante el sueño revivió una y otra vez el accidente. La lluvia caía con una fuerza tremenda y no le permitían la visión de la carretera. La sensación de haber bebido más de la cuenta lo atormentaba y, aunque quería detener el vehículo, apearse a la calle y mojarse con la torrencial lluvia, por alguna razón algo le impedía llevarlo a cabo.

Conducía y conducía, siendo consciente del resultado, hasta que este llegaba. Perdía el control del coche y acababa estampado contra el vehículo que conducía una chica sin rostro.

Una chica cubierta de sangre que moría al instante mientras Sergio agonizaba.

Cuando despertó, dio con su madre sentada junto a su cama con una cara tan roja e hinchada que evidenciaba la ingente cantidad de horas que había dedicado a llorar.

Sergio advirtió un fuerte pinchazo de culpa en el pecho, cuando ella, al ver que se había despertado, se acercó, se secó los ojos todavía cubiertos de lágrimas, y sonrió de manera forzosa.

Marta, la madre de Sergio, acababa de cumplir los cincuenta y seis años, aunque por lo bien que se conservaba y la vitalidad con la que afrontaba las vicisitudes de la vida, parecía mucho más joven de lo que realmente era. Normalmente, era una mujer elegante y presumida, que disfrutaba de la vida.

Sin embargo, la mujer que Sergio tenía frente a sus ojos era algo muy distinto. Llevaba ropa desconjuntada sobre una especie de horrible pijama que habría utilizado para dormir junto a él.

—Hola, cariño —dijo su madre antes de darle un beso en la frente y cogerle la mano con fuerza —. Voy a avisar al médico de que has despertado.

Marta fue a soltarle la mano para salir de la habitación, cuando él la agarró con fuerza. Ella se giró hacia él para percatarse de que, con la otra mano, le hacía gestos que indicaban que quería escribir algo.

Ella se levantó y se dirigió a su bolso, que estaba en un sillón al otro lado de la habitación, rebuscó durante unos segundos antes de poner cara de resignación al no encontrar lo que él le había pedido.

Acto seguido, sacó su móvil y lo acercó hacia la mano de Sergio con los hombros alzados. Esto es lo que hay, parecía querer decir.

Él cogió el móvil con mucha dificultad y, casi sin moverse, escribió…

“La chica”

Su madre lo miró con sorpresa en la mirada. Era evidente que no esperaba que él supiera nada acerca de ella. Tras unos segundos de duda, reaccionó negando con la cabeza mientras rehuía la mirada de su hijo.

Sergio soltó el móvil con los ojos cerrados antes de que su madre saliera de la habitación en busca del médico.

Al abrir los párpados, una lágrima resbaló por su mejilla hasta alcanzar la sábana. Un oscuro sentimiento le inundó de súbito.

Su vida, tal y como él la conocía había terminado. Había estado escribiendo una novela, su novia le había engañado y él había sentido que era el fin del mundo…

Sin embargo, ahora que era el culpable de la muerte de una chica a la que ni siquiera conocía, no podía, sino pensar en lo idiota que había sido porque todas esas cosas le parecieran importantes.

CAPÍTULO 5

Noviembre de 2024

Las semanas siguientes al accidente le parecieron largas, tediosas, e insufribles. Continuaba ingresado en el hospital. Su ojo izquierdo debía mantenerse tapado con un parche, un dolor terrible le recorría el cuerpo y todavía continuaba sin ser capaz de caminar.

Tenía la necesidad de circular en silla de ruedas las pocas veces que le permitían salir de la habitación para dar una vuelta por el hospital. Aunque, sin duda alguna, la peor parte era no ser capaz de hablar.

Le habían realizado toda clase de pruebas y continuaban sin conocer los motivos de su mudez. Había pasado por las manos de todo tipo de médicos, incluso de un psicólogo; sin embargo, ninguno de ellos tenía ni la menor idea de cuál podía ser la razón de que fuera incapaz de esbozar el menor sonido con sentido a través de sus cuerdas vocales.

Durante su tiempo en el hospital nunca lo dejaban solo.

Y razones no les faltaban.

Después de no más de una semana encerrado en esa habitación con la aciaga compañía de sus remordimientos, había tratado de quitarse la vida con la ayuda de una cuchilla de afeitar. Y, aunque no había estado ni cerca de conseguirlo, sí que había hecho saltar todas las alarmas del personal sanitario.

Realmente él no quería morir, pero, al mismo tiempo, no podía enfrentarse al hecho de haber matado a alguien. Era algo totalmente superior a sus fuerzas. Le reconcomía por dentro a cada minuto del día, a cada segundo.

Le habían diagnosticado una fuerte depresión y, sin duda alguna, ese era un sendero peligroso por el que adentrarse.

Su ojo había mejorado ligeramente, aunque la mayor parte del tiempo tenía que seguir tapado. De hecho, únicamente le permitían abrirlo durante una hora al día para comprobar su evolución.

Y, aunque veía algo borroso, parecía que no tardaría en recuperar la totalidad de su visión.

La pierna le dolía terriblemente y, aunque todavía no podía caminar, en una semana comenzaría la rehabilitación y esperaban que pudiera hacerlo en poco tiempo. El problema radicaba en que él no quería llevarla a cabo. Sentía que no se lo merecía y, por mucho que su madre le insistiera, él se negaba en rotundo.

Había preguntado una y mil veces por la chica, pero nadie había querido proporcionarle ningún tipo de información acerca de ella. Él querría haber acudido a su funeral con la intención de disculparse ante su familia, sin embargo, en ese momento estaba demasiado débil y tampoco creían que fuera buena idea que se presentara allí donde todos le culparían de su muerte.

Si él ya se sentía culpable por la muerte de su hija o hermana, tener allí a su asesino no habría ayudado.

Sergio repasaba en su cabeza la noche del accidente una y otra vez.

Si no hubiera tomado aquel whisky…

O si hubiera cogido un taxi…

Del mismo modo que pensaba que, si Laura no se hubiera acostado con una mujer y se lo hubiera ocultado.

Si no lo hubiera dejado destrozado en el momento de decírselo…

Aunque poco después recuperaba la cordura para percatarse de que no era su culpa.

Ella no le había obligado a conducir borracho, nadie lo había hecho.

Él era el único culpable de la muerte de aquella chica, de la que no sabía ni el nombre.

Un mes después del accidente le dieron el alta, pero, como seguía sin ser capaz de hablar, lo habían mandado a un doctor con el que tendría una cita dos semanas más tarde.

No le habían hablado acerca del tratamiento que tendría que seguir. Únicamente sabía que se trataba de algo nuevo y experimental en el que tenían depositadas sus últimas esperanzas. Si no mejoraba con ese doctor, no había mucho más que nadie pudiera hacer. Únicamente podrían esperar y rezar hasta que al final mejorara por sí mismo.

Algo que podía pasar en cualquier momento o no llegar a ocurrir en toda su vida.

Había sido su madre la que había insistido en buscar ese tratamiento alternativo.

En un principio, el doctor que le trataba en el hospital quería que continuara con el psicólogo, pero Marta pensaba que simplemente quería quitárselo de encima. Así que, tras mucha inasistencia, había conseguido una cita con este innovador doctor del que no sabían apenas nada.

Sergio seguía en la silla de ruedas. Incluso habiendo empezado la rehabilitación y, aunque iba bien con los plazos, todavía no podía caminar por sí solo.

Al salir del hospital, se fijó en un pequeño grupo de gente que se aglutinaba junto a la puerta. Su madre palideció en cuanto se percató de su presencia.

—Sergio, escúchame, oigas lo que oigas, no les hagas caso —dijo su madre agachada justo delante de Sergio.

Este asintió con la cabeza antes de que ambos salieran por la puerta principal del hospital mientras el grupo se aproximaba hacia ellos.

Se trataba de diez personas en total. Seis tendrían entre cuarenta y cincuenta años, aunque también había un joven de veintitantos y tres chicas que rebasarían por poco la treintena. Uno de los hombres de mediana edad que iba delante, se detuvo a un par de metros de ellos con un micrófono grabador y dijo…

—Sergio, ¿puedes contarnos qué fue lo que pasó?

Sergio buscó con la mirada la de su madre. Ella no le había contado nada acerca del juicio. La mujer suponía que le estaría protegiendo y, en ese momento, estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Creéis de verdad que este es el mejor momento para todo esto? Mi hijo no puede hablar, tiene la pierna destrozada y casi pierde un ojo, él es tan solo una víctima de todo esto —se defendió Marta, poniéndose delante de Sergio, como si su cuerpo pudiera protegerlo de las preguntas como una barrera invisible.

—La única víctima de todo esto se llamaba Sara García Tejerina. Si él no se hubiera estrellado contra ella, nada de esto hubiera pasado; así que no me venga con esas —contestó el chico que parecía más joven. Intentaba parecer autoritario delante de sus compañeros, pero se había quedado atrás, como protegiéndose de una posible respuesta brusca.

Marta se enfureció, aunque, antes de que pudiera decir una sola palabra, Sergio la agarró por el brazo para que se tranquilizara.

Ese periodista tenía toda la razón del mundo.

Marta miró a Sergio y este negó con la cabeza.

—No vamos a contestar preguntas —dijo al fin mientras se movilizaba.

Marta empujó a Sergio hasta el coche mientras este buscaba con la mirada los ojos recriminatorios de todos los presentes. Le ayudó a subir en el asiento del copiloto y no dijo ni una palabra durante el trascurso de camino a casa. Algo que él agradeció.

Tenía mucho en lo que pensar.

Nada más llegar a la casita que Marta tenía a las afueras de la ciudad, se instaló en la habitación que había usado desde que no era más que un niño pequeño. Su madre no había cambiado absolutamente nada en ella. Seguía estando exactamente igual que cuando él la había dejado para irse a vivir con Laura unos meses atrás. Aunque, incluso de esa manera, se le hacía extraño vivir de nuevo entre esas cuatro paredes.

Pero sobre todas las cosas, se le hacía extraño hacerlo en silla de ruedas. El hecho de no ser capaz de valerse por sí mismo era algo que lo atormentaba.

La habitación estaba repleta de muebles que llevaban allí desde que Sergio tenía diez años. Sobre la pared, estaban colgados sus reportajes más importantes, enmarcados y otros muchos de menor relevancia, colgados con chinchetas en un corcho sobre la cama. Había una gran estantería repleta de libros, porque, aunque Sergio ya se hubiera llevado sus favoritos, todavía quedaban unos cuantos.

Siempre decía que iría a por ellos y al final nunca lo hacía.

El recuerdo del accidente lo atormentaba a todas horas. Su incapacidad para hablar era la prueba física de lo que sentía; le costaba enormemente comer o dormir, necesitaba un propósito, conseguir enmendar sus errores, pero ¿cómo?

Sara ya estaba muerta y no había nada que él pudiera hacer para remediarlo. Deseaba poder hablar con ella, explicarle la situación que había vivido y pedirle perdón desde lo más profundo de su corazón.

Pero ya nunca lo haría.

¿Cómo podría?

Ya nunca salía de casa y su madre tampoco se lo permitía. Todo el mundo sabía lo ocurrido y, aunque Marta había tratado de ocultárselo, él sabía que había salido en las noticias. De vez en cuando, algún periodista se asentaba delante de su residencia y preguntaba por hacerle alguna entrevista, algo a lo que ella evidentemente siempre se negaba.

Para Sergio no salir no era un problema, de hecho, más bien era un consuelo. Se sentía mejor donde nadie pudiera encontrarle.

Ni siquiera le gustaba estar con su madre, se sentía solo y apático. Lo que menos deseaba era tener a su madre intentando consolarlo de formas absurdas.

Él estaba convencido de que no tenía motivos por los que vivir, así que no necesitaba que su madre se inventara ninguno. Marta había quitado todos los espejos de la casa, incluso los del cuarto de baño, a modo de control.

El primer día, Sergio se había mirado a sí mismo nada más entrar a su habitación y había sido realmente duro para él.

La herida se había cerrado, pero la cicatriz que había quedado le cruzaba el ojo izquierdo y parte de la mejilla. Además, el color de su ojo ya no era el mismo.

Por primera vez se había visto después del accidente.

No tenía pelo en la cabeza porque se lo habían tenido que rapar para la operación y no le había crecido de nuevo. Y tampoco tenía barba, su madre lo afeitaba todos los días cuando se levantaba en el hospital. Parecía una bola de billar con ojos y una cicatriz espantosa.

Su vida se basaba en dormir, hacer rehabilitación y pensar. Y esa última parte era en la que invertía más tiempo y era la que más dolor le causaba.

Sergio había buscado información acerca de Sara. El accidente había salido en todos los periódicos y ahora no dejaba de soñar con ella, con su muerte, y esta vez podía ponerle un rostro a su fantasma.

A veces soñaba con que estaba viva y la encontraba por la calle. De hecho, hasta se hacían amigos. Ese era el único momento en el que se sentía vivo y feliz, pero, cuando despertaba, la realidad se tornaba todavía más oscura.

Su madre había puesto muchas esperanzas en el nuevo tratamiento, aunque Sergio era escéptico. Nadie había conseguido ningún avance desde el accidente y no pensaba que el tal doctor Olmedo fuera a ser la excepción. Incluso así le había prometido a su madre que iría a la consulta y trataría de solucionar el problema, aunque ya había decidido que sería lo último que probaría.

Si no funcionaba, no intentaría nada más. Había pactado con su madre que simplemente viviría tratando de salir lo mínimo de casa.

Iría al juicio, se enfrentaría a su destino y lo acataría.

Pero Sergio sabía que si el tratamiento no funcionaba, nunca llegaría a haber tal juicio. Lo había intentado una vez, pero ahora ya sabía perfectamente cómo morir en paz. Si no conseguía sentirse mejor, si el tratamiento no funcionaba…

Esta vez no fallaría.

CAPÍTULO 6

Diciembre de 2024

Todos los ojos estaban puestos sobre las dos grandes pantallas ubicadas en el interior de la habitación. Eduardo Cruz, un joven agente de la policía nacional española destinado en la Interpol, estaba situado en el centro de una pequeña sala con las cuatro paredes blancas. Esta estaba iluminada por varios leds dispuestos en el techo y las esquinas, lo que provocaba que las paredes brillaran con intensidad.

Era un hombre alto, moreno y visiblemente musculado, aunque no de una manera extravagante, sino efectiva, a causa del entrenamiento en la academia de policía.

Cruz no dejaba de moverse, incluso hablaba mientras Antonio Olmedo, junto a sus ayudantes y a varios miembros de la policía, la Interpol y el FBI, lo observaban con atención. En la segunda pantalla aparecían sus signos vitales diferenciados en columnas de distintos colores.

El doctor Olmedo conocía lo suficientemente bien los indicadores de cuando algo fallaba en el programa *Overlight* como para que los del agente Cruz provocaran que quisiera sacarlo de la sala de un puñetazo.

Llevaba dos meses entrenándole y todavía no había conseguido realizar el programa completo; y no había empezado a entrar en busca del asesino por el que lo entrenaba, sino que el muy imbécil ni siquiera había conseguido darse cuenta de que estaba en el programa al recrear una escena con su madre o su hermano. Para Antonio Olmedo, ese hombre era un absoluto inútil y no se cortaba a la hora de hacérselo saber a sus superiores.

—Este hombre es un inútil —espetó ante todos los presentes que desviaron la mirada en su dirección. Entre ellos se encontraba un comandante de la INTERPOL, un comisario del FBI y el jefe regional de la policía nacional española.

Antonio era un médico muy respetado que acababa de cumplir los sesenta años y que llevaba ejerciendo desde los veinticuatro. Era un hombre alto y fornido al que la edad y las desgracias parecían haber comenzado a hacer mella.

Acudieron a su consulta debido a su especialización en el programa. Necesitaban a un experto y no era nada fácil encontrar a nadie que realmente lo fuera.

En un principio él se había negado en rotundo, pero después comenzaron con los temas de seguridad nacional y demás chorradas hasta que no fue capaz de seguir con su negativa.

El hombre que debían crear en el programa era un asesino italiano llamado Lucca Giovanni que había matado a dieciocho niñas entre ocho y once años en cinco países diferentes. De ahí el interés del FBI y la Interpol, ya que uno de ellos había sido en Los Ángeles. Todas eran muy parecidas: rubias, con ojos azules.

Disponían de un informe bien detallado acerca de ese hombre para crear el perfil necesario para el programa; sin embargo, el agente que querían destinar al caso no era capaz ni de reconocer a su madre durante el proceso.

¿Cómo diablos querían que lo hiciera con un asesino leyendo un puto informe?

Era absurdo, no lo conseguiría jamás y lo único que hacían era perder el tiempo.

Y peor todavía.

Le estaban haciendo perder el suyo, que era infinitamente más valioso que el de esos besugos armados.

El agente Cruz dejó de moverse antes de caer de rodillas sobre el suelo mientras jadeaba. Uno de los policías que estaba presente durante la prueba, Andrea Gentile, el agente de la Interpol encargado del primer asesinato de Giovanni en Módena, se acercó a la pantalla y preguntó a uno de los ayudantes si era una reacción normal. El doctor Olmedo, con un tono serio y severo, le hizo callar con la compañía de un gesto con la mano. Estaba concentrado en la pantalla y no quería que nadie lo distrajera.

El ayudante asintió con la cabeza y Gentile se tranquilizó un ápice mientras observaba el interior de la sala de pruebas.

Andrea llevaba dos años como encargado del caso. El asesinato que él investigaba había sido el primer asesinato de Giovanni.

Jamás olvidaría aquella escena.

Era la primera vez que veía algo parecido. La cantidad de sangre y el estado de la niña cuando la encontraron. Junto al hecho de que solo tuviera nueve años.

Cuando le asignaron el caso, Andrea tenía treinta y cinco años, una novia con la que se iba a casar dos meses más tarde y ninguna cana en la cabeza. Y, en cambio, ahora, solo dos años después, tenía treinta y siete, hacía un año y nueve meses que no veía a su novia y la mitad de su pelo estaba cubierto de blanco.

Su novia lo había abandonado a causa de su trabajo.

Después de presenciar la escena con la pequeña, Andrea se había obsesionado completamente con Giovanni. De hecho, el cuerpo de la niña todavía le perseguía por las noches y cada vez afectaba más a su relación.

Ya nunca estaba en casa y, cuando lo hacía, era como si estuviera en cualquier parte menos con ella.

La chica le había hecho elegir entre ella y el caso, y como para él dejarlo no era una opción, ella se había marchado poco antes de la boda con la mirada nublada y un dolor terrible en el pecho.

El pulso del agente Cruz se había acelerado y luego vuelto a la normalidad. De pronto se levantó y caminó por la habitación mientras berreaba palabras que nadie podía comprender.

—Ese hombre es un maldito inepto —farfulló el doctor Olmedo sin mirar a nadie en concreto —. No va a durar ni diez minutos …

Todos los presentes desviaron la mirada de las pantallas hacia Olmedo. Y aunque todos tenían algo que preguntarle, nadie se atrevía a hacerlo. Era una característica de Antonio Olmedo. Imponía respeto incluso a altos cargos de la policía.

Andrea parecía el único al que no le afectaba en absoluto. Había sufrido demasiado con ese caso, como para dejarse impresionar por un médico, por muy importante que este fuese.

—¿Por qué lo dice? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Andrea en español con un acento italiano muy marcado.

Antonio lo ignoró sin siquiera desviar la mirada hasta que Andrea volvió a increparle.

—Le he hecho una pregunta, doctor Olmedo.

Todos miraron al doctor a la espera de una respuesta. Mientras tanto, el agente Cruz lloraba desconsolado en el centro de la sala.

Olmedo se giró hacia Andrea antes de contestar.

—Sí, le he escuchado, pero no creo que merezca una réplica —dijo el doctor Olmedo en tono despectivo.

Andrea torció el gesto, se giró hacia un hombre mayor ubicado justo tras su espalda antes de hablarle en inglés.

—Este hombre es un imbécil, comandante, estamos perdiendo el tiempo. ¿No hay nadie más que pueda hacer esto? —preguntó Andrea con tono brusco.

—Este hombre es el mejor, Gentile, si alguien puede hacerlo es él. Confíe en mí —contestó el hombre con tono conciliador.

—No puedo hacerlo si él no confía en nosotros.

Antonio observaba a Andrea Gentile con curiosidad. En primer lugar, le habían obligado a entrenar a un inútil como el agente Cruz y ahora tenía que aguantar que le hicieran preguntas cuyas respuestas no entendería jamás, al fin y al cabo, no era más que un policía.

—Muy bien, el problema es que está a punto de colapsar. Su subconsciente se va a dar cuenta de que le falta información antes de que su yo consciente se percate de que todo es una recreación y pueda utilizar el programa para alcanzar su objetivo. Por lo tanto, de un momento a otro saldrá de *Overlight* sin haber conseguido una mierda. Y ahora lo está probando con su hermano, no quiero ni pensar qué es lo que pasaría si lo intentara con su verdadero objetivo.

—Espere un momento ¿Quiere decir que le falta información incluso tratándose de su hermano? Entonces, ¿cuánta información debería retener para tratar de crear a Giovanni? —preguntó Andrea perplejo, la situación iba peor de lo que le habían dicho por teléfono. El agente Cruz no había avanzado prácticamente nada y cada vez disponían de menos tiempo.

—Posiblemente más de la que tienen ahora mismo —contestó el doctor Olmedo lentamente, disfrutando de cada palabra.

Antonio sabía que, si se hacía de la manera correcta, posiblemente sí que hubiera información suficiente, pero con alguien como Cruz no había nada que hacer; tenía que buscar una solución.

El agente Gentile se sentía desolado. Después de todo lo que había luchado por el programa, no había posibilidad real de que funcionara. De todas maneras no tenían otra opción que intentarlo. Estaba seguro de que Giovanni seguiría matando hasta que él lo detuviera.

—En ese caso, tendré que recabar más datos —concluyó Andrea mientras se giraba y se dirigía hacia la puerta. Todos los presentes se quedaron observando sin decir una palabra.

—Dígame agente, ¿cual es su nombre? —preguntó Antonio antes de que Andrea abandonara la sala.

—Andrea Gentile –contestó dándose la vuelta y mirando fijamente al doctor.

—¿Y me puede decir alguien la razón de que no sea este hombre quien se encuentre en esa sala en lugar de aquel imbécil? —preguntó Antonio indignado, girándose hacia el resto de los

presentes.

Llevaba dos meses tratando con un inepto cuando había agentes de verdad preparados y listos para hacer el trabajo. O al menos que daban la sensación de utilizar la cabeza para algo. El tal Gentile parecía mucho más indicado para lo que tendría que soportar. Aunque claro, teniendo en cuenta a su competencia tampoco era que eso dijera demasiado a su favor.

Andrea miró al doctor Olmedo con gesto sorprendido,

¿Eso había sido un cumplido?

Jamás lo hubiera imaginado de ese viejo cascarrabias. Aunque también era consciente de que tenía razón, él estaba mucho más preparado para probar el programa. Al fin y al cabo, Cruz era un inepto total.

La sala se quedó en completo silencio hasta que el hombre mayor al que Andrea había llamado comandante intervino.

—Andrea Gentile era nuestro agente elegido por la Interpol para el programa, doctor Olmedo. Fue su jefatura de policía la que dictaminó que, si se hacía en España con un médico español, se haría con un policía nacional, y ellos presentaron al agente Cruz como su candidato. Nosotros insistimos en que no estaba preparado para llevarlo a cabo, pero no conseguimos que cambiaran de opinión.

Antonio lo fulminó con la mirada.

Era increíble que por mera burocracia eligieran a un agente que no valía para nada en vez de elegir al mejor agente posible entre todas las agencias implicadas.

—Pues dígale a quien deba, que la única persona a la que voy a entrenar es al agente Gentile. Y que, si no están de acuerdo, ya pueden buscarse a otro que lo haga. ¿ha quedado claro? Y por cierto, ya pueden llevarse a ese imbécil de la sala, hace rato que ha fallado —dijo Antonio mientras salía de la sala sin mirar atrás.

Al mismo tiempo, el comandante desvió su mirada hacia el hombre que estaba ubicado a su lado, el jefe regional de la policía nacional y máxima autoridad en la zona.

—Veré lo que puedo hacer —dijo con la mirada gacha—. Pero no va a hacer gracia, comandante, eso se lo garantizo.

Andrea miro hacia la pantalla donde el agente Cruz estaba tumbado en el suelo sin parar de vomitar.

Recordó que Olmedo le había advertido de que no comiera nada antes de entrar en *Overlight* y, otra vez, había hecho caso omiso a sus recomendaciones.

Aunque había sido su última vez. Si la jefatura española tenía un mínimo de sentido común, él sería el próximo en intentarlo.

De pronto sintió un escalofrío a causa de lo nervios. Sabía que el doctor Olmedo le apretaría hasta alcanzar sus límites. Era un hombre estricto con muy poca paciencia, por no decir que era un auténtico gilipollas.

Todos se lo permitían tras la muerte de su hijo hacía menos de un año. Le habían dicho que antes no era tan brusco y soberbio, que podía ser un hombre duro y arrogante, pero también una persona con la que se podía debatir y razonar.

Sin embargo, hacía tiempo que esa versión de él había desaparecido y dado paso a aquel cretino.

Esperaba ser capaz de soportarlo sin partirle la cara de un puñetazo.

—¿Por qué lo dice? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Andrea en español con un acento italiano muy marcado.

Antonio lo ignoró sin siquiera desviar la mirada hasta que Andrea volvió a increparle.

—Le he hecho una pregunta, doctor Olmedo.

Todos miraron al doctor a la espera de una respuesta. Mientras tanto, el agente Cruz lloraba desconsolado en el centro de la sala.

Olmedo se giró hacia Andrea antes de contestar.

—Sí, le he escuchado, pero no creo que merezca una réplica —dijo el doctor Olmedo en tono despectivo.

Andrea torció el gesto, se giró hacia un hombre mayor ubicado justo tras su espalda antes de hablarle en inglés.

—Este hombre es un imbécil, comandante, estamos perdiendo el tiempo. ¿No hay nadie más que pueda hacer esto? —preguntó Andrea con tono brusco.

—Este hombre es el mejor, Gentile, si alguien puede hacerlo es él. Confíe en mí —contestó el hombre con tono conciliador.

—No puedo hacerlo si él no confía en nosotros.

Antonio observaba a Andrea Gentile con curiosidad. En primer lugar, le habían obligado a entrenar a un inútil como el agente Cruz y ahora tenía que aguantar que le hicieran preguntas cuyas respuestas no entendería jamás; al fin y al cabo, no era más que un policía.

—Muy bien, el problema es que está a punto de colapsar. Su subconsciente se va a dar cuenta de que le falta información antes de que su yo consciente se percate de que todo es una recreación y pueda utilizar el programa para alcanzar su objetivo. Por lo tanto, de un momento a otro saldrá de *Overlight* sin haber conseguido una mierda. Y ahora lo está probando con su hermano, no quiero ni pensar qué es lo que pasaría si lo intentara con su verdadero objetivo.

—Espere un momento. ¿Quiere decir que le falta información incluso tratándose de su hermano? Entonces, ¿cuánta información debería retener para tratar de crear a Giovanni? —preguntó Andrea, perplejo, la situación iba peor de lo que le habían dicho por teléfono. El agente Cruz no había avanzado prácticamente nada y cada vez disponían de menos tiempo.

—Posiblemente, más de la que tienen ahora mismo —contestó el doctor Olmedo lentamente, disfrutando de cada palabra.

Antonio sabía que, si se hacía de la manera correcta, posiblemente sí que hubiera información suficiente, pero con alguien como Cruz no había nada que hacer; tenía que buscar una solución.

El agente Gentile se sentía desolado. Después de todo lo que había luchado por el programa, no había posibilidad real de que funcionara. De todas maneras, no tenían otra opción que intentarlo. Estaba seguro de que Giovanni seguiría matando hasta que él lo detuviera.

—En ese caso, tendré que recabar más datos —concluyó Andrea mientras se giraba y se dirigía hacia la puerta. Todos los presentes se quedaron observando sin decir una palabra.

—Dígame, agente, ¿cuál es su nombre? —preguntó Antonio antes de que Andrea abandonara la sala.

—Andrea Gentile –contestó dándose la vuelta y mirando fijamente al doctor.

—¿Y me puede decir alguien la razón de que no sea este hombre quien se encuentre en esa sala en lugar de aquel imbécil? —preguntó Antonio, indignado, girándose hacia el resto de los

presentes.

Llevaba dos meses tratando con un inepto cuando había agentes de verdad preparados y listos para hacer el trabajo. O al menos que daban la sensación de utilizar la cabeza para algo. El tal Gentile parecía mucho más indicado para lo que tendría que soportar. Aunque claro, teniendo en cuenta a su competencia, tampoco era que eso dijera demasiado a su favor.

Andrea miró al doctor Olmedo con gesto sorprendido.

¿Eso había sido un cumplido?

Jamás lo hubiera imaginado de ese viejo cascarrabias. Aunque también era consciente de que tenía razón, él estaba mucho más preparado para probar el programa. Al fin y al cabo, Cruz era un inepto total.

La sala se quedó en completo silencio hasta que el hombre mayor al que Andrea había llamado comandante intervino.

—Andrea Gentile era nuestro agente elegido por la Interpol para el programa, doctor Olmedo. Fue su jefatura de policía la que dictaminó que, si se hacía en España con un médico español, se haría con un policía nacional, y ellos presentaron al agente Cruz como su candidato. Nosotros insistimos en que no estaba preparado para llevarlo a cabo, pero no conseguimos que cambiaran de opinión.

Antonio lo fulminó con la mirada.

Era increíble que, por mera burocracia, eligieran a un agente que no valía para nada en vez de elegir al mejor agente posible entre todas las agencias implicadas.

—Pues dígale a quien deba, que la única persona a la que voy a entrenar es al agente Gentile. Y que, si no están de acuerdo, ya pueden buscarse a otro que lo haga. ¿Ha quedado claro? Y, por cierto, ya pueden llevarse a ese imbécil de la sala, hace rato que ha fallado —dijo Antonio mientras salía de la sala sin mirar atrás.

Al mismo tiempo, el comandante desvió su mirada hacia el hombre que estaba ubicado a su lado, el jefe regional de la policía nacional y máxima autoridad en la zona.

—Veré lo que puedo hacer —dijo con la mirada gacha—. Pero no va a hacer gracia, comandante, eso se lo garantizo.

Andrea miró hacia la pantalla donde el agente Cruz estaba tumbado en el suelo sin parar de vomitar.

Recordó que Olmedo le había advertido de que no comiera nada antes de entrar en *Overlight* y, otra vez, había hecho caso omiso a sus recomendaciones.

Aunque había sido su última vez. Si la jefatura española tenía un mínimo de sentido común, él sería el próximo en intentarlo.

De pronto sintió un escalofrío a causa de los nervios. Sabía que el doctor Olmedo le apretaría hasta alcanzar sus límites. Era un hombre estricto con muy poca paciencia, por no decir que era un auténtico gilipollas.

Todos se lo permitían tras la muerte de su hijo hacía menos de un año. Le habían dicho que antes no era tan brusco y soberbio, que podía ser un hombre duro y arrogante, pero también una persona con la que se podía debatir y razonar.

Sin embargo, hacía tiempo que esa versión de él había desaparecido y dado paso a aquel cretino.

Esperaba ser capaz de soportarlo sin partirle la cara de un puñetazo.

CAPÍTULO 7

Diciembre de 2024

Estaba harto de esa maldita pregunta.

Al principio nadie había creído que el programa funcionaría. No creían que produciría ninguna mejora El doctor Olmedo abandonó la habitación con un cabreo del demonio.

Después de aguantar al inepto de Cruz, ahora le iba a tocar tratar con un niñato que había tenido un accidente de coche borracho como una cuba.

Había estado un par de semanas dando largas a su increíblemente pesada madre, pero ella no había dejado de insistir e insistir y, al final, no le había quedado otra que aceptar a verle dos semanas más tarde.

Y ese día ya había llegado mucho antes de lo que hubiera deseado.

La madre del chico incluso había ido en su busca a su propia casa tras la tercera negativa por su parte. Le había llorado y suplicado insistentemente, hasta que Antonio Olmedo, sin saber bien la razón, no había conseguido negarse.

Entró en su despacho sin siquiera saludar a su secretaria y le pidió un café desde el teléfono interno.

Estaba realmente frustrado.

Frustrado y enfadado.

Esos malditos policías querían conseguir en unos días algo que inevitablemente tardaba meses en realizarse. No se tomaban su trabajo en serio y eso lo irritaba terriblemente.

Pese a haberse negado en un principio, había realizado un buen trabajo con el agente Cruz.

Le había explicado el procedimiento a conciencia y, sin embargo, no había conseguido absolutamente nada, y eso que solo habían llegado a la primera fase.

Esperaba que el tal Gentile fuera capaz de hacerlo mucho mejor que ese imbécil, aunque claro, no era difícil; el listón estaba realmente muy bajo.

Sentado frente a su escritorio, se dispuso a ojear el expediente del paciente que llegaría una hora más tarde. Era la primera vez que le echaba siquiera un vistazo porque, aunque lo había tenido sobre la mesa desde un principio, siempre había otra prioridad. Había estado demasiado liado como para ocuparse de pequeñeces.

Se trataba de un chico de veinticinco años que había tenido un accidente de coche en el que había muerto una chica. Y que, a causa del trauma, había perdido la capacidad de hablar. No era un caso típico para utilizar el programa, aunque tampoco se podía decir que alguno lo fuera. *Overlight* no era más que una prueba que solo unos pocos investigadores en todo el mundo eran capaces de llevar a cabo con más o menos éxito.

Antonio se fijó en la cara del chico. Tendría la misma edad que su hijo si no hubiera muerto un año atrás.

Durante un segundo incluso le puso su rostro.

Su pérdida había sido tan dura para el doctor que se había volcado en el trabajo. De hecho, muchos de los avances del programa *Overlight* en gran parte se debían a ello, aunque la consecuencia había sido que su mujer le hubiera abandonado.

Estaban en puntos muy distintos respecto al duelo y continuar juntos, lo único que provocaba era que recordaran lo que habían perdido. Intentó sin mucho éxito de dejar de pensar en él. Estaba empezando a sentir nostalgia y Antonio era un hombre demasiado pragmático como para dejarse llevar por los sentimientos durante el tiempo que dedicaba a trabajar. Nunca permitía que fueran excesivamente efectivos sobre él, sobre todo si tenía cosas que hacer.

Luego podría tomarse un whisky y regocijarse en sus penurias.

Apuró su café y siguió leyendo el informe. A los pocos minutos tendría un plan de actuación y solo le quedaría esperar a que Sergio llegara.

Treinta minutos más tarde llamó su secretaria por el teléfono interno. El paciente acababa de llegar.

—Hágale pasar —dijo Antonio mientras se colocaba lo más erguido posible en su respaldo.

Unos instantes más tarde entró una mujer empujando una silla de ruedas con un chico sentado sobre ella.

No pudo evitar pensar de nuevo en su hijo.

El chico le recordaba irremediablemente a él, incluso la mujer le parecía familiar.

Avanzaron por el despacho hasta llegar a la mesa. La mujer se sentó después de colocar a su hijo a su lado antes de que Antonio los saludara y les diera la mano a ambos. Al dársela a Sergio, trató de no fijarse en la cicatriz de su ojo ni darle importancia a su expresión. No había duda de que ese chico estaba mentalmente roto.

Tras las pertinentes presentaciones y las preguntas banales de rigor, Antonio entró en materia. No le gustaban los rodeos.

—El problema de Sergio no es físico —dijo con tono neutro pero firme.

Madre e hijo le observaban con la misma pregunta en su cabeza, aunque solo uno de los dos era capaz de formularla. Antonio se fijó en la cara del segundo, necesitaba ver sus ganas de luchar.

—¿Qué quiere decir con que no es físico? —preguntó Marta, sorprendida—. Si lo que quiere es que vayamos a un psicólogo, eso ya lo hemos hecho y no ha servido para nada. Si cree que va a deshacerse de nosotros tan fácilmente, se equivoca.

—No, no es eso lo que intento —dijo Antonio sutilmente molesto—. Si no hubiera decidido tratarle, no estarían aquí, así que relájese. Pero ahora todo depende de él —Antonio miró a Sergio—. Lo que quiero decir es que no hay un tratamiento ordinario para su problema. Hace un año tendría que haber ido a un psicólogo y esperar a que en unos meses, o quién sabe si años volviera a hablar, o que no lo hiciera en toda su vida, sin embargo, ahora hay un plan alternativo. ¿Conoce el programa *Overlight*?

Marta y Sergio se miraron el uno al otro antes de que ella contestara. A él le sonaba haber escuchado algo en la televisión, aunque no le había prestado demasiada atención.

—Solo lo que he oído en los medios, que es algo que te permite hablar o recordar a alguien que ha fallecido —dijo Marta mirando a su hijo—. Pero no comprendo cómo podría algo así ayudar en este caso.

—Puedes hablar, tocar u oler a alguien porque tu cabeza te dirá que es así, aunque no sea real. ¿Entiende esa parte? —preguntó el doctor Olmedo. Aunque realmente sabía la respuesta de antemano, nadie lo comprendía nunca la primera vez.

Ambos negaron con la cabeza.

—No se preocupe, hay gente que tras meses de entrenamiento sigue sin entenderlo —dijo Antonio pensando en el agente Cruz, "maldito imbécil"—. Le pondré un ejemplo. Una persona discute con su padre, no se hablan durante años y durante ese periodo de tiempo él fallece. No puede utilizarlo para despedirse realmente de él, no va a volver, se ha ido —terminó el doctor Olmedo mientras observaba a Sergio con atención.

Era importante leer sus gestos. Tenía que asegurarse de que estaba preparado para lo que se le avecinaba en caso de aceptar comenzar con el programa. No todo el mundo podía ni plantearse llevar a cabo lo que él pretendía hacer. Serían meses de duro trabajo junto a una cantidad ingente de información que tendría que memorizar.

Si no estaba totalmente convencido de que podía llevarlo a cabo, no perdería el tiempo con él.

Ya tenía más que suficiente con la policía.

—Pero, ¿podría ser real para el paciente? —preguntó Marta, nerviosa. Sabía que su hijo se encontraba junto al borde de un precipicio y que una simple brisa podría hacer que cayera al vacío.

—Así es, y de hecho lo será en prácticamente todos los sentidos —contestó el doctor Olmedo con ambas manos cruzadas sobre la mesa.

Los ojos negros sobre una nariz prominente estaban puestos sobre Sergio. Casi lo taladraban.

—No lo entiendo, pensaba que únicamente pasaría en el interior de su cabeza —dijo Marta antes de cruzar las piernas de un lado para otro.

—Y así es, *Overlight* no hace que su padre vuelva, pero recrea cómo sería una escena lo más parecida a la realidad. No solo parecerá real, realmente lo será. Me explicaré. *Overlight* utiliza toda la información que se tiene acerca de una persona, que en el caso de un familiar es enorme, para recrear una escena de cómo actuaría exactamente esa persona en esa situación en concreto.

—Pero si lo que utiliza son los propios recuerdos y la información que uno ya tiene, ¿qué cambia a que simplemente se piense en él, o trate de predecir cómo actuaría?

Antonio permaneció en silencio durante unos segundos mientras trataba de contener una contestación fuera de lugar.

Estaba harto de esa maldita pregunta.

Al principio nadie había creído que el programa funcionaría. No creían que produciría ninguna mejora significativa a que simplemente se pensara en el objetivo— "Imbéciles"— Después de las primeras pruebas, habían tenido que tragarse sus palabras con un maldito embudo. Aunque, incluso en ese momento, odiaba escuchar de nuevo esa estúpida pregunta.

En otra situación, habría reaccionado de forma brusca junto a un comentario sarcástico o fuera de tono. Sin embargo, y, sin comprender la razón, no le nacía actuar de esa forma con esas dos personas que acababa de conocer.

Quizás le recordarían a su familia perdida.

—Cuando se está despierto, existen sentimientos y distracciones que no permiten que el cerebro se concentre en una sola cosa. Se conoce más a una persona de lo que uno mismo cree, y eso es lo que utiliza el programa *Overlight*. Toda la información que se reúne a lo largo del tiempo está ahí, aunque a veces uno no se dé ni cuenta. Sin embargo, si no se conoce a la persona, es imposible recrearla. La cabeza no puede hacer una estimación lógica si no se tiene la suficiente información. Uno puede darse cuenta de que algo va mal. *Overlight* te mete en un mundo que no existe; estarás físicamente en la misma habitación, pero nada de lo que veas estará pasando realmente. La persona que se crea será una copia de la real, pero si no se sabe lo suficiente, esa persona se dará cuenta. Tenga en cuenta que la cabeza quiere rellenar los huecos donde no hay información —contestó Antonio educadamente, tratando de ser claro y conciso.

—¿Y cómo puede alguien darse cuenta de que falta información? —preguntó Marta, que cada vez estaba más nerviosa.

—Pueden ser llamadas telefónicas, correos, algo que aparece en la televisión, personas que conozcas. Cualquier cosa te avisará de que algo falla, o simplemente esa persona se dará cuenta de que no recuerda cómo ha llegado hasta allí. Tenga en cuenta que la persona recreada solo recuerda y solo sabe lo que uno mismo sabe. Si hay errores en la información, y más con alguien que tiene remordimientos, puede tener incluso miedo. Sergio podría vivir escenas de verdadero pánico —dijo Antonio mientras recordaba cuando él mismo lo había probado por primera vez.

Antonio observaba a un Sergio que parecía no reaccionar ante todo lo que acababa de mencionar. O bien estaba realmente seguro de sí mismo o no tenía tantas ganas como su madre de recuperarse.

Decidió que debía hablarle más a fondo de lo que supondría para él el programa *Overlight*. De esa manera tal vez salieran a la luz sus pensamientos.

—En tu caso —Antonio le habló por primera vez a Sergio directamente—. No conociste a la chica, por lo que te adelanto que será increíblemente difícil de llevar a cabo. Tendrás que pasar meses investigando hasta el último detalle de su vida personal, e incluso, de esa forma, no te aseguro que lo consigas. También tendrás que hacerte análisis de sangre y pruebas médicas periódicamente. El tratamiento es muy duro mentalmente y no todo el mundo está preparado para llevarlo a cabo, pero —Antonio hizo una pausa dramática. Ahora venía la parte en la que Sergio debía reaccionar—. Si conseguimos que funcione, y repito, si, conseguimos que funcione, en condicional, podrías estar con ella, hablar con ella y disculparte por lo que le hiciste, si es eso lo que tanto necesitas hacer para continuar con tu vida.

Sergio se movió sobre su silla mientras ubicaba su mirada sobre los negros ojos del doctor.

“Ahí está, eso era lo que quería ver, por fin he llamado tu atención.”

—Así que dime, Sergio, porque solo te lo preguntaré una vez y solo tienes un único segundo para responderme. Si necesitas pensarlo más, es que no vales para esto —hizo una pausa—. ¿Te ves preparado?

Marta se levantó muy nerviosa, Antonio había presionado donde no debía y quizás en exceso. Sin embargo, Sergio le miraba directamente a los ojos, sin inmutarse ante la reacción de su madre.

—Creo que no ha sido buena idea venir. Siento haberle molestado, doctor Olmedo —dijo Marta mientras cogía la silla para dar media vuelta.

Sergio alzó la mano derecha, forzando a su madre a detenerse. Se asió de los reposa—brazos de la silla y con una enorme dificultad se puso en pie. Antonio le imitó como acto reflejo, y estaban uno frente al otro cuando Sergio cogió un bolígrafo del escritorio y escribió con letras muy grandes sobre un folio que aguardaba sobre el escritorio.

"Adelante"

—Sergio, ¿estás seguro? —preguntó su madre casi sin voz mientras se apartaba de la silla y se preparaba por si su hijo se caía al suelo.

Sergio no se inmutó, observando a Antonio fijamente.

—Soy muy duro, Sergio. Un hijo de puta realmente duro, vas a querer no haber estado aquí jamás. Te lo aseguro. Pero bueno, esta es la última vez que te lo pregunto, ¿empezamos?

Sergio asintió con la cabeza mientras trataba de aguantar en pie con unas piernas que no paraban de temblar. Una a causa de un dolor insoportable y la otra por tener que mantener por completo el peso de su cuerpo.

"Con dos cojones, chaval, eso quería ver"

El Sergio que volvió a casa aquel día era totalmente distinto al que había salido de ella. Esa misma mañana se había levantado como cada día desde el accidente. Sin ganas de hacer nada ni esperanza alguna.

Sin embargo, después de conocer al doctor Olmedo, las cosas habían cambiado de una manera drástica.

Durante casi toda la conversación, Sergio no había mostrado ningún interés ante sus palabras, pero cuando dijo que realmente podía estar con Sara en la misma habitación, su actitud cambió por completo.

Eso era lo que él quería.

Le estaba ofreciendo justo lo que él más deseaba.

Disculparse con ella.

Si después de hacerlo fuera capaz de hablar de nuevo, sería fantástico, pero era algo secundario. Eso no era lo que realmente importaba. Si conseguía lo que el doctor Olmedo le había prometido, estaría en paz consigo mismo, y al fin podría mirar hacia el futuro sin remordimientos.

El doctor Olmedo le comentó que no empezarían el tratamiento hasta que acabara con la rehabilitación. Era imposible enfrentarse a las exigencias del programa sin que fuera capaz de caminar. Tenía que estar lo mejor física y mentalmente posible para enfrentarse a lo que le esperaba.

Olmedo le habló por encima y sin mucho detalle de un hombre llamado Andrea Gentile, el único otro paciente que entrenaría con él en el programa, aunque no le había explicado sus motivos.

Cuando estuvieran listos, empezarían a la par, así que debía darse prisa y esforzarse con la rehabilitación. Si no lo hacía, lo dejarían atrás. Olmedo no se andaba con remilgos. Si no se esforzaba al máximo, si no daba lo mejor de sí mismo, pasaría de él, y eso era algo que no pudiera permitirse.

Al día siguiente se levantó temprano. Desayunó y empezó a hacer algunos ejercicios por su cuenta antes de acudir al fisioterapeuta. Su madre no se podía creer un cambio de actitud tan repentino y radical. De hecho, a las dos semanas ya estaba listo.

Al llegar a la clínica del doctor Olmedo, su secretaria lo condujo por un largo pasillo blanco que desembocaba en una sala con dos grandes pantallas donde se podía observar cómo un hombre, que Sergio supuso que debía ser Andrea, caminaba de un lado a otro sin parar de hablar.

El doctor Olmedo estaba sentado en una silla observando las pantallas, concentrado en los movimientos de Andrea. Fijaba su mirada en una u otra dependiendo del momento. La secretaria salió de la sala mientras Sergio caminaba y se colocaba justo detrás del doctor sin hacer ruido. Antonio se giró hacia él y le hizo un gesto para que se acercara.

—No creo que tarde mucho —dijo el doctor—. Va a fallar pronto.

Sergio no sabía cómo podía saberlo. Le habría gustado preguntarle, pero claro…

Esos eran los momentos en los que más echaba de menos el simple hecho de ser capaz de hablar.

Como si le hubiera leído la mente, el doctor Olmedo dijo…

—Sé lo que va a pasar por sus signos vitales, las pulsaciones son distintas cuando vas bien o mal allí dentro. La verdad es que el agente Gentile no va mal del todo. Teniendo en cuenta que solo lleva dos días entrando en el programa, avanza con rapidez, aunque jamás lo reconoceré en su presencia. Se lo tendría demasiado creído. Pero bueno, no creo que tú vayas a decírselo —dijo Antonio sonriente—. Realmente nadie lo hace bien las primeras veces. El cerebro necesita un proceso, aunque estoy seguro de que, cuando consiga acoplarse, podrá pasar a crear a quien busca de verdad. Y tú harás lo mismo, primero empezaremos con alguien cercano a ti y luego iremos avanzando poco a poco a personas más lejanas hasta llegar al objetivo final. No tienes ni que decirme de quién se trata. Simplemente, piensa en alguien a quien conozcas perfectamente, piensa en él o ella y tómate la pastilla cuando yo te diga. Ve preparándote que, en cuanto él falle, tú vas detrás.

El hombre de la sala dejó de moverse mientras el doctor Olmedo se volvía hacia la pantalla y sonreía.

Se había acabado, como había previsto.

Había fallado.

CAPÍTULO 8

Enero de 2031

Rachel observaba al exagente Gentile con plena atención.

Era un hombre mucho más llamativo en persona que en las fotografías que había visto una y mil veces durante los últimos días. Aunque era probable que parte de su atractivo radicara justamente en esa aura de misterio que lo envolvía.

Había llegado hasta allí sin un plan elaborado, en absoluto. De hecho, lo único que sabía a ciencia cierta era que debían salir de la calle y que no podían acudir a su habitación sin ser sumamente sospechosos.

Irían al hotel de Gentile, decidió.

Lo interrogaría y, si finalmente ella tenía razón con sus sospechas, lo entregaría a sus contactos de la Interpol en Moscú.

—Esa es una de las cosas que quiero averiguar, cómo es posible que tuvieras toda esa información —dijo Rachel, nerviosa. Debía asegurarse tanto de que nadie les seguía como de que no llamaran demasiado la atención.

—Todo el mundo quiere saber lo mismo, pero aunque te lo contara, no me ibas a creer.

—Prueba a ver —fue lo último que dijo antes de que Andrea comenzara a darle indicaciones acerca del modo de llegar a su habitación.

Llegaron a un hotel situado en el corazón de Maryina Roshcha, el barrio judío de Moscú, sin percances. Entraron por la puerta trasera con tal de llegar a la habitación sin que nadie pudiera interponerse en su camino. Al entrar, Rachel hizo que Andrea se sentara en un sillón para, acto seguido, sentarse frente a él.

—Ahora es tu momento. Si realmente no eres mi enemigo y la niña está en peligro, es tu momento para convencerme —dijo Rachel mirándole a los ojos.

—Primero dime tú qué es lo que sabes o, mejor dicho, lo que crees saber al respecto —contestó Andrea mucho más tranquilo de lo que la situación cabría esperar.

Rachel había intervenido en suficientes interrogatorios a lo largo de su carrera como para saber que mostrar algo de sí misma realmente funcionaba cuando querías algo de alguien.

—Muy bien, sé que te llamas Andrea Gentile y que eras agente de la Interpol en Italia. También sé que estabas obsesionado con Lucca Giovanni y que, de un día para otro, dejaste de perseguirle. Poco después empezaste a obtener pruebas irrefutables ante algunos de los criminales más buscados de Italia y, al ser preguntado por cómo obtenías esa información, desapareciste antes de contestar. Y por lo que veo, has estado haciendo lo mismo, aunque utilizando a otros agentes para que no relacionaran esa información contigo y no volvieran las preguntas. ¿Cómo voy?

Andrea observaba a Rachel con curiosidad y, cuando terminó de hablar, hizo una mueca de aprobación con la cara.

—Muy bien, todo eso es cierto, aunque esa era la parte fácil, inspectora Frye. La pregunta es, ¿de dónde cree que proviene toda esa información? —preguntó Andrea divertido.

Rachel se levantó. La mirada de Andrea sobre ella la ponía de los nervios y prefería caminar mientras exponía sus argumentos.

—Que te asociaste con Giovanni.

Andrea esbozó una sonrisa.

—Mira, eso no lo he visto venir —contestó antes de reírse con ganas.

—Él te da toda la información que necesitas para resolver los casos y, a cambio, le quitas del medio a la competencia. Y por lo visto, parece que ahora también le consigues a niñas para sus perversiones, eso es lo que pienso —dijo Rachel asqueada.

—Me han acusado de muchas cosas, inspectora, pero nunca antes nadie había tenido tanta imaginación, de verdad, enhorabuena. Pensaba que tendría alguna idea absurda y disparatada, pero no imaginé nada como esto —dijo Andrea—. Tiene demasiado que aprender, inspectora, mire. Lo primero de todo es que nunca debe suponer nada antes de entrometerse en el trabajo de otra persona porque podría equivocarse. Irina Peshkova es una drogadicta que iba a entregar a su hija a Vasili Dvorkin, que a estas alturas estoy seguro que ya sabrá quién es porque ya debe de haber entrado en mi casa. Yo intentaba salvar a esa niña y usted me lo ha impedido. Lo segundo, es que nunca debe llevar a un detenido a su propia casa u habitación de hotel porque puede haber preparado alguna forma de escapar —dijo Andrea mientras se levantaba, sacaba una pistola del interior del sillón y la alzaba sobre la cabeza.

Rachel reaccionó demasiado tarde y, cuando trató de sacar su pistola, el arma de Andrea ya apuntaba hacia su cabeza.

Andrea le hizo un gesto para que la soltara y ella la fue dejando en el suelo poco a poco y se sentó de nuevo sobre la silla.

—Y lo tercero, he esperado hasta estar en esta situación para contárselo y que me creyera, porque sé que estando en la situación adversa no lo habría hecho nunca —dijo Andrea mientras apartaba la pistola del rostro de Rachel y apuntaba hacia el suelo—. Piense que ahora podría irme, o incluso matarla, si tú tuvieras razón y fuera como cree que soy.

Andrea se sentó de nuevo en frente de Rachel.

—La razón de que sepa todo lo que sé es por el programa Overlight, y el único motivo por el que se lo cuento es porque, llegado a este punto, necesitaré su ayuda para recuperar a la niña. Además, tampoco quiero tenerla detrás de mí mientras voy tras ella. Por cierto, ¿puedo tutearla?

Rachel asintió con la cabeza tratando de comprender la situación en la que se había visto envuelta.

—¿Qué es el programa Overlight? —preguntó al fin—. No lo había oído nunca —dijo finalmente Rachel.

Había pasado de disponer tanto el poder como la situación a su voluntad, a perderlo todo en un solo instante.

—Lo sé, tendría un problema muy grave si no fuera de esa forma —contestó Andrea sonriente—. El programa nació del dolor de un hombre que trataba de encontrar la forma de

volver a ver a alguien a quien había perdido. Y de una forma asombrosa, creó un método en el que el cerebro recrea en un estado de sueño forzado, una escena prediciendo la manera en la que actuaría la persona que deseas crear, aunque únicamente es posible si se dispone de la suficiente información acerca de ella como para crearla con detalle. Y solo si no hay interferencias de terceras personas. Por ejemplo, yo he tardado tres meses en conseguir recrear la escena en la que cogía a la niña; sin embargo, al aparecer tú, todo ha cambiado. No puedo predecir tus movimientos porque no los he vivido.

Rachel estaba anonadada ante las palabras de Andrea. Era una historia tan increíble como absurda, sin embargo, al mismo tiempo todo tenía sentido. No tenía ninguna razón aparente para mentirle.

Aunque pensándolo fríamente, ¿realmente era posible que existiera algo así?

Si ese fuera el caso, podrían resolverse todos los crímenes de una forma increíblemente más fácil y rápida.

—Muy bien, ahora contéstame a esto, ¿puedes llegar a imaginar lo que podría hacer esa niña?

La mente de Rachel continuaba en las ingentes posibilidades de lo que Andrea le acababa de comentar cuando se desvió a su última pregunta.

¿Lo que podría hacer?

¿Qué quería decir eso?

—¿A qué te refieres? No entiendo a qué te refieres, ¿qué tiene esa niña de especial?

—La niña sufre hipermnesia, Rachel, y justamente esa es la razón de que Vasili la esté buscando. Es incapaz de olvidar nada. Imagínate que controlara las entradas en el programa. Toda la información que ha recolectado durante toda su vida podría utilizarla en su interior. Y no solo eso, imagínate que quiere encontrar a alguien. Simplemente tendría que leer la información que exista sobre esa persona una vez y ya no la olvidará jamás. Una persona normal tardaría meses en cada objetivo, ella podría hacerlo en minutos, horas como mucho. Si esa niña controla Overlight, la persona que la controle a ella será un terrible peligro para el mundo.

Rachel comenzó a sudar a la vez que comprendía la situación en la que se encontraban. Aunque lo peor de todo era que había sido ella la que la había provocado. Si la niña caía en manos de Vasili, muchas personas morirían a causa de ello.

Ese hombre era un terrorista. Con toda la información que podría recoger al recrear esas escenas, podría atentar contra gran parte de occidente sin que nadie pudiera hacer nada con tal de evitarlo.

—Entonces vamos a por ella —dijo Rachel con un deje nervioso en la voz.

—No es tan sencillo. Había preparado hasta el momento del secuestro de la niña, sin embargo, no he ido más allá. No tenía previsto tu intervención y no he llegado a preparar ningún escenario en que la niña llegara hasta Vasili. No tengo la menor idea de dónde puede estar —dijo Andrea, abatido.

—Pues pregúntale a tu fuente.

—¿Cómo dices?

—No soy idiota, por mucho que tengas el programa Overlight necesitas una gran cantidad de información para recrear las escenas, o al menos eso es lo que me has dicho. No podrías

haber detenido a toda esa gente solo con los datos que tiene la policía, y mucho menos después de dejar la Interpol. Está claro que alguien te ha dado información.

—Eres más lista de lo que pensaba. Cuando conseguí controlar el programa, mi primer objetivo fue Lucca Giovanni, como bien has dicho antes. No abandoné mi obsesión con él hasta que lo atrapé; tenía el cañón de mi pistola en su cabeza, cuando me di cuenta de que era mucho más valioso si lo dejaba con vida —dijo Andrea mientras le enseñaba a Rachel una imagen desde el móvil—. Esto es en directo —Giovanni estaba encerrado en una de las salas del antiguo laboratorio de Olmedo— Cuando tengo un caso en el que él pueda tener información, lo interrogo y entro en el programa. Tardo un tiempo en conseguir lo que necesito, aunque hasta hoy no había fallado. La niña estaba en su lista, por eso sé de su existencia, pero Vasili se me adelantó y consiguió su lista de objetivos antes que yo. Giovanni habría raptado y asesinado a muchas niñas si la hubiera utilizado para sus fines, pero Vasili sería capaz de borrar a occidente del mapa si tuviera la menor posibilidad.

Sin darse cuenta, se había metido en algo mucho peor de lo que podía llegar a imaginar.

Pero esa no era la peor parte, ella había ayudado a que sucediera.

Debería haberse quedado en Nueva York, seguir siendo la amante de un policía aburrido y continuar con su vida como una simple poli. Todo esto escapaba totalmente de su zona de confort. Si ella hubiera sido como Russell nada de eso habría ocurrido.

El problema radicaba en que no lo era.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó con brillo en la mirada. Ahora tocaba solucionar sus mierdas.

—Primero tengo que preparar la entrada y para ello necesito hablar con Giovanni y usar el programa Overlight con la información de la que dispongo acerca de Vasili. Espero que sea suficiente para prever cómo actuará ahora. Después iremos a por él, pero para hacerlo, antes debo volver a España. No puedo hacer nada desde aquí. Pero bueno, ahora viene la gran pregunta, ¿me ayudarás? —preguntó Andrea mientras guardaba la pistola en una funda—. Necesito toda la ayuda posible para lo que se avecina, Rachel. Espero no haberme equivocado contigo cuando te envié esa caja.

Rachel se sentía viva de repente. Una misión como esa era para lo que había nacido. Si le daba la oportunidad, le ayudaría en todo lo que pudiera para salvar a esa niña.

—No te equivocaste, no lo hiciste en absoluto —contestó Rachel tratando de parecer muy segura de sí misma.

—Eso quería oír —dijo Andrea dejando la pistola sobre la mesa.

Rachel y Andrea recogieron la habitación a toda velocidad antes de recoger las cosas de Rachel y su hotel y dirigirse hacia el aeropuerto.

Rachel estaba realmente emocionada, aunque, al mismo tiempo, tenía mucho miedo.

No podría soportar que después de todo no alcanzaran su objetivo.

En cambio, Andrea parecía tranquilo y en calma, y esa era la única razón por la que ella no perdía los nervios del todo.

Cuando lo miraba y él le hablaba, se relajaba de inmediato.

Durante el vuelo hablaron de lo duro que había sido para Andrea pasar todo este tiempo haciendo lo que hacía él solo. Con la única persona con la que podía hablar acerca del

programa era el doctor Olmedo y, según Andrea, no era el hombre más alegre ni simpático del mundo. Aunque sí era increíblemente listo e interesante.

Nada más aterrizar en Valencia, fueron directamente al laboratorio.

No tenían tiempo que perder.

Y una vez en su interior, pasearon por diversos pasillos hasta llegar a una gran puerta de metal provista de dos candados. Andrea los fue abriendo con sendas llaves y una contraseña electrónica.

Rachel se sobresaltó al ver a ese hombre allí dentro con su perversa mirada puesta sobre ella.

Lucca Giovanni se encontraba al fondo de la gran habitación en una sala blanca y cerrada con un cristal en cada uno de los lados. Un espacio muy similar a las salas de interrogatorio de las que disponían en su comisaría, aunque provista de una cama, un dispensador de comida, una mesa y un retrete.

El hombre la ojeó al entrar y, con una mirada de serpiente, la saludó con la mano.

—Hola, señorita Frye, es un verdadero placer conocerla.

CAPÍTULO 9

Enero de 2025

El increíble y apetitoso aroma que provenía de la cocina circulaba por toda la casa hasta llegar al interior de la habitación de Sergio, que escuchaba música con la mirada perdida sobre el techo y la mente dispersa.

No tenía nada que hacer.

O, al menos, no recordaba que fuera el caso. Aunque realmente tampoco estaba del todo convencido, de hecho, no estaba seguro de nada.

Sus pensamientos estaban algo agarrotados y confusos desde que…

No sabía desde cuándo…

Paseó la mirada por la habitación con la intención de recordar algo, lo que fuera. Unas estanterías de madera, un escritorio de color azul claro y un armario empotrado. Todos sus libros del instituto estaban encima de la mesa junto a una mochila apoyada sobre una silla.

Pero ¿qué día era?

Se movió ligeramente sobre las sábanas de su cama y, estaba poniendo los pies sobre el suelo, cuando escuchó que unos pasos se aproximaban a través del pasillo y la sombra de su padre pasaba de largo.

¡Qué extraño!, pensó.

No recordaba su rostro.

¿Cómo era posible que no recordara a su propio padre?

Se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación tras los pasos de la sombra.

Al llegar a la escalera, se detuvo tras sentir un escalofrío y una extraña sensación de que algo iba mal.

Muy mal.

Y, cuando finalmente se repuso de aquella extraña sensación, fue bajando las escaleras de a poco mientras su padre desaparecía de su mente.

Mientras tanto, Antonio Olmedo y Andrea Gentile observaban desde el exterior cómo Sergio caminaba por la sala de pruebas del programa.

Era su primera incursión y de cómo reaccionara dependería lo rápido que sería capaz de mejorar en el futuro.

Andrea había durado únicamente veinte minutos durante su primera entrada y se había despertado entre gritos, sudores y sollozos. Hasta el punto de que incluso había amenazado con dejarlo.

Había sentido verdadero pánico durante el proceso. Y eso, junto a unas sensaciones completamente distintas a nada de lo que hubiera experimentado en el exterior, le habían hecho

replantearse las cosas.

Aunque claro, cuando el tenebroso rostro de Giovanni le pasó por la mente, encontró el valor necesario como para continuar.

En ese momento él llevaba ya doce intentos y acababa de conseguir darse cuenta de que estaba en el programa recreando una escena junto a su madre.

Por lo que ya había llegado más lejos que el inútil de Cruz. Ahora el siguiente paso sería hacerlo con su antigua novia, pues ese sería un paso mucho más duro y, sin embargo, intermedio a cómo podría sentirse en presencia de Giovanni.

—Los latidos no han aumentado. Está muy tranquilo y lleva ya quince minutos —se sorprendió Andrea mientras ojeaba al doctor Olmedo, que no apartaba la mirada de la pantalla.

Olmedo se quitó las gafas, las limpió y se las volvió a colocar antes de carraspear.

Estaba nervioso.

—Con el tiempo que lleva él, tú ya estabas gritando como un loco —dijo Antonio con regocijo—. Pero su inspiración ha aumentado, le cuesta respirar —farfulló mientras una gota le recorría la frente.

Sergio se adentraba en la cocina cuando su abuela se volvió hacia él con su particular sonrisa sobre el rostro. Sergio dio un paso hacia atrás al verla allí plantada.

No era posible que estuviera allí.

—¿Tienes hambre, cariño? Te he hecho tu plato favorito —dijo, señalando hacia el horno.

Sergio la miró con desconfianza.

Parecía estar allí frente a él como tantas veces había hecho cuando era pequeño. Pero, ¿y ahora dónde estaba? Mejor dicho, ¿cuándo?

Dejó de pensar, de repente estaba tranquilo y tenía hambre. Sonrió a su abuela mientras ella le ponía en plato encima de la mesa.

Se sentó y comenzó a comer.

Se miraron durante unos segundos hasta que, un instante más tarde, se levantó con la cara desencajada y los ojos como platos.

La acababa de ver en el interior de su ataúd el día que la enterraron.

Salió de la cocina a la carrera en dirección a la puerta de la casa de su abuela, pero, al comprobar que esta no se abría, cambió de dirección hacia el cuarto de baño. Cerró la puerta, pasó el pestillo y volvió la vista hacia el espejo para ver a un Sergio de quince años con la cara cubierta de acné.

—No va a durar mucho más —indicó el doctor Olmedo desviando la vista de una pantalla a otra con tal de comprobar los latidos de Sergio. El chico caminaba de un lado para otro con el rostro carcomido por los nervios.

—¿Cuánto lleva? —contestó Andrea con interés. Era increíble que estuviera durando tanto tiempo durante su primera aproximación con el programa.

—Más de una hora, está cerca de batir el récord de duración en primeras entradas —contestó Antonio, realmente impresionado. Nunca hubiera pensado que ese chico fuera a ser tan bueno. Era muy difícil mantener la concentración la primera vez cuando cada sensación es completamente nueva—. Trae agua, la necesitará cuando salga.

Andrea obedeció la orden de Olmedo y se alejó sin apartar la vista de la pantalla. No quería perderse nada.

Sergio salió del baño realmente nervioso. Le costaba respirar con normalidad y sentía que las palpitaciones golpeaban su pecho a gran velocidad. Avanzó a través del pasillo hasta que dio con su abuela con los ojos fijos sobre él.

Era una mirada perdida y desprovista de humanidad. Sentía auténtico pánico, aunque se obligó a caminar hacia delante.

Al llegar al lado de su abuela, cerró los ojos y respiró profundamente.

—Va a salir ya, mira su pulso —dijo Olmedo, sentado sobre su asiento frente a las pantallas. A su izquierda se podía observar cómo Sergio caminaba por la sala de pruebas. Y, frente a sus negros ojos, estaba la tensión arterial, la frecuencia cardíaca, la frecuencia respiratoria, la saturación de oxígeno y la temperatura corporal. Todas las constantes debían ser monitorizadas.

—¡Espera, no, no puede ser, esto es imposible! —exclamó el doctor Olmedo mientras se aproximaba a la pantalla y comprobaba que todo funcionaba correctamente.

Andrea salió de la cocina y llegó hasta las pantallas a toda prisa.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Andrea, sentándose a su lado con una botella de agua en la mano.

—El pulso ha bajado —dijo el doctor Olmedo con la cara desencajada—. Ha aumentado una barbaridad y de pronto se ha desplomado —dijo antes de salir corriendo y entrar en la sala de pruebas. Andrea siguió sus pasos sin tener ni la más remota idea de lo que ocurría.

Sergio seguía con los ojos cerrados en el centro del pasillo de la casa de su abuela. Se había sentido realmente nervioso, pero ya no lo estaba.

En absoluto.

Estaba tan relajado que abrió los ojos.

“No, esto no es real”

Miró a su abuela mientras lo recordaba todo.

Nada era real.

Su mente se encontraba en *Overlight*.

Él había elegido pensar en su abuela, que sonrió con los ojos repletos de lágrimas.

—Te he echado de menos —farfulló Sergio mientras se acercaba hacia ella.

—Y yo a ti, cariño mío.

—Nunca te perdonaré que te fueras sin despedirte —dijo Sergio sin ser capaz de evitar que los ojos se le cubrieran de lágrimas.

Sergio recordaba demasiado bien aquel día, con quince años, cuando su abuela se fue a dormir y nunca más despertó.

—Ojalá estuvieras ahí fuera, no te haces una idea de cuánto te necesito. No sabes lo que he hecho…

—Lo sé, cariño, pero siempre estaré aquí y puedes venir a verme siempre que quieras.

Sergio la abrazó sin dejar de llorar al tiempo que cerraba los ojos. Y cuando los abrió, se encontraba en el interior de una sala blanca con la luz golpeándole en los ojos de forma que le costaba mantenerlos abiertos.

Sin embargo, distinguió una sombra con el rostro del doctor Olmedo sentado frente a él.

—Es increíble, Sergio, lo has conseguido. Nunca nadie lo había logrado la primera vez —dijo el doctor Olmedo acercándose a él.

De hecho, nadie había conseguido ni acercarse.

El chico que tenía ante él podía cambiar de golpe todo lo estudiado acerca del programa. El mismo Antonio había precisado de ocho intentos cuando trataba de recrear a su hijo y despedirse de él.

Antes de lograrlo disponía de la información suficiente como para crearlo con garantías; sin embargo, con eso no era suficiente. Las sensaciones que produce el programa son distintas a nada que se pudiera haber conocido, el cerebro tarda un tiempo en asimilarlas y adaptarse a ellas.

Sergio había conseguido hacerlo en un tiempo récord. Cuando había estado a punto de fallar, había conseguido bajar sus pulsaciones y darse cuenta de la realidad en un solo segundo.

Antonio habría dado lo que fuera por haber podido estar allí dentro con él y haber tenido la oportunidad de seguir paso por paso sus movimientos, y no solo sus signos vitales a través de una pantalla de un ordenador.

Sergio comenzó a sollozar. Por mucho que Olmedo se lo hubiera advertido, no había podido ni imaginar que el programa *Overlight* pudiera llegar a ser tan increíblemente real. Acababa de estar con su abuela exactamente de la misma forma que ahora estaba junto al doctor Olmedo. Era algo totalmente increíble y, al mismo tiempo, realmente duro emocionalmente para él.

El doctor Olmedo se acercó a Sergio y le dio un abrazo descuidado.

—Sé cómo te sientes, Sergio, y nunca deja de ser duro, pero aprendes a vivir con ello. Ya lo verás —dijo el doctor Olmedo mientras esbozaba un intento de sonrisa—. Lo dejaremos por hoy, tengo que investigar los resultados que has obtenido. Has estado increíble, Sergio, y yo no suelo decir cumplidos, así que disfrútalos. La próxima vez será más dura.

Sergio se sentía tan perdido como mareado; sin embargo, al mismo tiempo estaba motivado después de su primera entrada.

Sentía que necesitaba hacerlo de nuevo y esta vez quería hacerlo con Sara. Por primera vez desde el accidente, sentía que un tratamiento podría funcionar y no podía esperar a intentarlo de nuevo.

CAPÍTULO 10

Enero de 2025

Durante los días siguientes a su primera entrada, lo único que hizo fue memorizar información acerca de Sara para preparar su futura recreación.

Primero comenzó con las cosas más básicas: nombres de familiares, gustos, estudios académicos, antiguos novios y una ingente cantidad de cosas de índole similar.

Poco después comenzó con sus rasgos físicos. Algo que era vital porque hasta el último lunar de su cuerpo podía ser importante para que la copia en el programa fuera exactamente igual que la verdadera Sara.

Era cierto que le incomodaba conocer cierto tipo de datos acerca de la chica, aunque también era consciente de que eran muy importantes.

Sara era una chica increíblemente fuerte y decidida. Para alguien de la personalidad de Sergio era realmente estimulante leer acerca de su vida, sus viajes, sus pensamientos y aventuras. Sobre todo en ese momento en el que prácticamente no podía ni salir de su habitación.

A Sergio le habría encantado conocerla en persona y ese hecho provocaba que se sintiera todavía peor.

Se pasaba cada hora del día en el interior de la vida de Sara. Como él ya no tenía una propia, dedicaba todo su tiempo a aprender acerca de la de ella.

De hecho, ya formaba parte de su vida y, de una forma extrañamente perturbadora, sentía algo por ella.

Comenzaba a ser la persona a la que mejor había llegado a conocer en toda su vida. Aunque ese mismo hecho provocaba que sintiera náuseas.

Cada vez comprendía mejor el programa, lo que sentiría cuando entrara y el objetivo final. Del mismo modo que el momento en el que conseguía darse cuenta de dónde estaba era cuando podía realizar la tarea para la que había entrado.

A Sergio le caía bien Andrea, de hecho, incluso parecía tener muchas cosas en común. Ambos estaban obsesionados con lo que *Overlight* podría ofrecerles, aunque sus motivos fuera muy diferentes.

El agente de la Interpol le había hablado acerca de sus objetivos. De cómo necesitaba dar con Giovanni y todos los años que llevaba tras ese hombre mientras este siempre se le escapaba de entre las manos.

E, incluso, de la única vez que fue capaz de poner sus manos sobre su pescuezo, el muy bastardo se le había escapado y provocado que regresaran a la casilla de salida.

En ese periodo de tiempo en el que estuvo detenido, Andrea lo había interrogado en distintas ocasiones y, gracias a ello, tenía tanta información recopilada acerca de ese hombre. Y esa era la

mejor baza que tenía a la hora de poder crearlo en el programa *Overlight*.

Giovanni sabía que Andrea iba en su busca, y cada vez que había estado cerca de dar con él se había reído de él una y otra vez.

De hecho, Andrea realmente estaba obsesionado con su persecución, sin embargo, era demasiado listo y se adelantaba siempre a sus movimientos.

Aunque esta vez Andrea se sentía con la confianza suficiente para darle la vuelta a la partida. Con la ayuda del programa, esta vez podría darle caza tras recortar la distancia que siempre mantenía entre ellos.

Sergio se sentía a gusto con Andrea. Ese hombre era la persona que mejor podía comprender su situación. En cierto modo, sentía su misma desesperación y eso provocaba que no se sintiera tan solo.

Ambos vivían en el interior del hospital en el que trabajaba Olmedo. En habitaciones individuales, junto a la sala de pruebas.

En otra área del laboratorio estaba ubicado el estudio en el que habían recopilado toda la información que podrían necesitar acerca de todas las personas que usarían en sus respectivas entradas.

El doctor Olmedo los visitaba cada pocos días, aunque ya prácticamente no entraban en el programa, sino que se limitaban a recopilar información día tras día.

Tras día…

Y era algo que comenzaba a desmotivarles.

Ellos eran conscientes de que era algo que debían hacer.

Tras los intentos que llevaban a sus espaldas, sabían a ciencia cierta que la frase “la información es poder” no podía ejemplificar mejor su situación. Si no se tomaban en serio la reconciliación de la información, podían fracasar una y otra vez.

Y eso no era algo que sus cerebros pudieran aceptar con facilidad.

Sus días eran siempre iguales y monótonos.

Se levantaban, estudiaban, comían, Andrea le hablaba acerca de sus casos y su antigua vida hasta que llegaba la noche y dormían de nuevo.

Otra vez y vuelta a empezar.

Ambos se veían más que preparados para adentrarse de nuevo en el programa, pero, esta vez, querían hacerlo con los objetivos reales que tanto anhelaban recrear.

Andrea le había hablado largo y tendido acerca de Lucca Giovanni.

Este había nacido en una familia adinerada de La Toscana, bien relacionada, con diversos negocios y cargos en la política italiana. Sin embargo, nunca tuvo tanto poder como cuando llegó a las manos de Lucca.

Sus padres fallecieron en un accidente de avioneta cuando él tenía veintitrés años y acababa de terminar su carrera de química en la Universidad de Roma. Tras este funesto suceso, toda la fortuna de la familia pasó a sus tenebrosas manos y comenzó a jugar con la política utilizando el nombre y los contactos que le brindaba su apellido.

Al principio nadie lo tomó en serio, aunque pronto comenzó a despuntar entre las altas esferas. El joven Giovanni pasó de ser un personaje conocido únicamente en su tierra natal a hacerse un nombre en territorio nacional. De hecho, al poco tiempo, llegó incluso a entrar en las listas del partido de la oposición para el congreso.

Giovanni se codeaba con los políticos más importantes y ninguno de ellos dijo nunca una mala palabra de su persona, al menos de cara a la galería.

Pues el joven Lucca había investigado en secreto a cada uno de ellos y conocía sus más oscuros secretos.

Giovanni estaba al tanto de los trapos sucios de cada político y policía corrupto de importancia de la Toscana y cada vez conocía más acerca de los de la capital. Del mismo modo que tenía conocimiento de las actividades delictivas de las familias más importantes de Italia y pruebas de cada uno de ellos.

Si él caía, no lo haría solo.

Su familia estaba orgullosa de él. Estaba llevando el apellido Giovanni más lejos de lo que nadie en su familia había hecho jamás. Tenía todo un gran plan bien elaborado, aunque su familia no conocía hasta qué punto llegaba ese gran plan, orquestado desde mucho antes de lo que ellos pudieran llegar a imaginar.

Desde el mismo día que en el que empezó en la facultad de química.

Lucca tenía un secreto, algo que le había acompañado desde que no era más que un niño pequeño y había sentido la necesidad de causar dolor a todo insecto que se cruzara en su camino.

Cuando fue haciéndose mayor, los animales que necesitaba para saciar su sed debían ser cada vez mayores.

Él era consciente de lo que implicaban sus impulsos, por lo que elaboró un plan.

Tenía que ser lo suficientemente poderoso para que nadie pudiera tocarle, hiciera lo que hiciera.

Y a quién se lo hiciera.

Debía tener en sus manos a las personas de las que podría llegar a depender en algún momento de su futuro para que no pudieran tocarle.

Con el paso del tiempo creó un gran imperio de influencias a su alrededor y, cuando su pequeño gran secreto finalmente salió a la luz, había más gente interesada en su libertad que en su condena, y de esa forma, no duró ni dos meses en prisión.

Logró escapar en uno de sus traslados hacia el juzgado y, desde entonces, Lucca Giovanni comenzó a ser quien realmente era, saciando su sed sin miedo a ser encarcelado. Toda la información acerca de la corrupción de Italia seguía en su poder y, si muriera o fuera encarcelado, mucha gente caería a causa de ella.

Por ese motivo, Andrea no disponía de apenas ayuda en su búsqueda. Estaba solo, y si algo tenía claro, era que si alcanzaba a tenerlo nuevamente frente a él, no tendría la ocasión de escaparse de nuevo.

CAPÍTULO 11

Enero de 2025

Sergio se levantó en mitad de la noche de un sobresalto.

Era cierto que últimamente dormía mejor, pero todavía lo atormentaban oscuros sueños del aciago accidente donde los ojos de Sara buscaban el infinito.

Cuando eso ocurría, era incapaz de volver a conciliar el sueño y no le quedaba otra que pasarse la noche mirando al techo o dando vueltas anclado en sus pensamientos.

Se levantó de la cama mientras bostezaba y restregaba los puños por sus ojos adormecidos. Por mucho que no fuera capaz de dormir, su cuerpo no cesaba en recordarle que necesitaba descansar. Se quedó ahí sentado con la mente dispersa durante unos segundos, tratando de poner en orden sus ideas.

Poco después abandonó la habitación para ir directo hacia el estudio mientras una idea terminaba de formarse en su mente.

Estaba harto de esperar.

Hastiado de una vida repleta de miserias y remordimientos.

Cansado de no ser capaz de decir una palabra ni de poder relacionarse.

Por lo que, pese a la negativa del doctor Olmedo, trataría de alcanzar su objetivo esa misma noche.

Se sentó en un escritorio improvisado que le había proporcionado el doctor Olmedo y comenzó a repasar toda la información que ya había recopilado durante el tiempo que llevaba viviendo en el laboratorio.

Cada nombre, gusto o preferencia de la chica.

Cada miembro de su familia.

Cada momento de su vida…

Se había adentrado en el programa en repetidas ocasiones y en todas ellas había salido con éxito. Algo raro según las estadísticas. Según las palabras de Olmedo, nadie había sido capaz de realizar nada ni remotamente semejante.

Para Sergio, sus palabras resultarían mucho más valiosas si no se sintiera del modo en el que lo hacía. Ser bueno en algo podría hacer sentir bien a cualquier persona en el mundo. Pero él no era cualquiera. Y más sabiendo que, incluso en esa tesitura y con más que probada su valía, Olmedo le había prohibido realizar cualquier tipo de incursión.

Y ese hecho era lo que provocaba que no alcanzara a comprender las razones de que hubiera ralentizado su entrenamiento.

Había pasado de adentrarse en el programa prácticamente a diario a dedicar demasiadas jornadas simplemente a estudiar o recopilar información encerrado en ese maldito despacho.

Andrea también avanzaba con firmeza, aunque no se acercaba a la velocidad ni la precisión de Sergio. De hecho, todavía seguía fallando en dos de cada tres entradas.

Se suponía que era algo bastante habitual; sin embargo, e incluso de esa forma, el doctor Olmedo se cabreaba y blasfemaba como un loco antes y de irse de un portazo y no volver hasta el día siguiente. Era un hombre con muy poca paciencia, para desesperación de ambos.

Sergio y Andrea estaban comenzando a cansarse de esa inaguantable espera, incluso este último había llegado a plantearse abandonar el programa.

Cada vez que contactaba con sus compañeros de la Interpol, un ramalazo de rabia le recorría el cuerpo al saber que no estaba avanzando. Dado el caso, preferiría salir a la calle en busca de ese monstruo.

Aunque, pese a todo, al final nunca se iba. En el fondo era consciente de que era su mejor opción para atrapar a Giovanni. De hecho, era probable que incluso fuera la única.

Ninguno de los dos había puesto en práctica toda la información recogida por el momento. Olmedo seguía insistiendo en que no estaban preparados, por lo que, las pocas veces que se adentraban en los últimos tiempos, únicamente recreaban una y otra vez a su abuela, su madre o su hermana.

Era desesperante.

Al menos el siguiente paso sería hacerlo con sus respectivas exnovias, pues eran pasos intermedios para el *shock* que les supondría enfrentarse a las personas a las que realmente anhelaban recrear.

Pero Sergio no aguantaba más.

No tenía intención alguna de recrear a Laura, de hecho, ni quería verla ni lo necesitaba.

Iría directamente a hacerlo con Sara. Estaba convencido y había preparado un plan con el que llevarlo a cabo.

Conocía el lugar en el que el doctor Olmedo guardaba las pastillas rojas que lo llevarían a alcanzar su objetivo. La sala de pruebas estaba siempre abierta y tenía toda la noche para confirmar que disponía de la información necesaria y adentrarse en *Overlight*.

Para bien o para mal, antes de que Andrea despertara o el doctor llegara al laboratorio, él ya habría terminado y regresado a su habitación como si nada hubiera pasado.

Pasó dos horas repasando la información acerca de Sara. Era duro, ya que, para no prender la luz, se veía en la necesidad de forzar la vista con tal de leer los documentos utilizando únicamente la pequeña lamparita del despacho. No debía usar la luz si no quería que Andrea la viera desde el exterior si le daba por ir al baño en mitad de la noche.

Estaba harto y aburrido de asimilar y repasar tan ingente cantidad de datos.

Se levantó de la silla para dirigirse al despacho del doctor Olmedo, coger una pastilla roja del cajón en el que estaban guardadas sin llave y regresar a la sala de pruebas con la mente enfocada en su cometido.

Se sentía preparado, por mucho que el doctor insistiera una y otra vez en lo contrario. No había fallado ni una sola vez en ninguna de sus entradas y ese era el mejor resultado que nadie había logrado jamás. Nadie se había aproximado. Ni siquiera el doctor Olmedo había hecho nada parecido.

Por lo que Sergio sabía, incluso en ese momento fallaba de vez en cuando en algunas de sus incursiones que puntualmente hacía para recordar a su hijo. Como él decía, siempre hay algún

dato que se puede olvidar durante la entrada y eso es más que suficiente como para fallar. Sin embargo, y, conociendo la dificultad, Sergio no había fallado nunca.

Se sentía eufórico por recrear a Sara después de tanto tiempo de espera. Ella era su salida a la vida que llevaba y lo único que le separaba de tener una mucho mejor.

Del mismo modo, en el que también era la única posibilidad que tenía de disculparse ante la chica a la que había matado.

Se sentía preparado, pero, al mismo tiempo, estaba muerto de miedo. Sabía que la conocía en profundidad, aunque no estaba realmente convencido de que ella lo fuera a perdonar.

Era probable que, si la creaba como debía y se disculpaba ante ella por todo lo ocurrido, ella lo culpara de su muerte y le reprochara lo ocurrido.

No podría reprochárselo.

Por mucho que le explicara la situación, era demasiado probable que no fuera capaz de perdonarle y, si se daba el caso, posiblemente después de esa entrada se sentiría incluso peor que antes de entrar.

En ese momento sabría que ya no tendría ninguna posibilidad en el futuro que le deparara.

Todo habría acabado.

Y eso era lo que más miedo le daba.

Repasó despacio todas las indicaciones que el doctor Olmedo le había repetido una y mil veces. Cada palabra resonaba en su cabeza con su profunda y sosegada voz mientras le recordaba las normas.

Bebió un vaso de agua de un trago, porque, aunque no debía comer nada, podía deshidratarse si el tiempo se alargaba en el interior. Al fin y al cabo, al ponerse nervioso y aumentar las pulsaciones, se gastaba una gran cantidad de energía y, con ello, se sudaba de manera sustancial.

Al acabar, repasó los datos más importantes de la actitud y la personalidad de Sara junto a todos los rasgos físicos que había memorizado mientras se ayudaba de algunas fotografías que Andrea había conseguido proporcionarle rebuscando en todas sus redes sociales.

Incluidas algunas más íntimas, que había sacado de forma clandestina de la comisaría después de la investigación de su muerte.

Sergio había estado mucho tiempo esperando ese momento. Lo había deseado con todo su ser y ahora, justo cuando se enfrentaba a él, estaba asustado.

No sabía a lo que se enfrentaría.

Se sentó sobre el suelo con la pastilla en una mano y las fotografías de la chica en la otra y respiró profundamente mientras se introducía la pastilla en la boca y tragaba despacio.

Pensó en su madre. En lo preocupada que estaba y en cómo continuaba oponiéndose al programa y a todo lo que ello implicaba.

Si fuera por ella, se quedaría el resto de su vida viviendo en la misma habitación en la que había dormido de niño.

También pensó en Laura. Ella había tratado de visitarlo tanto en el hospital, como en casa de su madre, pero, después de que él se hubiera negado a recibirla todas las veces, finalmente había dejado de intentarlo.

Todavía seguía pensando en ella cuando se percató de que era Sara la que debía estar en su mente en ese momento. Trató de imaginarla…

Cada facción de su rostro y parte de su cuerpo, su personalidad y todo lo que había aprendido en los últimos días de estudio y memorización.

Cerró los ojos y se tumbó sobre el suelo.

CAPÍTULO 12

Enero de 2031

Rachel sentía que ese hombre le absorbía el alma, observándola en pie frente a ella desde su blanca celda.

Andrea se adelantó y se colocó frente a ese monstruo mientras Rachel se quedaba a varios metros de distancia y ojeaba en derredor.

Era una sala espaciosa, provista de un ordenador en el centro, que, según las palabras de Andrea, utilizaban para controlar las constantes vitales de los usuarios del programa Overlight. De hecho, le había hablado largo y tendido acerca del programa durante el vuelo. Había tratado de explicar las sensaciones que se experimentaban en su interior junto a todas las ideas que tenía en mente para el futuro. "Se puede cambiar el mundo con el programa", le había dicho.

El problema radicaba en que no estaba seguro de si sería para bien o para mal.

Andrea comenzó a hacer preguntas que, con tono sarcástico, Giovanni iba respondiendo sin que Rachel fuera capaz de comprender una palabra.

Andrea le hizo un gesto para que saliera de la sala y se quedó a solas con él.

Rachel salió al pasillo y comenzó a caminar por el resto del laboratorio hasta que llegó a lo que supuso que era la sala de estudio. Al entrar, vio algo parecido a lo que había encontrado en la casa de Andrea: las paredes cubiertas de información, fotografías, recortes de periódicos y folios repletos de datos acerca de Giovanni y de todos los delincuentes a los que había encerrado en los últimos meses, incluido John Marshall.

Rachel no pudo evitar pensar en ese hombre.

Marshall había escapado a meses de investigación por parte de la policía de Nueva York y únicamente gracias a la intervención de Andrea y del programa, ahora se estaba pudriendo en una celda a la espera de un juicio que sabía que perdería. Ese hombre iba a pasarse en la cárcel el resto de su miserable vida gracias a Overlight. Aunque, por otro lado, ese mismo programa podría ser el causante de un mal espantoso.

Como Andrea le había dicho durante el vuelo, nadie debía enterarse de su existencia. Si los gobiernos lo obtenían, podrían comenzar una guerra de información donde las potencias tendrían la capacidad de espiarse de una forma increíblemente más profunda y aterradora de lo que ahora pudieran imaginar.

Debían detener a Vasili, pasase lo que pasase y a cualquier precio. Nadie más debía saber de la existencia del programa.

Seguía perdida en sus pensamientos cuando escuchó unos pasos que provenían del exterior del laboratorio y, sin pensárselo dos veces, se escondió tras una puerta.

Una sombra se adentró en el laboratorio sin demasiado sigilo.

Las luces apagadas provocaban que no fuera capaz de verle con claridad, aunque, por su silueta, podía suponer que debía de tratarse de un hombre de un metro ochenta o uno ochenta y cinco a lo sumo. Al llegar a la sala, el hombre encendió la luz justo cuando Rachel salía de las sombras para interponerse en su camino.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí? —preguntó Rachel en inglés caminando hacia la sombra.

El hombre no retrocedió un ápice mirando a Rachel directamente a los ojos.

—Eso es lo que tendría que preguntarte yo. ¿Quién eres y qué coño estás haciendo en mi laboratorio? —contestó el hombre en un inglés bastante decente con tono autoritario—. No me importa lo que me hagas, no vas a salir con nada de aquí. Sea lo que sea que buscas, no lo vas a encontrar sin mi ayuda y yo jamás te lo daré.

Rachel se relajó de súbito.

Ese hombre no podía ser otro que el doctor Olmedo, el hombre que había creado el programa y la razón por la que Andrea todavía mantenía guardado el secreto. Por lo que Rachel sabía acerca de él, sin duda alguna estaba de acuerdo con sus ideas.

El programa no debía salir a la luz.

Sería un verdadero peligro que eso llegara a ocurrir. Ese hombre se sentiría culpable de todo lo que pudiera pasar; del mismo modo que ella lo hacía por permitir que se llevaran a la niña.

—Perdone, no quería asustarle, pensaba que era otra persona —dijo Rachel relajando el tono de voz.

Andrea salió de la sala y apareció ante ellos.

—Hola, Olmedo —saludó acercándose a Antonio.

—Eres un maldito imbécil. ¿Cómo se te ocurre traerla aquí? —preguntó el doctor Olmedo mientras se aproximaba violentamente hacia Andrea—. Eres un inconsciente, Andrea, ya sabes lo peligroso que es esto.

—Lo he hecho porque ella es el mal menor, Olmedo. He perdido a la niña, en estos momentos ya estará en manos de Vasili.

Antonio Olmedo se sentó sobre una silla del laboratorio y suspiró profundamente.

—Te dije que no se lo podías decir a nadie. Que era demasiado peligroso. Y ahora no solo un terrorista sabe acerca del programa, sino que encima tiene a una niña con hipermnesia y, para rematar la cagada, traes a una agente de policía a mi laboratorio y se lo cuentas todo. Esto es lo que se consigue jugando a ser Dios, no debí haberte entrenado, jamás debí hacerle caso a Sergio. ¡Maldita sea!

—Se lo he contado porque necesito su ayuda, Olmedo. No puedo hacerlo yo solo.

—¿Ayuda para qué? —preguntó con furia en la mirada.

—Él ya tiene a la niña, así que, ¿qué es lo único que le falta?

El doctor Olmedo se quedó pensativo durante unos segundos mientras se masajeaba las sienes.

—Las pastillas, sin ellas, no puede hacer nada —dijo finalmente antes de ponerse en pie con la cara desencajada.

—¿Y cuál es el único lugar donde puede conseguirlas? —preguntó Andrea sin apartar la vista de los movimientos de Olmedo.

—Aquí —contestó este muy nervioso mientras miraba a su alrededor.

—Exacto.

—Hay que destruirlas, no pueden caer en sus manos —decidió Antonio mientras caminaba hacia donde estaban escondidas las pastillas.

Rachel observaba la situación sin llegar a comprender una sola palabra de lo que estaban diciendo. Al hablar en español, lo único que podía hacer era observarlos, discutir.

—No puedes hacerme eso, Olmedo, se puede hacer mucho bien con ellas, no puedes destruirlas —dijo Andrea con poca seguridad en la voz.

—Cómo también se puede hacer si cabe más daño si se usa de la forma equivocada. Esto ya lo habíamos hablado, Gentile. Sabías las condiciones del acuerdo y lo que pasaría si no se cumplían.

—No dejaré que las cojan. Que vengan aquí si quieren. Les estaremos esperando —dijo Andrea con tono arrogante.

—No lo entiendes, no puedo arriesgarme a que falles. Hay demasiado en juego.

—Dejarías de ver a tu hijo. ¿Serías capaz de no volver a usar el programa nunca más? Todo por lo que has luchado, todo por lo que hemos pasado, ¿lo dejarías sin más? —preguntó Andrea bajando el tono de voz. Por experiencia sabía que subir el tono y discutir con el doctor Olmedo no servía para nada. De hecho, más bien provocaba lo contrario.

—Gentile, esto es más importante que tú y que yo, hablamos de lo que le puede pasar al mundo. No voy a tener sobre mi conciencia los atentados que ese ruso loco pueda perpetrar usando mi creación —contestó Antonio Olmedo mientras cogía las pastillas—. Usa estas, deberían bastarte para encontrar a la niña, pero después no habrá más. Lo siento, Andrea —dijo Olmedo mientras le daba las pastillas a Andrea.

Andrea cogió las pastillas de las manos de Olmedo y observó cómo se alejaba hacia el exterior de la sala.

—¿Y si te cogen? Pueden obligarte a que hagas más para ellos, ¿qué harás entonces? —preguntó Andrea ya desde la distancia.

—Tengo una pastilla especial —contestó el doctor Olmedo mostrándole una de color azul que acababa de sacar del bolsillo de su chaqueta—. No me cogerán con vida, créeme. Por otro lado, si consigues salvar a la niña y me demuestras que nadie más va detrás del programa, me plantearé que sigamos como antes, pero, hasta entonces, desapareceré. Mucha suerte, Andrea, de verdad —dijo Olmedo antes de salir por la puerta del laboratorio.

El silencio inundó la sala.

Olmedo ya había desaparecido mientras Andrea se sentaba en una de las sillas con aspecto de abatimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rachel acercándose a Andrea.

—Nada importante, no te preocupes, pero tenemos mucho que hacer. Necesitaré que vigiles mis constantes, ya que esta vez no estará Olmedo para hacerlo. No tenemos ni muchos intentos, ni mucho tiempo, así que tenemos que hacerlo bien.

—De acuerdo. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana por la mañana.

—¿Mañana? ¿Por qué esperar tanto tiempo? Deberíamos empezar ahora mismo. Mañana la niña puede estar en cualquier parte del mundo.

—Hay información que todavía no he memorizado y debo pasarme la noche estudiando. Si entro en el programa sin ella, será en balde y entonces sí que estaremos perdiendo el tiempo. Por desgracia, yo no tengo hipermnesia y necesito un proceso de memorización, aunque sí que es cierto que con la práctica he adquirido mucha velocidad —contestó Andrea—. Tengo lo que necesitaba de Giovanni, así que descansa lo que puedas. Ve a mi casa, date una ducha, come bien y mañana te quiero aquí a las ocho de la mañana, ¿de acuerdo? —dijo Andrea mientras le entregaba las llaves—. Aunque tendrás que comprar algo de comida, no tengo nada en la nevera.

CAPÍTULO 13

Enero de 2025

Sergio se sentía totalmente aterrado.

Era evidente que había chocado contra algo y que el coche estaba fuera de control, pero no sabía contra qué podía haber sido el golpe ni cómo había llegado a ocurrir. De hecho, no se había dado cuenta de nada.

La lluvia arraigaba y su visión estaba incluso más nublada que los cristales a causa de su nivel de alcohol en sangre.

Tras el golpe, el coche había salido despedido hacia el cielo para poco después volver a caer. Había dado varias vueltas sobre sí mismo hasta detenerse.

Sentía un dolor terrible en el ojo, que parecía pringoso y caliente. Como si grasa de motor le chorreara por la cara.

Y además era incapaz de mover la pierna.

Trató de tranquilizarse mientras advertía que perdía el conocimiento.

Sus ojos se cerraban entre una visión de luces, sombras y lluvia cuando escuchó que unas voces se aproximaban hacia su posición.

Trató de pedir ayuda; sin embargo, ningún sonido salió de su boca.

Estaba realmente mareado y, antes de que consiguieran abrir la puerta para acceder a él, cayó desmayado sobre el volante.

A los pocos segundos recobró el conocimiento en compañía de un dolor insoportable tanto en la pierna como en el ojo.

Se tocó el párpado con la mano y esta se cubrió de sangre. Las voces que hacía un momento había escuchado en el exterior habían cesado y ahora reinaba el silencio.

Reunió toda la fuerza que todavía le quedaba para abrir la puerta del coche y echar un vistazo hacia exterior con tal de comprobar que realmente no había nadie a su alrededor.

Únicamente un solitario coche a unos seis u siete metros de distancia con un golpe en el costado.

“Tengo que salir de aquí”

Sergio no recordaba nada anterior a encontrarse en el interior del coche fuera de control, aunque, incluso de ese modo y, sin saber cómo lo sabía. Algo le decía que había sido culpa suya.

Tenía que comprobar el estado de la persona con la que había chocado.

Acababa de salir al exterior cuando la lluvia le atrapó. El agua caía con una fuerza aplastante y en unos pocos segundos estaba completamente empapado.

Aunque no le importaba.

La sangre resbalaba por su rostro y provocaba que perdiera gran parte de su visión. La herida lo obligaba a mantener el ojo cerrado y, cuando trató de abrirlo, no fue capaz de soportar el dolor.

Caminó bajo la lluvia mientras la pierna trataba con insistencia de impedir su cometido. Le quemaba a cada paso que daba de camino al otro vehículo.

Tenía que ayudarla.

Un momento…

"¿Ayudarla?"

"¿Cómo puedo saber que es una chica?"

Era imposible que lo supiera y, sin embargo, lo sabía. Estaba tan seguro de ello como de que tenía que hacerlo, tenía que ayudarla. Volvió a caminar en dirección al coche… hasta que la vio.

Una chica rubia de unos veintitantos años con una gran herida en la cabeza que no paraba de sangrar.

Trató de abrir la puerta, pero estaba atascada.

La golpeó con todas sus fuerzas, pero no consiguió que se moviera en absoluto.

Gritó a la chica con la intención de que despertara. Gritó una y otra vez mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Sergio continuó golpeando la puerta durante unos cuantos segundos más hasta desistir muerto de cansancio y dolor. Ojeó a su alrededor en busca de algo con lo que poder romper el cristal. Y, al no encontrar nada, se levantó y gritó pidiendo ayuda a la desesperada.

Siguió gritando a pleno pulmón en busca de ayuda mientras se acercaba a los portales de los edificios más cercanos.

No había un solo coche en toda la calle.

Mientras circulaba bajo esa lluvia torrencial, la calle estaba repleta de tráfico y en ese momento no había un alma a su alrededor.

"Estamos en una de las calles más importantes de la ciudad, casi en pleno centro; es imposible que no haya nadie"

Se sintió abatido. Cayó sobre sus rodillas mientras las lágrimas se mezclaban con la lluvia que seguía cayendo con mucha fuerza. Se sentía extraño, como si no se hubiera despertado totalmente de su desmayo y parte de él todavía siguiera durmiendo, sumido en un profundo sueño.

Un horrible sueño en el que era un asesino.

Sergio escuchó que unos pasos se aproximaban hacia su posición, levantó la cabeza de a poco para constatar de quién se podía tratar. Se planteaba la posibilidad de pedir ayuda a fuera quien fuera que estuviera ante él. Quizás entre los dos pudieran romper el cristal y sacar a la pobre chica del coche antes de que se muriera desangrada. O que el vehículo prendiera a fuego a causa del golpe.

Logró distinguir una silueta, aunque con un solo ojo útil y repleto de sangre y agua, no podía distinguir si de hombre o de mujer. Se levantaba a duras penas y con mucho esfuerzo mientras se limpiaba el ojo cuando distinguió a Laura, con sus ojos clavados en los suyos repletos de rabia.

—Eres un asesino, quieres culparme a mí, pero en el fondo sabes que es verdad —le acusó Laura con una voz firme.

Sergio se quedó pasmado observándola bajo la lluvia.

Quería contestar a su acusación.

Decirle que todo era por su culpa y que, si ella no lo hubiera traicionado, nada hubiera pasado.

Que ambos se encontrarían en su casa viendo la tele como una pareja normal y corriente y no heridos bajo la lluvia repletos de sangre.

Sin embargo, le fue imposible.

Ella tenía razón.

La chica caminaba despacio hacia él sin quitarle los ojos de encima.

Ya no hablaba, aunque su silencio era sin cabe más perturbador.

Caminó hacia atrás hasta toparse con algo tras su espalda.

—No importa que esté muerta, nada es real —dijo una voz.

Al girarse, vio a su vecino Emilio, parado sin moverse, con los ojos puestos sobre él.

—¡Es todo culpa tuya! —volvió a decir Laura.

—No importa, muere tú también —dijo de nuevo Emilio.

Sergio estaba situado en medio de los dos.

Ambos habían empezado a caminar directos hacia él y un escalofrío de auténtico terror le recorrió la espalda.

Le pasó por la cabeza la posibilidad de correr, pero ni contaba con las fuerzas suficientes ni la pierna se lo iba a permitir. Cerró los ojos y esperó a que llegaran hasta él sin pensar en lo que pudieran o quisieran hacerle.

Sin embargo, las voces cesaron de golpe.

Y al abrirlos de nuevo no había nadie ante él.

Ojeaba a su alrededor en busca de su paradero cuando se percató de que la chica del interior del coche había desaparecido. La puerta seguía cerrada, pero ella no estaba por ningún lado. Se aproximó y miró a través del cristal para cerciorarse de que no había ni rastro de la chica.

“Sara, se llama Sara”

Sintió de nuevo un escalofrío por todo su cuerpo, esta vez distinto y a la vez mucho más intenso que el anterior. Todos sus instintos le obligaban a mirar tras su espalda.

Y, cuando finalmente obedeció, la vio, plantada frente a él y los ojos en blanco clavados en los suyos. Las pulsaciones de Sergio se aceleraron de súbito, el terror le invadió tras presenciar esa inquietante escena de la chica con la cabeza abierta repleta de sangre y los ojos completamente sumergidos en un blanco fantasmal.

Trató de decir algo, pero ningún sonido entendible salió de su boca. Era incapaz de apartar la mirada de los ojos de la chica que seguía inmóvil ante él. Él quería preguntarle si se encontraba bien, aunque al ver la herida de su cabeza se sintió como un estúpido.

¿Cómo demonios iba a estar bien con la cabeza partida por el centro?

Era evidente que no podía estarlo, y no comprendía cómo era posible que estuviera en pie. Estaba convencido de que debería de estar muerta. La chica dio un paso hacia delante acercándose a Sergio cuando este retrocedió con el rostro carcomido por el miedo.

Con el segundo paso, se dio la vuelta y trató de correr con la intención de alejarse lo máximo posible de esa horripilante visión. Sentía que la pierna le quemaba, pero no podía quedarse quieto. Fuera lo que fuera, esa chica le aterraba. Corría con dificultad y lentitud, sin embargo, la chica no aumentaba la velocidad y a los pocos segundos estaba fuera de su alcance.

Trató de escabullirse entre las callejuelas de los alrededores, hacia el interior del barrio chino. Parecía que la chica no seguía sus pasos; de hecho, parecía que ni siquiera había tratado de hacerlo.

Respiró hondo mientras trataba de comprender la situación en la que se encontraba.

Tenía que haber una explicación para todo lo que estaba pasando. Había visto a Laura; sin embargo, era una Laura rara, distinta, casi inhumana; muy parecida a su vecino Emilio, que increíblemente también se encontraba en ese lugar y momento, bajo la intensa lluvia en medio de la calle.

Por mucho que lo intentaba, no lograba comprender nada de lo que ocurría a su alrededor.

Andrea se despertó en mitad de la noche tras escuchar un ruido proveniente de la sala de pruebas.

Se levantó de un salto y cogió la pistola de su mesita de noche por puro instinto. Salió de la habitación despacio y sin hacer ruido. Si alguien había entrado en el laboratorio, no debía advertirle de su presencia.

Pasó junto a la habitación de Sergio para asegurarse de que el chico se encontraba bien, pero el hecho de que no estuviera en su interior, evidenció que algo no iba como debería.

Podían haberle obligado a mostrar las investigaciones. Sin lugar a dudas, el chico era el eslabón más débil y *Overlight* no dejaba de ser un programa secreto. Únicamente unas pocas personas en todo el mundo tenían las credenciales necesarias para investigarlo y el doctor Olmedo era una de las más avanzadas en el proceso.

Estaba seguro de que habría demasiada gente con intenciones militares o terroristas.

Aunque claro, también podría tratarse de Giovanni. El chico no entraba en sus gustos, pero podría haberlos cambiado únicamente con la intención de hacerle daño a él. Ese hombre era un sociópata que sentía la necesidad de mostrar poder, y entrar en el edificio para matar al chico y dejarle a él con vida, era algo que podría entrar en su modus operandi.

Caminó por el laboratorio con el arma alzada hasta que llegó junto a la sala de pruebas.

En ese momento se tranquilizó al comprobar que Sergio estaba solo y tumbado sobre el suelo de la sala.

Aunque su tranquilidad se evaporó al percatarse de las facciones del chico. Su rostro parecía deformado por el horror que parecía vivir en el interior del programa.

Encendió el monitor del ordenador que utilizaba Olmedo para observar las incursiones en el programa. De esa manera podría controlar sus signos vitales y, si algo iba mal, avisar de inmediato a Olmedo para que le diera las pertinentes instrucciones.

Lo que Sergio estaba haciendo era una absoluta locura. Si había decidido adentrarse por sí mismo, era que iba a lanzarse a recrear a Sara.

Y eso era sin duda demasiado peligroso. Por mucho que el chico parecía haber nacido para eso, recrear a la chica a la que había matado iba a ser realmente duro.

Todavía no estaba preparado.

Nada más el monitor se iluminó ante sus ojos, se percató de que las pulsaciones de Sergio estaban prácticamente a cero y su una temperatura demasiado baja.

Andrea no era un experto, pero sí que sabía que en todas las entradas de Sergio nunca había visto nada ni remotamente similar. Del mismo modo que tampoco recordaba que a él le hubiera sucedido nada parecido. Era normal que la temperatura aumentase y las pulsaciones se

disparasen, pero lo que estaba ocurriendo era muy extraño. Sacó su móvil del bolsillo y lo dejó sobre la mesa. Si no conseguía resolver el problema por sí mismo, debía de llamar al doctor Olmedo lo antes posible.

Aunque esa sería su última opción.

En el momento en el que se enterara de lo que había hecho el chico, se pondría como un energúmeno, podría incluso echarlo del programa por desobedecerle.

No, no podía permitir que eso llegara a ocurrir. Debía ocuparse en persona de que Sergio volviera sano y salvo.

El único problema era que no tenía ni la más remota idea de cómo llevarlo a cabo.

CAPÍTULO 14

Enero de 2025

Sergio se adentraba en los desérticos callejones mientras ojeaba a cada rato en busca de lo que fuera que lo estuviera persiguiendo.

El frío era insoportable, tenía la ropa empapada y no parecía que hubiera lugar alguno en el que poder cobijarse.

Al menos su ojo parecía estar limpio. El agua había ido arrastrando toda la sangre, que ahora le resbalaba por la cara y caía por su barbilla. Aunque todavía continuaba sin ser capaz de ver nada con él, únicamente una gran mancha negra y borrosa.

Trató de abrirlo de nuevo, pero nada… solo oscuridad.

Advirtió que una presencia se movía tras su espalda mientras caminaba arrastrando una pierna y, al girarse, dio con los ojos blancos de Sara puestos de nuevo sobre su carne.

Casi le quemaban.

Partió en dirección contraria a la desesperada con la intención de poner distancia entre él y la chica, hasta que, al girar el primer callejón, se encontró de nuevo con su pálido rostro justo frente a sus ojos. Retrocedió varios pasos y partió hacia una tercera dirección, con un resultado similar.

Tomara la dirección que tomara los ojos de Sara le esperaban mientras la lluvia caía sin tregua alguna y su cuerpo comenzaba a congelarse. Un frío insoportable se estaba adueñando de su ser.

Andrea se levantó de un salto de su silla frente a las pantallas y entró a la carrera en la sala de pruebas. Se arrodilló junto a Sergio y trató de que se despertara zarandeándolo.

No conseguía que reaccionara.

Estaba a punto de entrar en parada y no dejaba de temblar. Corrió y cogió varias mantas de su habitación, se las tiró por encima y puso en marcha la calefacción.

La habitación comenzaba a calentarse, de hecho, Andrea se estaba ahogando de calor, pero Sergio continuaba con temblores y el cuerpo totalmente congelado.

El calor exterior no parecía provocar ningún cambio en su temperatura corporal. Salió de la sala en busca de su móvil. Por mucho que hubiera tratado de no llamar al doctor Olmedo y solucionarlo por su cuenta, llegado a ese punto era evidente que se le había ido de las manos.

Si el chico no sobrevivía, no se lo perdonaría jamás.

No podría.

El miedo que Sergio sentía era superior a lo que era capaz de soportar. Todo su cuerpo temblaba sin control bajo la lluvia, tratando de huir de ese ser que una vez había sido una chica joven y guapa.

Tras doblar la cuarta esquina, por primera vez la chica no parecía estar a la vista. Caminaba soportando un dolor tremendo en la pierna que aumentaba a cada paso junto con el increíble frío que le inundaba.

Mientras tanto, observaba en todas direcciones por si esa cosa aparecía ante él. Era evidente que, fuera lo que fuera, lo estaba buscando.

Al final de la calle se vislumbró la silueta de un hombre desprovisto de rostro, o al menos no conseguía distinguirlo en la oscuridad. El desconocido caminaba en su dirección, mientras que Sergio permanecía parado y a la espera.

Inmóvil.

Por un lado, sentía la necesidad de retroceder y salir de ese maldito callejón lo antes posible, pero, por otra parte, había algo en su interior que le alentaba a caminar hacia ese hombre, sin importar las consecuencias que dicha decisión pudiera acarrear.

—Sergio, nada de esto es real, tú no estás aquí, sino yo. Debes irte ya —dijo a sombra del desconocido, deteniéndose a una distancia de unos diez metros de donde Sergio se encontraba.

Por mucho que lo intentaba, Sergio seguía sin poder verle el rostro.

Aunque sí que era capaz de reconocer la voz de su padre.

Advirtió un sentimiento de felicidad por su mera presencia. Sin embargo, cuando trató de aproximarse a él a través de la oscuridad, advirtió un fuerte golpe de frío en el brazo derecho. Como si alguien le hubiera rociado con nitrógeno líquido en la piel.

Al volverse, se percató de que la chica le estaba sujetando por la muñeca y que su mano se estaba congelando. El hielo avanzaba desde su mano hacia el hombro a una velocidad de vértigo y comenzaba a perder la sensibilidad de toda su extremidad. Incluso con un dolor insufrible, alzó la vista en busca de su padre, que se había dado la vuelta y caminaba hacia una oscuridad todavía más densa.

—¡Vuelve, no te vayas! —gritó Sergio con desesperación mientras su cuerpo se cubría de hielo—. Por favor… —suplicó.

La silueta desapareció en la oscuridad mientras el frío recorría cada centímetro de su cuerpo. Trató de respirar, pero se sentía incapaz de hacerlo.

La mirada de la chica penetraba su carne y sus huesos mientras todo su cuerpo se congelaba a una velocidad endiablada. Con un último esfuerzo, cerró los ojos y trató de recordar en vano el adusto rostro de su padre.

Sergio había empezado a convulsionar cuando Andrea regresó en la sala de pruebas para tratar de ayudarle. No había llegado siquiera a llamar a Olmedo cuando el chico empeoró de golpe y no tuvo elección. O reaccionaba de inmediato o lo perdía sin remedio.

Si dejaba a Sergio en ese estado, podría morir antes de que el doctor llegara al laboratorio. Le introdujo un trozo de su propia manga en la boca con tal de que no se mordiese la lengua antes de continuar empapando su frente con agua caliente.

Pero nada, el chico no dejaba de temblar y Andrea ya no sabía qué más podía hacer. Había visto una gran cantidad de heridas a lo largo de su vida. De hecho, si estuviera sangrando a causa de un disparo, sabría perfectamente el modo de proceder, sin embargo, ante lo que se enfrentaba en ese momento, no tenía ningún tipo de formación ni experiencia. Las pulsaciones de Sergio habían caído en picado y la temperatura era cada vez más baja. El corazón parecía próximo a detenerse por completo.

No le quedaba otra opción, aunque perdiera unos valiosos segundos, debía contactar con Olmedo lo antes posible.

Todavía no había llegado ni a marcar el número de teléfono cuando la puerta del laboratorio se abrió y dio un portazo sobre la pared. Andrea se levantó, perplejo, nadie excepto el doctor Olmedo, y su secretaria tenían llaves del laboratorio y era una hora muy extraña para que alguno de los dos decidiera pasarse por allí por casualidad. Extrajo su arma de su pantalón y la apuntó hacia la puerta de la sala de pruebas, justo cuando el doctor Olmedo la atravesó a toda prisa con un maletín en la mano.

Andrea bajó la pistola de inmediato y cayó de rodillas sobre el suelo de la tensión acumulada. No sabía cómo, pero el doctor Olmedo se había enterado de lo ocurrido y estaba en disposición de salvar al chico.

O al menos eso era lo que él esperaba.

Olmedo extrajo una jeringuilla del maletín que traía con él y la cargó con un líquido azul transparente. Andrea tenía los ojos puestos en cada uno de sus movimientos, mientras Sergio seguía temblando con los ojos en blanco. El chico se movía de manera incontrolada, lo que evitaba que Antonio no consiguiera acertar con la aguja y, cuando lo conseguía, volvía a moverse y se salía antes de que pudiera inyectarle el sedante.

El agente italiano se levantó del suelo y se aproximó hasta donde se encontraba Olmedo, cogió al chico por los brazos y lo sujetó lo mejor de lo que fue capaz para que este acertara finalmente con la aguja. Antonio aprovechó el momento para inyectarle el sedante y, a los pocos segundos, dejó de moverse.

Pareció relajarse antes de recostarse sobre el suelo, aunque todavía mantenía los ojos en blanco y la respiración algo agitada. Andrea soltó al chico con una gran cantidad de sudor deslizándose sobre su frente.

Al mismo tiempo, Olmedo sacó una segunda inyección y la inyectó en el otro brazo de Sergio.

—¿Cómo está? ¿Se pondrá bien? —preguntó Andrea con una voz que evocaba la preocupación más sincera.

Si le pasaba algo al chico, no se lo perdonaría nunca.

La habitación se mantenía en un insólito silencio después de que los espasmos de Sergio remitieran hasta desaparecer por completo. El doctor seguía sin contestar a la pregunta efectuada por Andrea, mientras que Sergio se había sumido en un plácido sueño.

Antonio recogió las jeringuillas y las fue metiendo de nuevo en el interior del maletín ante la atenta mirada del agente italiano.

Cuando hubo terminado, regresó junto al chico y trató de cogerlo en brazos para llevarlo a su habitación. Sin embargo, su peso era excesivo para un hombre que ya había rebasado los sesenta años. Andrea olvidó su pregunta y se dispuso a ayudarle. Tomó al chico entre sus brazos y, dejando a Olmedo jadeando y arrodillado en el interior de la sala de pruebas, encaminó la habitación de Sergio y lo tumbó sobre la cama.

Poco después, el doctor Olmedo llegó junto a ellos y le colocó un gotero y una máquina que medía sus constantes.

—¿Cómo está el chico? —preguntó Andrea una vez que habían abandonado la habitación y dejado a Sergio dormido en su interior.

Antonio no contestó con palabras, sino que se abalanzó sobre él y le golpeó con el puño a modo de respuesta.

Andrea se movió hacia atrás y el golpe perdió velocidad. Sin embargo, sí que logró alcanzarle en la mandíbula de refilón.

Su experiencia a lo largo de los años junto a unos desarrollados reflejos le salvaron de un buen gancho de derecha. Mucho mejor de lo que Andrea hubiera esperado de ese vejestorio empollón.

— ¡Eres un pedazo de hijo de puta! —espetó Olmedo mientras avanzaba de nuevo hacia Andrea con los ojos inyectados en sangre y el puño cerrado.

—Pero, ¿qué coño haces? ¿Has perdido la puta cabeza? —contestó este mezclando palabras en español e italiano a la vez que se incorporaba y se colocaba frente al doctor Olmedo.

—Habrías dejado que el chico muriera antes que llamarme para que no cancelara el puto programa. ¿Eso es lo que os enseñan en la policía?, ¿eh? ¿Priorizar el mal menor? Como Sergio ya está hecho polvo, ¿qué más da si no sale vivo de ahí dentro? ¿Es eso, puto italiano de los cojones? ¿Tanto quieres coger a ese hombre que lo habrías dejado morir?

Antonio estaba fuera de sus casillas y una vez que Sergio se encontraba a salvo, necesitaba sacar toda la rabia que había en su interior y que no había dejado de acumular por el camino desde su casa al laboratorio.

Andrea tenía el puño apretado y preparado para contraatacar. Nunca había sido un hombre que se hubiera dejado amedrentar. Sin embargo, al escuchar las palabras de Olmedo, se relajó momentáneamente.

Mal hecho, porque Antonio Olmedo aprovechó ese momento de debilidad para abalanzarse de nuevo contra él y que ambos cayeran al suelo, uno encima del otro. Le golpeó dos veces en el rostro hasta que, Andrea, que era mucho más joven y fuerte, le sujetó por las manos y le la vuelta a la pelea en un par de segundos. Se levantó con un cabreo del demonio y el labio cubierto de sangre y golpeó la puerta con el puño cerrado para desahogar su frustración. Si no lo hacía de esa forma, su furia iría en dirección a Olmedo y no podía permitirlo.

—¡Iba a llamarte, joder!, pero pensaba que podía solucionarlo por mi cuenta. En ningún momento pensé en el programa o en que fueras a cancelarlo, Olmedo, hostia. Cazzo, mi hai rotto il labbro, cazzo.

—Lo he visto todo desde mi casa, imbécil —dijo el doctor Olmedo señalando una cámara que había oculta tras el cristal de la sala—. He visto cómo ha entrado él solo y que, cuando has llegado tú, sus pulsaciones estaban muy bajas y la temperatura por los suelos y no has hecho una mierda. Por supuesto que has pensado en ti y en el programa, malnacido. Por mucho que te mientas a ti mismo diciéndote que no, si no fuera así, me habrías llamado inmediatamente.

Andrea reculó unos pasos hacia atrás.

¿Podría tener razón?

¿Había sido capaz de no llamar a Olmedo inconscientemente por si cancelaba el programa?

La mente del agente Gentile se nubló de súbito. Evidentemente, él quería con todas sus fuerzas atrapar al psicópata de Giovanni, aunque, por otro lado, si de verdad había sido capaz de hacer algo así, se estaría convirtiendo justamente en lo que siempre había odiado y perseguido. Dicen que para atrapar a un monstruo a veces es necesario convertirte en uno, pero sin duda esa

era una peligrosa línea que nunca se había permitido cruzar. El hombre al que llevaba persiguiendo tantos años lo estaría forzando a tomar un camino del que no habría retorno.

Pero ese no era el caso, no podía serlo.

Realmente, Andrea había pensado en lo mejor para el chico. O al menos en que, en ese momento, había creído lo mejor para él.

Había pensado en lo mucho que necesitaba estar en el programa y la mera posibilidad de que Olmedo pudiera echarle por lo ocurrido le había forzado a proceder de esa manera. Aunque Antonio Olmedo nunca le creería. Si algo se le había metido entre ceja y ceja, no iba a conseguir cambiarlo.

—De verdad que pensaba que podía solucionarlo por mi cuenta, Olmedo. Y en el mismo momento en el que me he dado cuenta de que no era así, he intentado llamarte, pero entonces ha empezado a convulsionar y he tenido que acudir a ayudarle.

Andrea bajó la mirada.

Lo último quería era seguir con el enfrentamiento con Olmedo. Debía bajar la tensión fuera como fuera. Por suerte para todos, Sergio estaba estable y fuera de peligro.

—Eres un irresponsable, Gentile. Me parece increíble que seas policía —dijo Antonio, dándole la espalda y dirigiéndose hacia el laboratorio.

—Pero Olmedo, eres tú el que no lo entiende. Él ha tomado su decisión, quiere entrar de una maldita vez, y lo necesita, igual que yo. Llevamos demasiado tiempo aquí encerrados, memorizando una información que ya sabemos de sobra, joder. Ni Sergio ni yo podemos estar aquí para siempre haciendo el imbécil —contestó Andrea mientras seguía los pasos de Olmedo hacia el interior del laboratorio y se colocaba tras la espalda de Olmedo, que estaba comprobando los datos que acababa de extraer del ordenador acerca de la entrada de Sergio.

Antonio se giró hacia Andrea, abrió el segundo cajón del escritorio y sacó la caja que antes había encontrado Sergio, repleta de pastillas rojas.

—No está preparado. ¿Cómo cojones tengo que decíroslo? Ninguno de los dos lo estáis, pero, ¿quieres entrar? Eh, ¿quieres encontrar a ese italiano psicópata? Pues toma, adelante, haz lo que quieras —dijo Antonio lanzándole una caja de pastillas rojas que Andrea cogió en el aire.

—¿Y él? Lo desea incluso más que yo— contestó Andrea ojeando el interior de la caja.

—Él no es asunto tuyo y entrará cuando yo lo diga —espetó Olmedo con tono autoritario mientras miraba desafiante al agente italiano.

Entonces el silencio inundó la sala con los dos hombres, mirándose mutuamente sin decir una palabra. Andrea sabía que Olmedo tenía un fuerte sentimiento paternal hacia el chico, pero no podía permitir que este le nublara la vista. Sergio tenía veinticinco años, había pasado por un infierno desde el accidente y debía dirigir su camino sin que nadie interfiriera. Tenía todo el derecho del mundo a equivocarse si así lo deseaba.

— Olmedo, Sergio no es tu hijo. Puedo entender que te recuerde a él y que quieras protegerlo, pero no lo es. Tienes que permitir que tome sus propias decisiones.

La voz de Andrea era ahora sosegada y lenta. Sabía que estaba metiendo un dedo en la herida, pero su intención era todo lo contrario a tratar de hacer daño a ese hombre. Únicamente buscaba que entrara en razón.

Antonio dio un paso hacia delante con los ojos repletos de ira. Sus gafas, empañadas de vaho, aguardaban bajo una la frente descubierta de capilares y repleta de sudor. Sus ojos comenzaron a

enrojecerse mientras su mandíbula y sus puños se tensaban a cada segundo.

Hasta que no aguantó más y explotó.

—¡Vete de aquí, coge esa maldita caja y lárgate! ¡No quiero verte por aquí nunca más! —ordenó Olmedo mientras señalaba hacia la puerta con una voz débil y entrecortada. —Como si le fallaran las fuerzas—. Desaparece de mi vista de una maldita vez. No quiero volver a verte.

Sin embargo, y, al mismo tiempo, la furia volvía a inundar al doctor. El chico había estado a punto de morir y eso era lo único que a ese imbécil se le ocurría decir.

Que no era su hijo.

Él ya sabía que no era su hijo, pero era su médico y no había nadie mejor en el mundo para asegurarse de su seguridad. ¿Quién podría saber mejor cuándo estaría listo y cuándo no para enfrentarse a lo que le esperaba?

De hecho, lo que acababa de ocurrir esa misma noche no hacía más que darle la razón. No podía confiar en el raciocinio de un joven que estaba roto por dentro. Olmedo había leído los informes de psiquiatría. Del mismo modo que las cicatrices de las heridas que se marcaban en sus brazos.

No…

Definitivamente, Sergio no podía tomar sus propias decisiones al respecto.

Al menos no por el momento.

Andrea reculó ante las palabras de Olmedo. Lo último que quería en ese momento era otro encontronazo físico con él, por mucho que hubiera empezado la pelea. Debería dar muchas explicaciones a sus superiores si el enfrentamiento llegaba a mayores.

—Has firmado un contrato con la policía y puedes meterte en un lío si dejas el proyecto a la mitad. Te comprometiste a participar hasta que pudiera encontrar a Giovanni —argumentó Andrea con un tono conciliador, pero a la vez, firme.

—Y has acabado con tu entrenamiento. ¿No dices que estás preparado? Pues ahora demuéstralo. No hay nada más que yo te pueda enseñar. Métete todas las pastillas que quieras en la boca y busca a ese malnacido todas las veces que quieras. Si se te acaban, llama a mi secretaria —dijo Olmedo antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta que daba a la calle—. Mañana te quiero fuera del laboratorio cuando yo llegue.

—¿Al menos tienes algún consejo para enfrentarme lo que me espera? —preguntó Andrea, totalmente desubicado mientras seguía sus pasos hacia el exterior del laboratorio.

Olmedo se dio la vuelta ya desde el exterior con la mano sobre la puerta.

—Sí, intenta no morirte. Lo último que quiero es tener que formar a otro imbécil.

Y la puerta se cerró en sus narices.

CAPÍTULO 15

Marzo de 2025

Después de lo acontecido tras su fallida recreación de Sara, Sergio decayó sin remedio en fuerzas y ánimos.

Era cierto que volvía a hacer pequeñas incursiones en *Overlight*, pero, al mismo tiempo, se sentía culpable por el destino de Andrea y ya tenía suficiente con su sentimiento de culpa por la muerte de Sara. Por mucho que Olmedo insistiera en culpar a Andrea de lo sucedido, era evidente que únicamente había tratado de protegerlo de las consecuencias de sus propios actos. Unas consecuencias que, de nuevo, no las había acabado pagando él, sino que, en este caso, habían caído sobre los hombros del agente italiano.

Sergio comprendía que Olmedo se hubiera enfadado, incluso habría aceptado que lo hubiera echado a él en el lugar de Andrea. Al fin y al cabo, nadie, excepto él mismo, había decidido saltarse las normas y hacer una peligrosa incursión por su cuenta y riesgo.

Pero no…

Olmedo le había echado del programa sin opción a réplica. O al menos eso era lo que él había supuesto, ya que cuando todo ocurrió no había estado presente. O más bien no había estado consciente.

Y, por si no fuera suficiente, ahora estaba completamente solo. Sin la presencia de Andrea, se sentía nuevamente desamparado en el mundo.

Ya no estaría para contarle sus historias acerca de Giovanni y, por ende, la vida en el laboratorio sería todavía más monótona y aburrida que antes.

Ahora únicamente estudiaba, se adentraba en *Overlight* de vez en cuando para recrear siempre las mismas secuencias, comía y dormía; estas dos últimas cada vez con menos frecuencia, pese a la insistencia de Olmedo de lo importante que era que no se abandonara. Mantener el cuerpo fuerte y sano era de vital importancia para ser eficiente en el programa. Pero era incapaz de llevarlo a cabo, de hecho, había perdido más de cinco kilos desde ese día y no parecía que eso fuera a mejorar. Incluso Olmedo había llegado a plantearse la posibilidad de inyectarle sueros para que se alimentara de la manera adecuada.

Su relación con el doctor Olmedo también había cambiado. Ahora era mucho más fría y distante que antes. La confianza que Sergio se había ganado a lo largo del tiempo había desaparecido de un plumazo tras el incidente y desde ese momento era mucho más rígido y serio con él.

Nunca hablaban absolutamente de nada que no fuera estrictamente profesional y necesario y, aunque le trataba con respeto, ya no existía el cariño que antes era capaz de encontrar en sus

palabras y su tono de voz. La decepción se lo había llevado como el viento a una montaña de hojas a finales de otoño.

Habían hablado largo y tendido acerca de su entrada y los peligros que esta había conllevado. Ahora era capaz de reconocer que era cierto que no estaba preparado, aunque sabía que la próxima vez sí que lo estaría. Haría todo lo que estuviera en sus manos para que ese fuera el caso.

El problema radicaba en que no había creado un lugar adecuado y, al no enfocar su mente en un sitio neutro, su cerebro había ido directamente al único encuentro que había tenido con ella. Y claro, como era evidente, el accidente donde murió la chica era el peor escenario posible para hacer cualquier tipo de acercamiento.

Llevaban semanas preparando el que podría ser el escenario perfecto utilizando la información de la que disponían. Un emplazamiento neutral en el que acabaran de conocerse y donde pudieran disponer de la intimidad necesaria como para hablar con tranquilidad.

Del mismo modo, habían comenzado a preparar la incursión que tendría recreando a su exnovia Laura. A Sergio no le hacía ninguna gracia recordarla, pero ahora sabía que era un paso necesario para alcanzar su objetivo y, cuando las dudas lo alcanzaban, recordaba el miedo y el frío que había sentido durante su última incursión y estas se desvanecían de su mente de un plumazo.

A los pocos días del nefasto incidente llegó una carta del juzgado a nombre de Sergio. El juicio no tendría lugar hasta pasado un año, sin embargo, debía presentarse a una vista oral donde se decidiría si debía entrar en prisión preventiva o podía quedarse en casa a espera de juicio.

El doctor Olmedo había preparado una larga y firme argumentación sobre la necesidad de que se quedara en el laboratorio para seguir con el tratamiento, aunque, después de haber echado a Andrea, había perdido una gran baza para que la policía pudiera hacer fuerza a su favor. Ahora, simplemente esperaban que, por lo menos, no declararan en su contra con la intención de vengarse de Olmedo.

Sergio sabía con total seguridad que Andrea no haría nada que pudiera perjudicarle a propósito, pero no podía estar convencido de si sería capaz de hacer algo para interponerse en el caso de que sus superiores quisieran utilizar al doctor como diana.

El día de la vista se aproximaba y Sergio era incapaz de creer que justo antes de su último paso para acercarse a Sara tuviera que pasar por aquello. Si decidían que debía entrar en prisión preventiva, no podría continuar con el entrenamiento y tendría que esperar, como mínimo, durante un año más antes de poder continuar.

De hecho, no pensaba que tuviera las fuerzas suficientes como para pasar por aquello y mantener la cordura. Si llegaba a entrar en prisión, estaba seguro de que jamás volvería a poner un pie en el exterior. Repasaba en su cabeza una y otra vez los argumentos que debía mostrar ante el juez. Aunque claro, sería infinitamente más sencillo si fuera capaz de articular palabras.

Él estaba convencido de que, de ser así, podría hacer entender al jurado que no le importaba lo más mínimo ir a la cárcel. De hecho, estaría encantado de cumplir con su condena una vez hubiera acabado su entrenamiento y logrado disculparse ante Sara. De esa manera, habría tenido la oportunidad de cerrar su herida y, al salir, tratar de convertirse en una persona libre tanto física como mentalmente.

En el momento en el que Sergio se adentró en el juzgado se sintió ligeramente aliviado. De un momento a otro ya no había nada que él pudiera hacer para cambiar las cosas. Pasara lo que pasara, su destino ya no estaba en sus manos.

Nada más cruzar el umbral de la puerta se percató de que había mucha más gente de lo que había imaginado. Su caso había salido en todas las noticias, incluso se había extendido el hecho de que estuviera tratándose con un nuevo tratamiento experimental, aunque muy pocos supieran exactamente de qué se trataba.

El corazón le dio un vuelco cuando la madre y el hermano de Sara entraron por la puerta de la gran sala donde se celebraba la vista. Sergio bajó la mirada, apurado, aunque todavía era capaz de sentir la de ellos puesta sobre sus pasos. Sin lugar a dudas, esas eran las personas que más miedo le daban en todo el mundo. Y enfrentarse a ellas en ese momento le daba mucho más miedo que el jurado, el juez o la cárcel.

Todos los presentes se quedaron en silencio cuando el juez entró en la sala y se sentó en su lugar en el estrado. Cuando dio el debido permiso, el fiscal comenzó con su alegato, y tras este, fueron entrando uno por uno los diferentes testigos del accidente.

Sergio trataba de prestar la máxima atención posible a lo que decían, aunque su mente se encontraba junto a Sara, en el programa *Overlight* y en la entrada que le quedaba por hacer con Laura.

Laura…

Menos mal que ella no había acudido a la vista. No habría soportado que lo viera por primera vez desde el accidente en ese mísero estado.

No… sin duda alguna era mucho mejor que no hubiera aparecido. Los evidentes desplantes en sus intentos de aproximación durante el tiempo que estuvo en casa de su madre, le habían dejado claro que no era bienvenida.

Los minutos pasaban lentos y pesados mientras el doctor Olmedo hablaba acerca de todo el bien que le estaba haciendo el tratamiento y de la importancia de continuar con él, ya que los avances que estaban realizando eran vitales para futuros pacientes. Andrea también se encontraba en la sala, en uno de los asientos de la última fila y los ojos fijos en Olmedo.

Se levantó y fue caminando hasta llegar junto a la madre de Sergio. Marta parecía tranquila, mucho más de lo que había estado en toda la mañana. Parecía que Andrea le había dicho algo que le había servido de tranquilizante. Y aunque Sergio no era capaz de suponer qué habría sido, se lo agradecía profundamente.

CAPÍTULO 16

Enero de 2031

Rachel asintió antes de abandonar el laboratorio con un ánimo espantoso.

Se sentía inútil por no ser capaz de hacer más que esperar a que Andrea memorizara toda esa cantidad de información sin que ella pudiera servir de ninguna utilidad.

Compró comida de camino a la casa de Andrea y, una vez entró por la puerta, se dio la ducha más larga de toda su vida.

Era incapaz de dejar de pensar en todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Hasta hacía un par de días su preocupación pasaba por la seguridad de la ciudad de Nueva York. Y eso pensando a lo grande. En la realidad, únicamente debía de preocuparse de algunos casos en concreto.

Y ahora…

En esos momentos se enfrentaba a mucho más.

Y junto a un hombre que la atraía e intimidaba a partes iguales.

La casa era grande y espaciosa. Y ahora que la veía con la luz encendida, quedaba palpable lo poco arreglada que estaba. Le parecía evidente que Andrea únicamente la utilizaba para dormir y estudiar los casos en los que trabajaba.

De hecho, no parecía que tuviera ningún tipo de vida privada.

Por alguna razón ese hecho le agradó. No quería imaginarse a Andrea junto a una mujer.

Idiota, se dijo a sí misma todavía con el agua recorriendo su piel.

Al salir de la ducha se sentía exactamente igual de preocupada y deprimida. Era probable que todo lo que estaba aconteciendo no fuera para ella. Quizás debería de conformarse con resolver los casos de la policía de Nueva York y tener una vida algo más normal. Casarse con un hombre y tener hijos del mismo modo que había hecho su compañero.

Dejarse de misiones para las que no estaba preparada.

Como si sus pensamientos hubieran reclamado a la bestia, su móvil sonó por primera vez en varios días con la melodía que tenía cuando Russell la llamaba.

¿Qué hora sería en Nueva York?

¿Acaso importaba?

—Hola, Russ.

—¿Hola, Russ?, ¿en serio? No sé nada de ti desde que te fuiste y lo único que sabes decirme es hola, Russ. Me cago en todo lo cagable Rachel. ¿Dónde estás?, ¿Qué demonios estás haciendo?

Lo último que necesitaba en ese momento era una charla de Russel.

—Russ, lo último que necesito en estos momentos es una de tus charlas. No puedo decirte mucho más, pero estoy bien. ¿Qué tal por la ciudad?, ¿Cómo están Coop y Castillo?

—Pues preocupados por ti, ¿cómo van a estar? Si de repente te piras de un día para otro y ni siquiera les dices dónde vas.

—Les dije que me iba a Europa de vacaciones.

—Y eso no se lo ha creído ninguno de ellos.

Ella ya lo sabía. Tampoco había que ser muy vivo para ver saber que era una burda mentira.

—Pero no saben dónde estoy ni qué es lo que estoy haciendo, ¿verdad?

—No, no tienen ni idea. Al menos por el momento. Si no vuelves pronto, no sé hasta qué punto voy a poder mentir por ti. Hacen muchas preguntas y, aunque no les he contado nada, Ben estuvo a punto de decir algo que no debía.

—Mierda, no había pensado en Ben.

—Ese chico sabe lo suficiente como para joderte, Rachel. Es cierto que él mismo se dio cuenta antes de hablar más de la cuenta y cerró la boca, pero si siguen preguntando, al final cantará. Al principio el capitán celebró tus vacaciones, pero ya empieza a inquietarse.

—Bueno, pues, que aguante un poco más, Russel. Yo volveré cuando vuelva. Adiós —dijo antes de cortar la llamada y lanzar el teléfono sobre el sofá mientras bufaba.

Ese hombre tenía la capacidad de provocar reacciones en ella.

Tanto buenas, como malas, como peores.

Se dirigió a la cocina con un cabreo del demonio.

No tenía hambre, pero era consciente de que debía alimentarse. Engulló un trozo de pizza sin apetito mientras ojeaba la información que Andrea tenía acerca de Vasili.

No dejaba de pensar en Andrea.

Realmente deseaba quedarse con él y ayudarle con su trabajo. Aunque al pensar en él, de repente se sorprendió al hacerlo de una forma distinta, algo más física. Era evidente que no estaba enamorada de él, ¿cómo podría?

Sin embargo, la atraía.

De un momento a otro, Russel no era más que una sombra del pasado.

Por primera vez en mucho tiempo, si ese desgraciado borracho tocara a su puerta con ganas de marcha, lo mandaría directamente con su mujer de una patada en el culo sin pensárselo dos veces.

De pronto, el magnetismo que le había provocado el último año había desaparecido por completo. Aunque ahora lo sentía por un hombre roto en su interior, un hombre que solo pensaba en su trabajo y en su deber, y que, posiblemente, no pensaba en su vida sentimental en absoluto. Se sintió estúpida por el simple hecho de pensar en ello.

Tenía cosas mejores en las que centrarse.

Al día siguiente debían utilizar el programa Overlight para encontrar a la niña y, si no lo conseguían, se verían inmersos en serios problemas. Lo último en lo que debía pensar era en historias de amor.

Cuando terminó de cenar, comenzó a pasar por la sala de estudio que Andrea tenía en su casa con la intención de leer los documentos de los que disponía acerca de todas las personas a las que había investigado.

No podía evitar sentir su soledad.

Se tumbó sobre la cama de Andrea y, durante un segundo, deseó que él estuviera con ella, que la abrazara y le dijera que todo saldría bien.

Poco después se quedó dormida, arropada por su olor.

Hasta que a las siete de la mañana sonó el despertador y, aunque prácticamente no había dormido nada, se levantó, se duchó y salió de la casa lo más rápido de que fue capaz. Compró dos cafés de camino al laboratorio, y, al llegar, encontró a Andrea tumbado sobre el suelo de la sala de pruebas.

El muy imbécil había entrado en Overlight sin esperar a que ella llegara y lo monitorizara.

Al acercarse a él, la miró con los ojos en blanco. El miedo se apoderó de ella mientras corría a por un vaso de agua y se la tiraba por encima de la cabeza. En ese momento, Andrea reaccionó y abrió los ojos, asustado.

—Lo tengo, sé dónde está, lo tengo —decía sin parar—. La tengo…

—Pero, ¿por qué no me has esperado? —preguntó Rachel muy nerviosa—. Maldito imbécil, ¿cómo se te ocurre?

Andrea parecía realmente mareado. Trataba de levantarse y, sin embargo, volvía a caer cada vez que lo intentaba.

Rachel lo alzó por los hombros hasta que fue capaz de mantenerse en pie por sí mismo.

Miró a su alrededor.

Decenas de fotografías abarrotaban la sala de pruebas. Imágenes de Vasili, de Alina y de ella misma estaban ubicadas en perfecta sincronía.

Había recreado una escena en el interior del programa en la que ella también estaba.

—Tú estabas allí, lo conseguimos, Rachel —dijo Andrea con los ojos puestos sobre Rachel mientras sonreía.

Rachel se sintió extraña de repente. Andrea parecía mirarla de una manera en la que no lo había hecho antes.

—Tú estabas allí y no me lo esperaba, Rachel, no me lo esperaba… ——repitió antes de estar a punto de volver a perder el conocimiento.

Rachel lo sujetó mientras lo acercaba hacia un sillón cercano de donde se encontraban y le ayudó a sentarse. Andrea abrió los ojos y, de repente, apoyándose con los brazos en el asiento, se alzó y la besó en los labios.

Rachel titubeó durante un segundo.

De pronto se sentía culpable por lo que estaba haciendo.

Era evidente que Andrea no estaba actuando de forma racional, todavía seguía mareado tras su entrada en el programa y ella se estaba aprovechando de ello.

Sin embargo, el beso provocó que se estremeciera y no fuera capaz de contenerse.

Ambos cayeron sobre el suelo mientras Rachel sentía su calor, y al acercarse, también su erección.

Algo que provocó que, si antes había una mínima posibilidad de detenerse, esta se evaporó al instante.

A las pocas horas de sueño intermitente, Rachel sintió cómo Andrea se movía y abría los ojos. El hombre desnudo con el que se acababa de acostar, se levantó y se vistió junto a la cama.

Ella lo imitó sin saber el modo de reaccionar. Por un lado, le hubiera encantado tirarse a sus brazos y hablar acerca de lo que les depararía el futuro, pero, por el otro, sabía que él tenía

otras prioridades y que posiblemente esa no fuera una conversación pertinente en ese momento.

Andrea terminó de vestirse, se aproximó a Rachel y le dio un tierno beso en la boca.

Ella dejó de pensar y se relajó por completo.

—Vámonos, tenemos mucho que hacer —anunció Andrea cuando sus labios se separaron de los de ella.

Y por un segundo, antes de recordar lo que les esperaba en el futuro cercano, Rachel Frye fue una mujer feliz.

CAPÍTULO 17

Marzo de 2025

Andrea se despidió de la madre de Sergio y abandonó la sala en pleno juicio.

Ya había hecho lo que tenía que hacer.

Estaba convencido de que Sergio no llegaría a entrar en la cárcel.

Él mismo se había ocupado de ello.

Disponía de muchos contactos en la policía, incluso en la española y, misteriosamente, los informes que evidenciaban el positivo en alcohol el día del accidente habían desaparecido de los archivos, y sin ellos, el juicio no era más que una farsa.

Era imposible que tuvieran argumentos suficientes para seguir con la acusación, y menos aún que lo pusieran en prisión preventiva. Suponía que abrirían una investigación por su pérdida, pero había ido con suficiente cuidado como para que nunca llegaran hasta él. Ahora Sergio tendría tiempo de sobra para terminar el tratamiento.

¿Se había saltado las normas?

Sí.

¿Había traspasado una raya de la que posiblemente no fuera capaz de regresar?

Por supuesto.

¿Se arrepentía?

En absoluto.

Había pasado las últimas semanas entrando a diario en el programa *Overlight*, aunque al hacerlo en solitario y, tratando de recrear directamente a Giovanni, se le estaba haciendo harto complicado de soportar. De hecho e, incluso en ese momento, todavía no había conseguido darse cuenta de que se encontraba en el programa en compañía de Giovanni. Sin embargo, sí que había averiguado algunas cosas que pensaba que ignoraba acerca de él.

No sabía dónde se encontraba en ese momento, pero tenía una ligera idea de cuáles podrían ser sus siguientes movimientos. Llegado el momento, Andrea estaría preparado para ello y aguardando su jugada. O al menos esperaba ser capaz de hacerlo.

Se sentó sobre una de las sillas de la entrada del juzgado y sacó un diario en el que había apuntado con detalle todos los datos acerca de Giovanni junto a todas y cada una de sus entradas. Fue repasando poco a poco todas las formas posibles en las que ese hombre podría actuar en esa situación.

El problema radicaba en que era un hombre realmente inteligente, dotado de una gran variedad de trucos y registros. Y eso sin contar con el hecho de que podía hacer algo completamente nuevo con tal de despistarle. Si ese hombre conocía la existencia del programa y que Andrea hacía uso de él, sería capaz de modificar sus actos a consecuencia.

Le habría encantado poder comentar con Olmedo sus dudas al respecto, sin embargo, desde su último encuentro, no le parecía lo más acertado.

Los pasillos estaban totalmente abarrotados. Se estaban realizando varios juicios al mismo tiempo y, tanto abogados como acompañantes, paseaban de un lado para otro. Aunque entre todos ellos, había un rostro que parecía no estar donde debería.

Andrea no sabría decir exactamente el motivo que lo alentaba a llegar a esa conclusión, pero había algo que no le gustaba. Él era realmente bueno en la lectura de rostros y era capaz de vislumbrar que había un hombre que le observaba con timidez desde el otro lado del pasillo, aunque de una forma que le resultaba un tanto sospechosa.

Se levantó despacio y, calmadamente, caminó hacia donde se encontraba el desconocido. Era un hombre alto y delgado, con el pelo despeinado y oscuro, barba alborotada y pasaría por poco la treintena. Sin duda alguna parecía nervioso, ojeaba a su alrededor mientras una gota de sudor le recorría la frente y se perdía entre la barba.

Se estaba levantando y comenzaba a caminar hacia la puerta, cuando Andrea se percató de que había dejado su mochila bajo el asiento en el que había estado sentado.

Un calambre cruzó la espalda del agente Gentile al percatarse de lo que ese hecho podría significar. Debía dar el aviso de posible bomba de inmediato. Aunque al mismo tiempo no podía permitir que el desconocido se marchara sin seguir sus pasos. Si iba a detonar la bomba debía tratar de impedírselo.

Abandonó las puertas del juzgado tras los pasos del desconocido mientras marcaba con su teléfono móvil. El hombre giró hacia la primera calle a su izquierda y perdió de vista el juzgado.

—Soy el agente Gentile, deben desalojar el juzgado de inmediato, háganlo ya y llamen a los artificieros. Hay una posible bomba en el interior de una mochila situada en los asientos más cercanos de la entrada principal —informó Andrea sin perder de vista al sudoroso sospechoso que seguía su camino hacia un destino desconocido.

No parecía que estuviera interesado en conocer lo que ocurría en el interior del juzgado, por lo que era probable que no se tratara de un explosivo con control remoto, sino que fuera por temporizador. Si se daba el caso, esperaba que los artificieros llegaran a controlarlo a tiempo, no había mucho más que él pudiera hacer.

Sin embargo, si detenía a ese hombre, podría encontrar respuestas a muchas preguntas.

Continuó su seguimiento durante unos cuantos minutos por algunas pequeñas calles sin un destino aparente. De hecho, a Andrea le daba la sensación de que el hombre no seguía un rumbo fijo, sino que caminaba sin orden alguno mientras ojeaba su teléfono móvil cada pocos segundos. Entonces se detuvo frente a un bar, escribió un mensaje en su móvil y, tras unos segundos de tensa espera, siguió caminando en la otra dirección, como si acabara de recibir una indicación y esta vez sí tuviera un destino al que dirigirse.

Cruzó el puente hasta el otro lado del río Turia antes de dirigir sus pasos hacia el centro comercial Aqua, situado junto a la ciudad de las artes y las ciencias.

Andrea se alteró de súbito.

Hasta ese preciso momento había poca gente a su alrededor, por lo que, en el caso de que la situación se descontrolara, no habría demasiadas bajas potenciales. Sin embargo, en el interior del centro comercial estas se multiplicarían abruptamente.

Debía detener a ese hombre antes de que alcanzara su destino.

Lo ideal sería que Andrea lo interceptara en mitad del puente. De esa manera, no tendría hacia donde correr y estaría atrapado entre él y una caída al vacío. Aunque y, para su sorpresa, cuando se dispuso a aumentar la velocidad con tal de alcanzar al desconocido, este salió disparado en dirección al centro comercial sin mirar hacia atrás.

—¡*Merda*! —exclamó Andrea mientras salía corriendo tras él.

Decidió no sacar su arma. Era consciente de que si la gente lo veía corriendo armado, se desataría el pánico a su paso.

El hombre parecía estar en buena forma. De hecho, aunque Andrea le recortaba las distancias mientras cruzaban el puente, no fue ni remotamente suficiente y no fue capaz de llegar hasta él antes de que entrara en el centro comercial. Una vez se adentró en la planta baja, fue directo hacia el ascensor más cercano y, cuando Andrea llegó hasta él, la puerta se cerró en sus narices.

Se daba la vuelta en busca de las escaleras cuando se percató de que la gente a su alrededor lo observaba con curiosidad. Algo lógico, teniendo en cuenta que no era habitual ver a un hombre adulto y trajeado corriendo como un descosido por el interior de un centro comercial. De hecho, algunos niños señalaban en su dirección cuando un guardia de seguridad del recinto se aproximó a él antes de preguntar…

—¿Está bien, señor? —preguntó pausadamente, aunque, al mismo tiempo, colocaba la mano sobre la porra que llevaba colgada de la cintura. Por si acaso.

Los nervios de Andrea se notaban a simple vista y habían hecho entrar en alerta a la seguridad del recinto.

Posiblemente, sus compañeros estuvieran observando en una salita de seguridad desde decenas de cámaras.

Andrea, en primera instancia, ignoró la pregunta del guardia.

Trataba con todas sus fuerzas de no perder de vista al desconocido que acababa de bajarse en la segunda planta y parecía caminar hacia el fondo, alejándose a cada paso de su posición.

—¿Señor? —repitió el guardia, que cada vez parecía más nervioso, mientras sacaba su radio —. Hay un sospechoso en la entrada sur, repito un hombre sospechoso en la entrada sur. No sé qué le pasa o si entiende lo que le digo, pero está poniendo nerviosos a los clientes. Sí, señor, muy bien —guardó la radio en su lugar antes de volver a dirigirse hacia Andrea—. Señor, por favor, necesito que me acompañe.

Andrea ni se dignó a mirarle, simplemente salió corriendo en dirección a las escaleras a toda velocidad. No podía permitir que ese hombre se le escapara. Era la única pista de la que disponía y estaba convencido de que todo lo ocurrido tendría que ver con Giovanni.

Era cierto que no era parecido a nada de lo que había hecho con anterioridad, ni nada que él pudiera haber previsto que pudiera hacer. Y justo por esa razón era tan importante dar con ese hombre. Si lo interceptaba, sabría quién y por qué razón había tratado de atentar contra el juzgado y qué era lo que ganaba Giovanni con ello.

Subió corriendo a la primera planta, seguido del guardia que no paraba de gritar que se detuviera. El pobre hombre no podía con su alma, y a cada paso su voz sonaba más ahogada.

La gente a su alrededor se iba apartando a su paso, pero a Andrea lo único que realmente le preocupaba era no perder de vista a aquel hombre.

Al llegar a la segunda planta, se encontró con dos guardias que trataban de cortarle el paso. En primera instancia trató de esquivarlos. No podía perder el tiempo con explicaciones. Tenía

que alcanzar tras ese hombre a cómo diera lugar.

Sin embargo, no dio resultado.

—Señor, deténgase, necesito que nos acompañe —dijo el primero mientras se acercaba a él con el ceño fruncido.

Andrea obvió su comentario tratando de buscar a su objetivo que, de un momento a otro, había desaparecido de su vista entre la muchedumbre.

— ¡Joder! —exclamó Andrea al percatarse de que lo había perdido de vista.

—Lo tenemos, lo llevamos al despacho. No hace falta que llames a la policía —indicó el otro guardia por radio mientras se aproximaba por el otro lado hacia Andrea—. ¿Un día duro, señor? Estoy convencido de que sí, pero está asustando a los niños. Por favor, venga con nosotros. Aunque lo primero que necesito es que se calme.

Los dos agentes estaban ya a muy poca distancia de Andrea. Eran ambos mucho más jóvenes que su compañero y estaban en mejor forma. Ambos rondarían los cuarenta años y tenían un peinado similar entre moreno y canoso bajo una gorra con la palabra “seguridad” escrita en amarillo.

Andrea seguía buscando con la mirada por toda la segunda planta a aquel hombre, hasta que finalmente dio con él justo al otro lado del centro comercial, junto al McDonald’s. Al lado de un grupo de niños. El primer guardia le cogió del brazo con la intención de que Andrea se calmara y este lo apartó de un golpe. El problema radicó en que, al hacerlo, su chaqueta se movió y dejó al descubierto el arma que sobresalía por debajo.

El guardia dio un paso hacia atrás mientras extraía la porra que llevaba en el cinto.

—¡Lleva un arma, lleva un arma, llama a la policía! —exclamó el primer guardia por radio mientras su compañero hacía lo propio con la suya y el rostro desencajado.

Eso no se lo habían visto venir.

—Señor, tranquilícese, no hace falta que le haga daño a nadie.

—Apártense todos, vayan hacia atrás, por favor —añadió el segundo guardia mientras la gente corría en todas direcciones ante las palabras de los miembros de la seguridad del recinto.

Andrea miró al guardia por primera vez. Por desgracia, una vez se habían percatado de su arma, ya no podía ignorarlos. Si intervenían la cosa, se podía descontrolar; además, podía tratar de ponerlos de su lado con tal de capturar al desconocido.

—Escúchame, el hombre que está al lado de aquel grupo de niños —Andrea los señaló—, está armado y ha puesto una bomba en el juzgado —Andrea no sabía si estaría armado o no, pero no podía arriesgarse—. Mi nombre es Andrea Gentile, soy agente de la Interpol y llevo siguiéndolo desde allí. Déjenme hacer mi trabajo y no interfieran en mi camino.

Los dos guardias se miraron el uno al otro sin decir una palabra. Estaban totalmente desubicados. Andrea no sabía si le habrían creído o no, pero no podía perder más tiempo.

Toda la gente que hacía un momento caminaba a su alrededor había desaparecido por completo. Todos abandonaban el centro comercial a la carrera en medio de un gran caos. Todos, excepto el hombre del juzgado, que seguía sin moverse junto a la entrada del McDonald’s. Estaba en pie junto a la barandilla sin apartar la mirada de su móvil.

— Si lo que dice es cierto, enséñeme su identificación —dijo finalmente uno de los guardias sin amago de soltar la porra.

Andrea resopló antes de ponerse a buscar su cartera.

—Cuidado con lo que haces —dijo el otro guardia con una voz menos segura de lo que le habría gustado.

—Si quisiera mataros, ya estaríais muertos, imbéciles. Llevo una pistola y vosotros dos no tenéis más que un palo —contestó Andrea, que se estaba cansando de estar perdiendo el tiempo.

El guardia bajó la mirada al darse cuenta de que tenía razón, pero siguió con la porra en alto y en alerta. Andrea siguió buscando hasta que se percató de que su identificación había desaparecido.

—Se me ha caído la placa, pero escúchenme, necesito coger a ese hombre. Vengan conmigo y luego, si quieren, deténganos a ambos hasta que llegue la policía, pero no puede escaparse —dijo Andrea volviendo a un tono neutro y cordial. Necesitaba que esos hombres le dejaran en paz de una maldita vez.

Uno de los agentes asintió con la cabeza, lo que provocó que Andrea se tranquilizara mínimamente hasta que se percató de que no era a él, a quien miraba, sino a algo que se movía tras su espalda. Al darse la vuelta, se dio de bruces con el primer guardia con el que se había topado. Este había llegado hasta él y pretendía agarrarle por los hombros.

El guardia le agarró mientras los otros dos se acercaban por delante.

Andrea le cogió de un brazo, lo torció y consiguió inmovilizarlo mientras lo usaba de escudo ante los otros dos guardias. Pensó en sacar el arma para disuadirlos, pero podía meterse en un problema si apuntaba a civiles. Incluso en una situación como aquella.

Acto seguido empujó al primer guardia contra los otros y uno de ellos cayó como al suelo al instante. Sin embargo, su compañero consiguió esquivarlo y trató de golpear a Andrea con la porra.

Este apartó la cara y le pasó rozando la nariz, antes de contraatacar con un golpe con el puño cerrado en la boca del estómago.

Ya no quedaba ningún cliente en toda la planta, y eso era buena señal. Si finalmente había un tiroteo, no habría víctimas colaterales. Tras dejar al guardia retorciéndose de dolor en el suelo con la mano en el estómago, Andrea corrió hacia donde se encontraba el maldito desconocido, que continuaba con la mirada puesta sobre la pantalla de su móvil.

—¡Deja el móvil y el arma en el suelo y levanta las manos! ¡Ya! —ordenó Andrea cuando hubo llegado a unos pocos metros de él.

Ahora que estaba a tan poca distancia, se percató de que estaba llorando. Parecía que estuviera realmente nervioso y casi no podía ni sujetar el teléfono con las manos. Andrea volvió la vista tras su espalda para ver cómo los guardias llegaban tras sus pasos, aunque permanecían a cierta distancia.

Creyeran o no, en sus palabras, no querían meterse en medio de esos dos hombres armados. El hombre levantó el teléfono, lo colocó sobre su oreja y escuchó una voz al otro lado.

—Es para ti —le dijo el hombre a Andrea dejando el teléfono sobre el suelo—. Ahora ella estará a salvo —dijo justo antes de subirse la barandilla.

—Espera, ¿qué haces? ¿Quién estará a salvo?, ¿A qué te refieres? —preguntó Andrea, acercándose poco a poco al desconocido.

—He hecho lo que él quería y ahora mi hija vivirá. Cógelo, es para ti. Si no lo haces, le hará daño —farfulló el hombre con la voz apagada, y un segundo después, saltó al vacío.

—¡Nooo! —gritó Andrea mientras se acercaba a la barandilla y trataba de coger a un hombre que ya había alcanzado el suelo.

Los guardias de seguridad se quedaron de piedra, mientras que la gente que todavía estaba en las inmediaciones gritaba y se estremecía a causa de la imagen del hombre aplastado junto a la entrada del centro comercial.

Andrea intentó reponerse de la escena vivida y recogió el móvil del suelo.

Lo ojeó un instante antes de aproximarlo a su oído.

—Eres un hombre listo, Andrea, pero no lo suficiente. Más suerte, la próxima vez, te estaré esperando —susurró una voz en italiano al otro lado del teléfono.

Una voz fría y tenebrosa que Andrea conocía a la perfección.

En ese momento, Andrea supo que había perdido. Que Giovanni había vuelto a jugar con él del mismo modo que había hecho con el pobre hombre que yacía muerto en plena calle, con su último pensamiento enfocado en la supervivencia de alguien que, por desgracia, no era ni mucho menos segura.

La palabra de Giovanni no valía nada y Andrea no pensaba que fuera a dejar escapar a una de sus víctimas por algo tan simple como una promesa.

Por suerte, para ese pobre hombre, no estaría presente para ver lo que ocurría con su hijita.

Los guardias se acercaron a la barandilla y le obligaron a entregarles su arma.

Andrea no se resistió y fue retenido hasta que llegó la policía y lo trasladó a la comisaría para proceder con el interrogatorio.

CAPÍTULO 18

Marzo de 2025

Después de que comprobaran su identidad, Andrea se adentró en una pequeña sala sin ventanas donde dos hombres le esperaban sentados al otro lado de una mesa de metal.

El primero tendría unos cincuenta años mal llevados, era alto, entrado en carnes y lucía el pelo blanco con entradas y cara de Pitt Bull enfadado. El segundo era visiblemente más joven, también alto, aunque musculoso, y el pelo rubio y corto.

Andrea supo desde el primer momento que no se trataba de agentes de la policía española, por lo que era evidente que pertenecían a la Interpol.

—Agente Gentile, tome asiento, por favor —indicó el más mayor en un español, con un acento horrible, como si se hubiera aprendido la frase de memoria—. Habla usted inglés, ¿verdad?

Andrea asintió. El hecho de que la Interpol estuviera a cargo del caso significaba que algo realmente malo había pasado. Ninguno de ellos todavía había sacado a colación nada acerca de la conversación con Giovanni, así que esa no podía ser por esa razón, y no había hablado con nadie después de que lo hubieran retenido los hombres de seguridad del centro comercial.

¡El juzgado!

Había estado tan pendiente del desconocido y su huida que no había pensado en la bomba del juzgado. Andrea sintió un pinchazo en el pecho. De repente pensó en Sergio, en su madre, incluso en el imbécil del doctor Olmedo y en todas las personas que se encontrarían en el interior del juzgado cuando salió detrás de aquel hombre

—Así es. ¿Qué ha pasado en el juzgado? ¿Encontraron la bomba a tiempo? —preguntó Andrea en inglés con un tono de evidente preocupación.

Los dos agentes se miraron mutuamente antes de contestar.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros —contestó el más joven de los dos mientras ponía las manos encima de la mesa. Ese chico había visto demasiadas películas—. ¿Por qué salió del juzgado? ¿Qué le hizo seguir a ese hombre? —preguntó con un tono grave y serio.

—Ese hombre estaba nervioso e inquieto y miraba en todas direcciones. Por esa razón me fijé en él y, cuando salió del juzgado dejando la mochila bajo su asiento, supe que algo pasaba. Entonces es cuando di el aviso a la seguridad del juzgado acerca de una posible bomba.

— ¿Y por qué razón le empujó al vacío?—preguntó su compañero, el de la cara de Pitt Bull —. ¿Discutieron?, ¿se pelearon y entonces es cuando lo empujó?

Andrea le miró desconcertado. El interrogatorio no estaba destinado a conocer los pormenores del atentado, sino que le estaban acusando de haber matado a ese hombre.

¿Cómo podían suponer eso?

¿Pensaban acaso que él tendría algo que ver con el atentado?

—No peleamos, lo seguí hasta ese lugar por las razones que ya les he mencionado, y una vez allí, él me estaba esperando.

—¿Le esperaba? ¿Eso es que ya se conocían? —preguntó el joven mientras apuntaba algo en un cuaderno.

Andrea se sentía cada vez más incómodo. No sabía a dónde querían llegar esos hombres.

¿Sabrían algo sobre Giovanni?

No quería hablar sobre su caso con desconocidos, pero empezaba a pensar que no tendría otra opción.

—No, era la primera vez que lo veía —contestó Andrea bruscamente—, pero él sí que sabía quién era yo.

Los dos agentes volvieron a mirarse entre sí.

—Ese hombre se llamaba Carlos Gil Tomás, era ingeniero industrial, casado y tenía dos hijas. Nunca había tenido problemas con la policía, ni siquiera multas de aparcamiento, y, según usted, un día decide poner una bomba en un juzgado y saltar desde la barandilla de un centro comercial, justo cuando está usted frente a él. ¡Qué casualidad! —dijo el agente mayor con un marcado sarcasmo.

—Giovanni le obligó a hacerlo. Tenía el teléfono en la mano justo antes de saltar y antes de que me retuvieran los guardias de seguridad pude hablar con él. Me dijo que había perdido y me incitó a que lo siguiera buscando —contestó Andrea con un tono muy serio. El hecho de que ese hombre se le hubiera vuelto a adelantar le desagarraba las entrañas.

No comprendía adónde querían llegar a parar, qué información tenían o creían tener, y qué querían sacar con ese interrogatorio. Pero él no tenía tiempo que perder. Debía encerrarse para adentrarse en el programa y seguir buscando a Giovanni sin descanso.

Esta vez no se le podía escapar.

El más veterano de los agentes sonrió de soslayo mientras el joven dejaba el cuaderno sobre la mesa y alzaba la cabeza.

—Mira por dónde no teníamos ninguna duda de que ese nombre saldría a colación —dijo el mayor de los dos antes de mirar a su compañero y sonreír—. Siempre que pasa algo con usted, tiene que ver con ese hombre, qué casualidad, ¿no es cierto, agente Gentile? —zanjó antes de levantarse de la silla.

—Giovanni ha matado a más de quince niñas en los últimos dos años y yo soy el responsable de los casos en Italia. Por supuesto que cada vez que me pasa algo tiene que ver con ese hombre, pedazo de imbécil —contestó Andrea, poniéndose y colocándose justo delante del agente.

Le habían arrebatado de un plumazo la poca paciencia que le quedaba.

—¡Siéntese ahora mismo! —ordenó el agente con cara de Pitt Bull. Se estaba poniendo rojo de la ira.

Andrea no se movió un ápice mientras el más joven se levantaba también y se colocaba a su lado.

—¡He dicho que se siente! —repitió el mayor cogiendo a Andrea del brazo y tirando hacia abajo.

Aunque la fuerza resultó insultantemente insuficiente para hacer lo que se proponía.

El más joven le cogió del otro brazo y, al resistirse, le golpeó en la espalda con el codo, lo que hizo que Andrea se desequilibrara y cayera de rodillas.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par y entró en la sala un hombre apuesto de unos sesenta años, muy bien llevados, con el pelo blanco y abundante y un traje inmaculado. Los dos agentes se apartaron de un Andrea que permanecía todavía sobre el suelo. El hombre caminó hasta el centro de la sala mientras miraba fijamente a Andrea y, al llegar junto a él, le tendió la mano para que se levantara.

—Comandante Leblanc —farfulló Andrea tras mirar al hombre que le acababa de ayudar a levantarse—. ¿Qué hace usted aquí? —volvió a preguntar Andrea, esta vez en francés.

—Acabo de llegar desde Lyon y necesito que me cuente algunas cosas, agente Gentile, sobre todo acerca del programa *Overlight*. El secretario Stock en persona me ha enviado a hablar con usted. Desea conocer más sobre su funcionamiento para ampliarlo a otros casos en los que estamos involucrados.

Andrea se levantó y se colocó al lado del comandante Leblanc mientras los dos agentes los miraban con plena atención. No veía al comandante de la Interpol desde el día en el que realizaron la prueba del programa con el agente de la policía nacional al que habían destinado antes que a él. En ese momento fue él quien le pidió paciencia con el carácter de Olmedo.

—Claro, comandante, pero antes tengo que saber qué ha pasado con la bomba —contestó Andrea sin apartar la mirada del comandante.

—No ha habido tal bomba, agente Gentile. Únicamente se trató de una mera distracción, querían que usted no estuviera en el juzgado.

—¿Cómo? Eso es absurdo, ¿por qué razón iban a querer que yo me fuera de ese edificio?, ¿Qué podían querer de su interior?

—Sígame, Gentile, se lo contaré por el camino —finiquitó el comandante antes de darse la vuelta y encaminar la puerta.

El mayor de los agentes se interpuso entre el comandante Leblanc y la puerta.

—Espere un momento, no tengo ni idea de quién es usted o quién se cree que es, pero tengo una denuncia sobre la mesa por parte de la esposa del hombre fallecido y varios testigos afirman que fue él quien le empujó. No va a irse de aquí como si nada.

El comandante Leblanc se giró lentamente hacia el agente de la cara de Pitt Bull.

—Por supuesto que va a hacerlo y después, pondrá en protección de testigos a todos los que dicen que él le empujó, empezando por su mujer, que obviamente está siendo coaccionada por Lucca Giovanni, ya que, si no hubiera dicho que lo hizo, no le habrían devuelto a su hija. Y cuando acabe todo eso, dependiendo del resultado que obtenga, tendrá suerte si su próximo destino como agente de la Interpol no sea una oficina en Siberia. ¿Me he expresado con suficiente claridad? —preguntó el Comandante Leblanc muy tranquilo.

El agente asintió.

—Me alegro. Sígame, Gentile, tengo mucho que contarle.

El comandante Leblanc salió por la puerta, seguido de Andrea, dejando atrás a los dos agentes con cara de absolutos idiotas.

Ambos hombres salieron de la comisaría sin ninguna oposición y entraron en un Mercedes negro con chófer. El comandante se dispuso a hablar, pero, antes de hacerlo, le pidió al

conductor que bajara una ventana entre la parte de delante y la de atrás con tal de tener algo de privacidad.

—Han desaparecido los datos del estudio acerca del programa *Overlight* que tenía el doctor Olmedo en su laboratorio y que, al mismo tiempo, eran su mejor baza en su investigación. Giovanni hizo que usted saliera del juzgado para poder secuestrarle, Gentile. El chico entró en el cuarto de baño en uno de los descansos de su vista y ya nunca salió. En un primer momento, llegaron a pensar que había huido, pero es más que evidente que no es el caso. No tenemos ninguna idea de dónde puede estar ni qué es lo que puede querer Giovanni de esos datos. Aunque suponemos que querrá utilizar el programa.

Andrea palideció de súbito.

Habían secuestrado a Sergio por su culpa.

Si él no hubiera utilizado el programa para acabar con Giovanni, nunca habría tenido ningún conocimiento sobre *Overlight*.

—Quiere adelantarse a mí, comandante. Ese cabrón va a utilizar el programa para cazarme —dijo Andrea muy nervioso. Era totalmente incapaz de dejar de moverse en su asiento en la parte trasera del coche—. ¿Se ha llevado las pastillas rojas? Si las tiene, puede empezar a entrar en el programa cuando quiera. Si es así, podrá tener acceso a una gran cantidad de nuevas víctimas potenciales. Todas las que quiera.

—Así es, pero al parecer su número es limitado. Según el doctor Olmedo no son suficientes para que sea capaz de adaptarse lo suficientemente bien al programa, así que hemos puesto en custodia preventiva a todo especialista en el programa y detenido la producción de pastillas. Solo usted tendrá acceso a ellas. Es nuestro único agente involucrado hasta ahora y no podemos empezar a formar a otro. Además, Antonio Olmedo se ha negado por completo a hacerlo, tiene que ser usted, Gentile.

De un momento a otro sentía mucha más presión de la que había sentido en toda su vida sobre sus hombros. Antes de aquello, entrar en el programa había supuesto el estrés que él mismo se autoimponía por las muertes de todas esas niñas, pero ahora todo el programa dependía por completo de él, incluida la vida de Sergio.

—Olmedo no querrá trabajar conmigo, comandante. Me echó del programa hace semanas, aunque eso usted ya lo sabrá. Supongo que si ha hablado con ese hombre, él mismo se lo habrá contado. Es muy orgulloso y no cambiará de opinión, ni siquiera en una situación como esta. Por mucho que la Interpol le insista, es demasiado cabezota. Lo mejor será proceder como él aconseje. Por mucho que sea un auténtico cretino, sin duda alguna sabe lo que se hace —dijo Andrea, abatido.

Sabía por experiencia que, por muchas pastillas que él tuviera a su disposición, sin la experiencia de Olmedo a su lado, las posibilidades de éxito serían casi nulas. Era un gilipollas, pero un gilipollas realmente bueno en su trabajo.

Andrea no era capaz de ver hacia dónde se dirigía el coche al estar todas las ventanillas tintadas de negro. El comandante Leblanc llevaba sobre las manos una carpeta repleta de documentos que, por lo que Andrea pudo ver con disimulo, estaban relacionados con el programa *Overlight*.

Suponía que habría estado informándose para conocer a qué se estaban enfrentando.

—Creo que no me ha entendido, agente Gentile. El doctor Olmedo no va a entrenar a nadie más porque ha pedido expresamente que sea usted, y solo usted quien se encargue de rescatar al chico. No tengo ni idea de cuáles fueron sus diferencias, pero está claro que confía en usted —dijo el comandante Leblanc mientras el coche se detenía—. Quiero que me mantenga informado de todo, Gentile. Este caso y todo lo que conlleva es muy importante para nosotros. Esto ha dejado de ser la caza de un asesino en serie. El programa y toda la información recopilada por Olmedo que está en manos de ese hombre son de una delicadeza extrema.

Andrea no sabía qué decir. Bajo ningún concepto habría imaginado que Olmedo fuera a pedir nada parecido, aunque claro, pensándolo fríamente, era un hombre pragmático y sabía que no había tiempo para preparar a otro agente.

Él era la persona que mejor conocía a Giovanni y llevaba meses entrando en el programa *Overlight*. Incluso había empezado a recrear a ese maldito hombre. Con un resultado algo menos que mediocre, pero estaba mucho más cerca de lo que nadie pudiera estar. No existía en el mundo nadie más indicado que él para encontrar al chico.

—Por supuesto, comandante, le mantendré informado —dijo Andrea mientras salía del coche y se percataba de que se encontraba justo delante del laboratorio del doctor Olmedo.

Se adentró en el edificio y cruzó el largo pasillo blanco que llevaba hasta el laboratorio de Olmedo. Al llegar, se dirigió hacia su despacho.

Antonio Olmedo estaba sentado frente a su escritorio mientras ojeaba unos papeles. Al verle entrar, Antonio levantó la cabeza y le miró con los ojos llorosos y repletos de ira.

—Andrea, espero que estés preparado, porque vamos a por ese hijo de puta.

Andrea asintió.

“Acabemos con él”

Y entró.

CAPÍTULO 19

Abril de 2025

La habitación aguardaba en completa oscuridad.

No había ni ventanas ni muebles. Únicamente parecía estar ataviada con una pequeña cama y una puerta de metal que se abría cada cierto tiempo para que pudieran alimentarlo.

Sergio no tenía la menor idea de cuánto tiempo podría llevar allí encerrado, aunque empezaba a pensar que podía ser una buena forma de que finalmente pudiera pagar por sus pecados.

Tanto tiempo en solitario con sus pensamientos había provocado que volviera a recrearse en sus penurias.

Lo último que recordaba antes de que la oscuridad lo abrazara, era haber sentido náuseas durante la vista preliminar al juicio e ir al baño a vomitar. A partir de ese momento todo estaba borroso, hasta que despertó en medio de esa cruda oscuridad.

La vista previa al juicio no había llegado a finalizar cuando abandonó la sala. Todavía tenían que deliberar acerca de si finalmente se llevaría a cabo el juicio unos cuantos meses más tarde, aunque, por lo que habían comentado y él había comprendido, parecía que no disponían de las pruebas suficientes para que esto llegara a suceder.

La más importante de todas era su prueba de sangre con el positivo en alcohol que le realizaron en el hospital. Y por un motivo totalmente desconocido para él, no la habían llegado a utilizar.

Por lo que era muy probable que saliera indemne.

Aunque ese hecho no sabía si le alegraba o lo entristecía todavía más. Por un lado, anhelaba tener la oportunidad de continuar con el programa. Pero al mismo tiempo era consciente de que irse de rositas sería de lo más injusto para la familia.

Y los rostros de su madre y su hermano se le habían grabado en el alma.

No soportarían que no pagara por sus pecados.

¿Cómo podrían?

Las palabras de Olmedo sin duda alguna habían ayudado al posible veredicto. Todavía recordaba una y otra vez su firme intento por convencer a los presentes de la importancia del programa y las maneras en las que podría ayudar al mundo en el futuro.

Del mismo modo en que no había tratado de excusar sus actos.

No había buscado razones que justificaran su decisión.

Todo lo contrario.

—Sé perfectamente lo que se siente al perder a un hijo de un día para otro. Conozco todos los pensamientos que conlleva ese hecho y puedo decir, sin posibilidad alguna de equivocarme, que

nada justifica las decisiones que Sergio tomó aquel día. Es evidente que no debió conducir habiendo bebido, independientemente de las razones que lo llevaron a ello, pero deben comprender todo lo bueno que implica que él trabaje con el programa *Overlight.* Todos los avances que se realicen ayudarán en el futuro de muchas personas. Muchísimas.

Sus palabras no modificaron un ápice los adustos rostros de los familiares de la chica. Su hermano Rafael no le quitó los ojos de encima en ningún momento y, si las miradas mataran, no habría durado ni diez segundos con vida en el interior de la sala de audiencias.

Cuando los vómitos llegaron de súbito, no tuvo más remedio que abandonar la sala en compañía de uno de los guardias del juzgado en dirección a los aseos. En ese momento, Olmedo acababa de finalizar su argumentación y comenzaba a descender hacia su asiento mientras observaba su abrupta salida.

Desde ese instante ya no alcanzaba a recordar demasiado más.

Sus fuerzas le fueron abandonando de a poco hasta que una sombra se cernió sobre su espalda y lo alcanzó la oscuridad.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y un haz de luz se introdujo en el interior del habitáculo mientras una silueta vestida de negro se aproximaba y lo tomaba por el brazo. Estaba agotado y un dolor insoportable le recorría el cuerpo.

Llevaba tumbado en la misma posición muchas horas y tenía todos los músculos tan agarrotados que apenas disponía de fuerza para tratar de resistirse.

Apenas lo intentó.

El hombre enmascarado le condujo por un pasillo largo y oscuro con una escueta luz al final del mismo. Al llegar al otro lado, la luz le cegó; cerró los ojos durante un tiempo indeterminado mientras alguien lo sentaba sobre un sillón en el centro de la sala.

Al abrirlos, se percató de que se encontraba en una sala blanca y amplia, muy parecida a la que el doctor Olmedo había creado en su laboratorio, aunque esta era infinitamente más grande.

Se podían observar diversos ordenadores con sus respectivas pantallas y una puerta cerrada al fondo.

Había cuatro hombres en su interior. Tres de ellos llevaban la cara tapada con una máscara negra y una vestimenta oscura y ancha, mientras que el cuarto en discordia permanecía sentado sobre un sillón de terciopelo rojo justo enfrente de Sergio.

Su mirada le taladraba la piel.

Era un hombre de unos sesenta años, con el rostro perfectamente afeitado, el pelo largo y cano y unos ojos reptilianos que se infiltraban en los de Sergio y provocaban que se sintiera frágil e indefenso.

—Soy consciente de que tú y yo no podemos tener exactamente lo que se dice una conversación —dijo el sesentón en castellano con un fuerte acento de la toscana—. Sin embargo, no importa, lo único que necesito es que sepas lo que va a ocurrir a continuación.

Hablaba despacio y con una voz desgarradora y aterradora mientras hacía un gesto con la mano hacia uno de los hombres enmascarados. Este se dirigió de inmediato hacia un armario al otro lado de la sala.

—No tienes nada de lo que preocuparte y puedes creerme cuando te digo que no digo esa frase a la ligera, de hecho es algo que he dicho muy pocas veces a lo largo de los últimos años. No eres de mi… —permaneció pensativo unos segundos—. Gusto, por así decirlo. La única

razón por la que te encuentras entre estas blancas paredes es por el agente Gentile, que es lo más parecido a lo que alguien como yo puede considerar un amigo. Al fin y al cabo, nos conocemos desde hace años.

Sergio sentía la mirada de ese hombre y cómo le absorbía el alma a través de sus ojos. Andrea le había hablado de él en infinidad de ocasiones durante sus largas noches de estudio en el laboratorio; sin embargo, ni por esas llegó nunca a imaginar que Giovanni pudiera llegar a ser tan increíblemente aterrador.

—He estado probando lo que vosotros llamáis, el programa *Overlight*, y no ha salido exactamente como yo me esperaba, y eso es justo para lo que tú estás aquí, para remediarlo. Me da exactamente igual lo que hagas, pero necesito que lo uses frente a mis ojos. Asiente, si me has entendido.

Sergio asintió de inmediato.

No sería capaz de llevarle la contraria a ese hombre y, si se adentraba en el programa, al menos podría huir momentáneamente de su situación actual. El hombre que había caminado hacia el armario llegó hasta Sergio con una pastilla roja en la mano que él reconoció al instante. Era una de las pastillas del doctor Olmedo.

¿Cómo podría haberlas conseguido?

¿Habría entrado en el laboratorio al mismo tiempo que lo secuestraban a él?

—Sabemos muchas cosas acerca del programa, del mismo modo que dispongo de información acerca de una gran cantidad de personas con la que me gustaría utilizar *Overlight*, pero antes necesito poder observarlo desde el exterior. Ver cómo alguien consigue el propósito del programa, teniendo en cuenta que ninguno de ellos ha conseguido lo que se proponía —dijo señalando a los hombres de la habitación—. Y yo no voy a probarlo sin tener la suficiente información. Así que, Sergio, te doy las gracias por adelantado por lo que vas a hacer por mí —dijo Giovanni antes de girarse hacia el hombre que llevaba la pastilla—. Adelante, dásela.

El hombre se acercó a Sergio y le dio la pastilla junto a un vaso de agua.

—Estamos grabando la prueba, pero no te preocupes, es para uso privado —Giovanni hizo una pausa—. Pero antes de que entres, necesito que veas algo —y se levantó.

El hombre hizo que Sergio siguiera a Giovanni por un largo pasillo con una luz notablemente más potente que el anterior, hasta que finalmente llegaron a un despacho lúgubre repleto de papeles en las paredes.

Nada más entrar, Sergio supo de lo que se trataba. Una sala de estudio para *Overlight*. Exactamente igual a la que Olmedo había creado en el interior de su laboratorio. Y estaba repleta de información acerca de la persona que quería convertir en su víctima.

En este caso, de Andrea Gentile.

En el centro de la sala había un ordenador con cuatro monitores y dos sillas. Giovanni se sentó en una de ellas e hizo que Sergio hiciera lo propio en la que se encontraba junto a él.

—Necesito que leas los papeles que tengo alrededor y me confirmes que son adecuados para el uso del programa y, antes de siquiera plantearte la posibilidad de mentirme, quiero que veas esto y entiendas bien lo que significa —dijo Giovanni mientras accedía desde el ordenador a la vista desde arriba de una cámara.

Cuando Sergio obedeció la orden de Giovanni, dio con la imagen del laboratorio de Olmedo. Andrea caminaba en el interior de la sala de pruebas de *Overlight*. Lo más probable era que

hubiera entrado en el programa para recrear a Giovanni y tratar de dar con su paradero. De alguna forma, ese demente había pirateado las cámaras del doctor Olmedo y las estaban utilizando para espiarles.

Palideció.

Esa era la razón de que lo supiera todo acerca del programa. Podrían haber estado observando desde hacía meses y ahora, cuando ya estaban casi en el final del programa, utilizarles para sus propios intereses. Como Andrea decía, nunca sabía el modo, pero Giovanni siempre iba al menos un paso por delante de él.

El doctor Olmedo estaba en la sala contigua, junto al ordenador, siguiendo a Andrea con la mirada mientras este hablaba y caminaba por el interior de la sala de pruebas.

—No lo conseguirá, lleva toda la noche intentándolo y siempre acaba por fallar —dijo Giovanni con una sonrisa sobre el rostro—. Por mucha información que tenga sobre mí, por lo visto no es suficiente. En cambio, yo lo sé todo sobre él.

El doctor Olmedo parecía nervioso y tenía motivos para estarlo. Para Andrea, el hecho de crear a Giovanni debía ser realmente complicado. Sería realmente difícil que avanzaran lo suficiente como para localizarle a tiempo. ¿Cómo podrían?

Hacía semanas que Olmedo había expulsado a Andrea y las veces que habría intentado recrear a ese hombre lo había hecho sin ningún tipo de apoyo. No tiene nada que ver crear a alguien cercano a un extraño. Y mucho menos si este es alguien como ese lunático con ojos de serpiente.

Las pulsaciones de Andrea comenzaron a aumentar abruptamente y, en menos de diez segundos, ya estaba fuera.

Como había predicho Giovanni…

Había fallado.

—Por si lo que has visto no fuera de importancia suficiente, espero que lo que vas a ver ahora cubra todas tus dudas sobre las opciones que tienes —dijo Giovanni mientras cambiaba la pantalla y ahora era su madre la que aparecía en ella. Había colocado cámaras en su casa con más de diez ángulos distintos desde donde podía ver hasta el último recoveco de la misma. Su madre estaba en el sofá mirando hacia el infinito cuando Laura entró en el salón con una bebida caliente en el interior de una taza entre las manos.

Laura también estaba en su casa.

Era la primera vez que la veía desde el accidente.

—Bueno, creo que ya ha quedado todo claro —dijo Giovanni mientras se levantaba y se dirigía hacia la sala de pruebas—. El chico ya sabe lo que tiene que perder porque, aunque pensara que no había nada importante en su vida, siempre se tiene algo que perder.

Al llegar, Sergio se sentó sobre la silla en el centro de la sala y se tomó la pastilla con todos los ojos presentes, observando cómo tragaba con la mente puesta en Laura.

Hasta ese momento, había planeado intentarlo directamente con Sara; sin embargo, el hecho de ver el rostro de Laura junto a su madre había inundado sus pensamientos con ella y ahora no era capaz de expulsarla.

Tragó saliva junto a la pastilla y cerró los ojos.

CAPÍTULO 20

Enero de 2031

Rachel y Andrea observaban desde la distancia la pequeña casita a las afueras de Kazán donde, según la recreación que había realizado Andrea, era el lugar más probable en el que podrían haber llevado a la niña.

El ex agente italiano había previsto que Vasili en persona se encontraría en su interior, mientras que el grueso de sus hombres estaría buscando tanto al doctor Olmedo como las pastillas que necesitaría para utilizar el programa. Sin lugar a dudas las necesitaría para llevar a cabo sus planes.

En el interior de la casa únicamente debía de haber unos pocos hombres, que, a priori, serían fáciles de neutralizar.

Se habían pasado la noche al completo vigilando la casa y sabían a ciencia cierta que Vasili estaba presente, sin embargo, no había ni rastro de la niña y Andrea comenzaba a inquietarse.

Si se hubiera equivocado…

Si no hubiera utilizado todas las variables necesarias y la niña finalmente no apareciera, las posibilidades de encontrarla pasado ese tiempo serían ínfimas. Incluso interrogando a Vasili hasta la saciedad, era un hombre suficientemente inteligente como para no conocer su paradero con tal de no poner en peligro su propio plan.

Rachel se sentía totalmente agotada.

Prácticamente, no habían dormido nada en toda la noche y, no es que tuviera queja alguna acerca de lo que había estado haciendo por la mañana, pero ahora le estaba pasando factura.

Durante el vuelo, Andrea le había hablado con detalle acerca de su entrada en el programa y todas las posibles situaciones a las que se deberían de enfrentar, por lo que tampoco habían podido descansar prácticamente nada. Era cierto que le daba la sensación de que le estaba ocultando algo, aunque no fuera capaz de saber de qué podría tratarse.

Andrea conocía cada entrada, cada turno de guardia e incluso la cantidad de hombres que solía haber en una situación normal, aunque en una ocasión como aquella posiblemente se hubieran aumentado los efectivos de seguridad.

A las tres horas de aburrida y monótona espera, apareció un coche en la lejanía escoltado por cuatro quads con dos hombres montados en cada uno de ellos.

Rachel se alegró cuando los vio llegar.

Por fin se moverían.

Comenzaba a no sentir ni los pies ni las orejas a causa del frío y necesitaba entrar en acción. Avanzaron despacio sin llegar a levantarse, arrastrándose a través de la nieve hasta encontrarse a unos veinte metros de distancia de la casa.

Del coche se apeó un hombre grande, al menos de un metro noventa de alto y casi lo mismo de ancho. Abrió la puerta trasera antes de sacar a la niña como un saco de patatas y colocarla sobre sus enormes hombros.

Al mismo tiempo, Vasili emergió de la casa junto a otros dos hombres.

"Son doce en total" pensó Rachel sin alzar la cabeza.

Eran más o menos los hombres que había previsto Andrea. Por el momento todo entraba dentro de las limitaciones del plan. Aunque, como las defensas de la casita eran excesivas para ellos, dos en solitario, Andrea había requerido de la ayuda de tres de sus excompañeros de la Interpol destinados en Rusia.

No les había explicado la situación al detalle, sin embargo, el simple hecho de salvar a una niña, con el añadido de que el objetivo no fuera otro que Vasili Dvorkin, había sido más que suficiente como para que los tres hombres dieran una respuesta afirmativa sin apenas hacer preguntas. Y a todo eso se le sumaba la confianza que tenían depiositada en Andrea, los tres habían tardado menos de dos horas en llegar a su hotel.

Por un lado, estaba Iván, un enorme bigardo ruso, de casi dos metros de altura, que había trabajado con el ex agente italiano en innumerables ocasiones. Este se había situado detrás de la casa y sería quien entrara por la puerta trasera y creara una distracción mientras los demás entraban por la de delante.

Fue el primero en llegar al hotel y beberse cuatro cervezas antes de decir sola una palabra mientras le daba golpes a Andrea por la espalda con evidente alegría.

Marco era un compatriota de Andrea dotado de la tez morena y una nariz picuda. Habían coincidido juntos en varios casos antes de que Giovanni apareciese en sus vidas. De hecho, Marco ya había trabajado bajo las órdenes de Andrea anteriormente.

Él sería el encargado de hacer volar uno de los muros laterales en el último momento con tal de que pudieran escapar. Una vez en el interior de la casa, el plan pasaba porque los hombres de Vasili los tratasen de acorralar en su interior, y ahí era donde entraba su trabajo, creando una tercera salida por la que pudieran escapar.

Y finalmente estaba James. El irlandés.

Un hombre menudo y pelirrojo que era un verdadero genio en disparos de larga distancia. Él se ocuparía de cubrir su incursión desde trescientos metros con su rifle de francotirador MCPR—300.

Vasili saludó al hombre que portaba a la niña sobre los brazos y que, tras abrazar a su jefe con una sola mano, siguió sus pasos con tal de adentrarse en la casa seguido del resto de sus hombres.

Andrea hizo un gesto con la mano en dirección al cielo para indicar que iba a dar comienzo la operación y salió corriendo hacia el muro exterior seguido de Rachel. En el exterior de la casa únicamente quedaban dos de los hombres que caminaban de un lado para otro del muro a modo de vigilancia.

El primer paso pasaba por eliminar a ese par con el máximo sigilo antes de tratar de entrar en la casa. Si no lo hacían, cuando les tocara salir tendrían demasiadas complicaciones a las que enfrentarse.

Andrea caminó despacio, aproximándose hacia la espalda del primero de los guardias y, con sumo sigilo, sacó su arma con silenciador y le disparó en la sien mientras le tapaba la boca con

la mano. El cuerpo cayó sujeto por los brazos de Andrea hasta tocar la tierra que cubría el suelo.

Rachel acudió de inmediato y lo ayudó con su cometido tratando de emitir el mínimo ruido posible.

Todos los que formaban parte de la misión permanecieron quietos y en silencio. A la espera de reacción alguna por parte del enemigo. Hasta que James, desde la distancia, les dio el visto bueno para continuar.

No había habido ningún tipo de movimiento.

Rachel caminaba tras los pasos de Andrea y, al traspasar el muro, se alejó para dirigirse hacia la casa. Andrea se ocuparía del último de los guardias para, acto seguido, ir tras ella.

Se alejaba del cadáver del guardia cuando escuchó que un sonido procedía de su lado y, al acercarse, se percató de que una voz hablaba desde su radio con cierto nerviosismo.

—¡Merda! —exclamó Andrea mientras se aproximaba al cuerpo—. Rachel, espera, no entres todavía —dijo al tiempo en que se agachaba y recogía la radio del enganche que el cadáver llevaba sujeto en el pecho.

Rachel se quedó paralizada.

Permanecía sin mover ni un solo músculo, a la espera de las pertinentes órdenes de Andrea.

—Grigor, contesta, dame el visto bueno —decía una voz en ruso.

Andrea no dijo nada. Era más que capaz de comprender la pregunta. Incluso podría emitir una respuesta a la altura, pero sería incapaz de que su acento resultara creíble.

—No puedo hacerme pasar por ruso. James, si se mueve, tienes luz verde. En cuanto se acerque, dispara. Dime si lo has recibido —dijo Andrea con la radio en la mano y el corazón desbocado.

—Recibido —contestó James mientras ajustaba la mira y apuntaba hacia el otro guardia que quedaba en el exterior.

Andrea caminó hasta donde Rachel se encontraba y se sentó junto a ella.

El segundo guardia continuó hablando a su compañero y, al no recibir respuesta, comenzó a caminar en dirección a su cuerpo. Esperaba que no diera aviso al interior de la casa.

—Va hacia vosotros, Andrea, está bastante tranquilo, parece que todavía no sabe lo que ocurre. Espero instrucciones.

Andrea levantó la cabeza con la intención de ver cómo el hombre caminaba hacia su posición con el arma en la mano.

—Aguarda, trataré de eliminarlo yo para no tener la necesidad de variar el plan previsto. Si tú disparas, alertaremos al resto.

—Recibido —contestó James, seguido de todos los demás agentes.

Andrea se levantó despacio mientras el hombre pasaba justo por su lado, pero, al estar de espaldas, no llegó a verle.

Rachel continuaba a la espera observando los movimientos de Andrea, que caminaba sigiloso justo detrás del esbirro de Vasili y se colocaba tras su espalda, levantaba la pistola y apretaba el gatillo.

Un escueto clic fue todo el resultado a su intento.

El arma se había congelado y, antes de que el hombre se girara, levantara su fusil hacia Andrea, sonó un disparo.

Rachel se había levantado y le ha abierto un agujero sangrante en el vientre.

El hombre trataba de dar un paso hacia ella cuando una segunda bala le destrozó la sien.

—Se acabó el sigilo, pasamos al plan B. ¡Repito, pasamos al plan B. Iván, entra ya! —ordenó Andrea mientras se acercaba a Rachel, que observaba el cadáver del hombre que acababa de matar.

—Recibido —confirmó Iván antes de disparar a la cerradura de la puerta trasera y se apartara hacia un lado—. A por ellos.

CAPÍTULO 21

Abril de 2025

Eran las cinco de la tarde de un lluvioso domingo de noviembre. El agua caía sobre la oscura calle mientras Sergio la observaba desde la ventana. Le embelesaba ver cómo el agua caía sobre los árboles, los coches y las personas que corrían con el objetivo de no empaparse en un vano intento por encontrar una protección invisible.

La ventana permanecía abierta y permitía tanto la entrada de una suave brisa como de pequeñas y ligeras gotas de lluvia que el viento empujaba hacia el interior del despacho.

Laura no le permitía fumar en el interior de la casa sin una ventana abierta. Ya podía ser que lloviera, tronara o que la temperatura no superara los dos grados bajo cero, aunque esto último en la capital levantina era realmente difícil de acontecer.

Prácticamente, nadie había cogido paraguas aquel lluvioso día, porque claro, sumado al hecho indiscutible de que Zeus se había olvidado de la costa mediterránea, había que añadir que el noticiario había vaticinado erróneamente un día soleado. Sergio se sentía mareado y extraño. Como si estuviera en un sueño del que no fuera capaz de despertar.

Llevaba escritos dos capítulos de su novela, pero ya no se sentía con fuerzas para escribir nada más. Cerró la cubierta de su portátil antes de dirigirse a la ducha. El agua caía por su rostro cuando comenzó a sentirse ligeramente mejor, aunque se mantenía con una extraña sensación que le decía que lo que estaba viviendo ya lo había vivido con anterioridad.

De pie frente al espejo, no podía alejar de sí mismo una gran cantidad de pensamientos lejanos sobre una vida que realmente no había vivido.

Estaba cansado.

Sintió que sus ojos se cerraban despacio y, al abrirlos, se percató de que todo había sido un sueño. Estaba en su cama junto a una chica cuyo nombre sabía, aunque desconocía por completo cómo y cuándo la había conocido.

La chica dormía a su lado mientras emitía leves ronquidos al respirar cuando Sergio se levantó de la cama y se dirigió al baño. Al llegar, se sintió desconcertado. Era muy extraño que acabara de despertar y siguiera advirtiendo una sensación que emulaba a un sueño.

Se lavó la cara en un nimio intento por sentirse mejor, aunque escaso fue el resultado. Sentía náuseas y, sin embargo, no era capaz de vomitar. Cada vez estaba más nervioso y, al mirarse en el espejo, palideció y no pudo, sino emitir un grito ahogado.

Tenía una palabra escrita en el brazo.

“Mátala”

Sergio dio dos pasos hacia atrás del susto y se golpeó con la puerta cerrada. Se volvió y trató de abrirla a la desesperada, pero la puerta no se abría por más que lo intentara.

“Usa la pistola”

“Hazlo”

—¿Qué pistola? —se preguntó en voz alta en un susurro

Miró de nuevo hacia el espejo para percatarse de que esta vez era todo su cuerpo, lo que estaba repleto de mensajes.

“Mátala”

“Ya está muerta”

“Has fallado”

“Estás muerto”

“Vuelve”

“No eres tú”

“Dispara”

“No falles”

Un nudo le subía por la garganta cuando algo le llevó a mirar hacia su mano derecha.

Y entonces la vio.

La pistola aguardaba a la espera de sus actos entre sus temblorosos dedos.

Sabía perfectamente qué era y qué debía hacer con ella.

Gritó con todas sus fuerzas antes de aproximar el cañón hacia su boca y apretar el gatillo.

Despertó en el centro de una sala blanca sin recuerdo alguno de dónde estaba o qué era lo que estaba haciendo. De un momento a otro, dos hombres con la cara cubierta le recogieron del suelo y le acompañaron de vuelta hasta la silla.

Entonces recordó el espanto al que se enfrentaba.

—Me has decepcionado, muchacho. He estado observándote durante meses y tú nunca fallas. Espero que recuerdes lo que podría ocurrir si no me eres útil —le amenazó Giovanni algo molesto, aunque su voz continuaba siendo tranquila.

Sergio se sentía mareado.

Era algo habitual, ocurría siempre que abandonaba el programa. Aunque en esta ocasión sabía la razón de que hubiera fallado durante su entrada.

Había mezclado a dos personas al pensar en Laura y en Sara al mismo tiempo.

Había recreado una escena partida y eso era algo que nunca funcionaba. El cerebro no es capaz de generar dos escenas válidas al mismo tiempo sin un entrenamiento muy superior.

Pero esta vez no fallaría.

No permitiría que le pasara nada ni a su madre ni a Laura por su culpa.

—Dadle otra pastilla —ordenó Giovanni mientras se pasaba la mano por el mentón y cruzaba las piernas.

Sergio sabía que era peligroso volver a entrar tan pronto. No había pasado el tiempo suficiente como para volver a entrar en el programa con garantías. Aunque claro, ni tenía forma de decírselo a Giovanni ni tampoco pensaba que le fuera a importar.

Así que, cuando el hombre enmascarado le trajo la pastilla, la tragó sin titubear y cerró los ojos para conducirse a la oscuridad.

Eran las cinco de la tarde de un lluvioso domingo de noviembre. El agua caía sobre la oscura calle mientras Sergio la observaba desde la ventana. Le embelesaba ver cómo el agua caía sobre

los árboles, los coches y las personas que corrían con el objetivo de no empaparse en un vano intento por encontrar una protección invisible.

La ventana permanecía abierta y permitía tanto la entrada de una suave brisa como de pequeñas y ligeras gotas de lluvia que el viento empujaba hacia el interior del despacho. Laura no le permitía fumar en el interior de la casa sin una ventana abierta. Ya podía ser que lloviera, tronara o que la temperatura no superara los dos grados bajo cero, aunque esto último en la capital levantina era realmente difícil de acontecer. Prácticamente, nadie había cogido paraguas aquel lluvioso día, porque claro, sumado al hecho indiscutible de que Zeus se había olvidado de la costa mediterránea, había que añadir que el noticiario había vaticinado erróneamente un día soleado. Sergio se sentía mareado y extraño. Como si estuviera en un sueño del que no fuera capaz de despertar.

Cuando finalmente se decidió por bajar las escaleras, se encontró con Laura con su novela en las manos.

Estaba leyendo su creación y le preocupaba enormemente lo que pudiese llegar a pensar acerca de ella. Era una mujer muy dura y directa, le gustara o no, siempre le diría la verdad y a veces podía llegar a ser cruel.

Laura le observó de reojo, sin apartar la atención de los folios, mientras Sergio se sentaba frente a ella después de hacerse un café.

—¿Qué te parece? —preguntó Sergio intentando proyectar seguridad en sí mismo, aunque estuvo lejos de conseguirlo. Todas las respuestas que Laura tenía en la cabeza desaparecieron de un plumazo.

—Aún no lo he acabado —contestó sin pensar.

—Bueno, ya digo hasta ahora —insistió sentándose sobre la silla de enfrente. La respuesta de Laura le había puesto nervioso, estaba intentando esquivar la pregunta, lo notaba.

Se creó un espeso silencio en la habitación. Laura dio el último trago a su vaso tratando de ganar algo de tiempo.

—Bueno, me parece simple —contestó apoyando el vaso sobre la mesa de nuevo. Laura había meditado la respuesta, no podía decirle que no le gustaba, pero tampoco debía mentirle. Se planteó contarle una verdad endulzada, podía darle argumentos de algunas partes a mejorar y hablarle de las virtudes de su obra. El problema era que sentía que no había leído con la suficiente concentración como para argumentar de la forma correcta, y si decía algo sin sentido, él lo sabría.

Sergio la miró detenidamente, esperó unos segundos y preguntó de nuevo—. ¿A qué te refieres con que es simple? —La respuesta de Laura no le había convencido en absoluto, se notaba irritable, pero tenía que contenerse. No podía mostrar inseguridad.

—Simple no quiere decir necesariamente algo malo.

—Bueno, a obra maestra tampoco suena —contestó Sergio sin pensar. Estaba enfadado.

Llevaba meses trabajando.

Le había costado la relación con sus padres y en el fondo lo había hecho por ella.

Tragó saliva para tratar de tranquilizarse.

No comprendía cómo, después de todo lo ocurrido, lo único que ella era capaz de decir de su trabajo era que era simple.

—A ver, es una historia simple, pero muchas lo son. Ese no es el problema —Laura notaba a Sergio visiblemente molesto, y al decir que la simpleza de la historia no era el problema, había dado a entender la existencia del mismo.

—Vale, entonces, ¿cuál es? —le preguntó levantando la voz. Estaba intentando no mostrar su enfado, pero cada vez le estaba resultando más difícil disimularlo.

—Que todos los personajes son demasiado… —Laura dejó la frase a mitad, se creó un silencio en la habitación, era denso, pesado. Era tan incómodo que era difícil de aguantar.

—Como yo —farfulló entonces Sergio—. Estoy escribiendo una historia de amor donde todos los personajes ven el mundo con mis ojos.

Sergio se levantó de la silla y comenzó a caminar por el salón. La sensación que tenía de que seguía en un sueño persistía; sin embargo, ahora formaba parte de él.

Era capaz de controlarla.

—Lo he conseguido… —farfulló, anonadado.

—¿Cómo sabías exactamente lo que iba a decir? —preguntó Laura sorprendida con la ceja enarcada.

—Porque te conozco, más incluso de lo que yo mismo pensaba —contestó él mientras se aproximaba hacia ella—. Laura, escúchame, esto ya ha pasado, no es real.

Sergio lo sabía.

De un momento a otro era capaz de controlar su mente.

Sabía perfectamente dónde se encontraba, con quién y en qué momento del tiempo. Si lograba llegar a un momento similar recordando a Sara, habría conseguido su objetivo.

Aunque era evidente de que con Laura también tenía cuentas pendientes que debía subsanar antes de volver.

—¿Cómo que ya ha pasado?, ¿De qué estás hablando? —preguntó ella antes de dejar la novela sobre la mesa y ponerse en pie.

—Laura, escúchame.

—Sergio, me estás asustando.

—Voy a decirte lo que debía haber dicho la última vez que te vi —susurró él mientras sentía que sus ojos se humedecían—. Y es que esto no funciona y que hace tiempo que no va a ningún sitio. Yo ya no te quiero, Laura, únicamente estoy enamorado de la idea de quererte. Quiero que seas feliz y conmigo no vas a serlo. Debes encontrar a esa persona, sea quien sea, y estoy seguro de que ella te hará muy feliz.

En ese momento, Sergio se sintió en paz con Laura. El hecho de volver a verla junto a su madre desde el monitor de Giovanni había provocado que pensara en todo lo ocurrido.

Ella no era culpable de lo que él había hecho. Él era el único responsable de su propia vida y su pasado junto a ella era una puerta que debía cerrar.

Si no conseguía disculparse con Sara…

Si no alcanzaba a salir vivo de la situación en la que estaba envuelto, al menos una parte de él habría encontrado la paz.

—Sergio, te quiero muchísimo —farfulló Laura abrazándolo a lágrima viva.

—Y yo a ti —contestó Sergio devolviéndole el abrazo.

Posiblemente por última vez.

Poco después cerró los ojos y se dejó llevar hasta despertar en medio de la sala blanca, tan mareado como contento. Hasta el mismo momento en el que vio los ojos de Giovanni que le observaban desde su sillón.

—Bravo, Sergio, sabía que podías hacerlo. No tienes ni una remota idea de lo mucho que acabas de ayudarme —dijo Giovanni, repleto de euforia antes de levantarse de su asiento, aproximarse a Sergio y agacharse junto a él.

—Ahora veremos si los datos que tengo acerca de mi buen amigo Andrea son los adecuados.

CAPÍTULO 22

Abril de 2025

Con las luces de la habitación totalmente apagadas, el doctor Olmedo observaba desde los monitores cómo Andrea caminaba de un lado para otro del interior de la sala de pruebas.

Prácticamente, no habían descansado nada desde la desaparición de Sergio. Ambos dormían y comían lo estrictamente necesario como para que Andrea fuera capaz de entrar de nuevo en el programa con garantías de que funcionara. El resto del tiempo lo utilizaban para reunir y perfeccionar la información de la que disponían acerca de Lucca Giovanni.

Ellos sabían que la policía española buscaba a Sergio como a un desaparecido más, por lo que no tenían duda alguna de que era en balde. Una enorme pérdida, tanto de tiempo como de recursos.

Si durante años prácticamente no habían dado ningún paso hacia Giovanni, era imposible que de la noche a la mañana fuera a cambiar nada reseñable.

Ellos dos eran la única esperanza para la supervivencia del chico.

Andrea llevaba en ese preciso instante cinco horas en el interior del programa. Hasta el momento, era la vez que más estaba aguantando, aunque durar mucho tiempo tampoco no era garantía de éxito. Sergio había conseguido más de una vez superar el programa en menos de cinco minutos. Aunque bueno, al menos seguía dentro, y mientras fuera ese el caso, siempre había una oportunidad.

Olmedo seguía sus constantes vitales con atención. Hasta ese momento se habían mantenido estables la mayoría del tiempo y eso tampoco era algo positivo. Cuando se producían avances hacia la verdad, las pulsaciones aumentaban y, en este caso, todo estaba siendo muy tranquilo. Posiblemente demasiado, para la opinión del doctor Olmedo.

La luz era tenue y la temperatura alta, lo que provocaba que el hedor fuera absolutamente insoportable. El agente Andrea Gentile cruzaba el pasillo hacia las escaleras que conducían al pasillo del piso de arriba de la vivienda.

Iba seguido de otros tres agentes.

Todos directos hacia la habitación de la pequeña, de donde era evidente que provenía el intenso olor.

La llamada había llegado hacía dos horas, cuando la vecina había llamado a la puerta y, al no recibir respuesta alguna, se decidió por avisar a la policía.

En el piso de abajo estaban los padres, inconscientes y, sin embargo, con vida. Atados y sentados sobre dos sofás que se miraban de frente.

Ya casi estaban en la habitación.

El hedor era cada vez más fuerte y, al llegar, ninguno de ellos deseó haber desayunado aquel día. El cadáver de la niña aguardaba tumbado sobre la cama, prácticamente irreconocible tras haber sido cubierta por algún tipo de ácido que había acelerado la descomposición. Fuera lo que fuera que le hubieran hecho a la pobre, habían cubierto el rastro.

Andrea salió de la habitación mareado y con unas náuseas que le atronaban en las entrañas. Había visto muchas cosas a lo largo de su vida como agente de homicidios; sin embargo, lo que acababa de presenciar era por mucho lo peor.

Llamó a una ambulancia para que se hiciera cargo de los padres. Iban a necesitar tratamiento psicológico después de lo que acababan de vivir.

Acto seguido llamaron tanto al juez como al forense para que ambos acudieran de inmediato. No podían tocar nada de la habitación hasta que se hubieran llevado el cuerpo.

Tres horas más tarde, Andrea se dirigía a su casa con una ganas increíbles de recibir un buen abrazo. Se sentía extraño y mareado, como si no se hubiera despertado del todo aquella mañana.

Jamás había tenido tantas ganas de ver a Viola, la mujer con la que llevaba cinco años saliendo y con la que se casaría un mes más tarde.

Y a Vito, el perro de Viola, que ya era prácticamente uno más de la familia.

Vito era un labrador color canela que habían recogido abandonado en la calle con solo dos meses y que ahora ya tenía casi cuatro años.

Andrea aparcó su coche en el garaje y, se dirigía hacia la puerta, cuando se percató de que estaba abierta. Instintivamente, desenfundó su arma y se adentró muy despacio, esperando que Vito no saliera a recibirle como de costumbre. Ladrando y dando saltos como un loco por su llegada.

Recorrió el pasillo sin rastro alguno del perro, algo que le relajaba y preocupaba al mismo tiempo. Era muy extraño que no hubiera salido a recibirle al llegar y podría significar que le había pasado algo. Cuando alcanzó la cocina, escuchó unas voces que salían de su interior.

—Esto está buenísimo. ¿Podría darme la receta? —preguntó la voz de un hombre que Andrea no conocía.

—Claro, ahora se la escribo, pero el secreto está en cuándo añadir la levadura y el tiempo de batido —contestó la dulce voz de Viola—. Vito, quita de ahí, deja al señor comer en paz —le dijo al perro que intentaba subirse al desconocido—. Disculpe, señor, ¿cómo había dicho que se llamaba?

—No se lo he dicho, pero, por favor, no me llame, señor, llámeme Lucca, señorita —contestó el desconocido mientras devoraba la empanada de dos mordiscos.

Andrea se relajó al escuchar la voz de su novia y se disponía a entrar en la cocina cuando Vito se percató de su presencia y salió corriendo en su dirección.

—Ya debe estar Andrea en casa. Siempre es Vito el primero en darse cuenta de que ha llegado —dijo Viola mirando hacia la puerta.

—Será un placer conocer a su marido —contestó el hombre con una sonrisa.

Andrea entró en la cocina, seguido de Vito, que no dejaba de saltar y ladrar, mostrando su alegría por verle.

—No he oído la puerta —dijo Viola mientras se acercaba a Andrea y le daba un beso en los labios—. ¿Cómo ha ido el día?

—La he encontrado abierta, así que no he hecho ruido para ver si todo iba bien —contestó Andrea, ojeando de arriba abajo al desconocido que estaba sentado en su cocina.

—Disculpe, Andrea, debo habérmela dejado yo abierta al entrar. Soy Lucca, encantado —dijo este levantándose y ofreciéndole la mano a Andrea, que la aceptó sin dejar de observarle.

—Igualmente —contestó Andrea cortésmente.

—Lucca es el nuevo vecino de la casa de al lado y ha venido a presentarse. Voy a cerrar la puerta y, ya que estoy, voy a sacar a Vito a dar una vuelta, que no ha salido desde esta mañana y tiene mucha energía —dijo Viola mientras salía por la puerta seguida de Vito—. Vamos, chico, ven conmigo.

Andrea había enfundado el arma; sin embargo, esta sobresalía, por un lado, de la chaqueta y se dio cuenta de que Lucca la observaba con cierta atención.

—No se preocupe, soy policía —dijo Andrea tanto para tranquilizar a su nuevo vecino como para comprobar su reacción ante tal revelación.

—Lo sé, me lo ha comentado su esposa —contestó Lucca antes de coger otra empanada y llevársela a la boca—. Esto está realmente exquisito, ¿de verdad que no quiere ninguna?

—No, gracias, la verdad es que no me entra nada en el estómago. De hecho, dudo mucho que vaya a comer nada en todo el día —dijo Andrea mientras se quitaba la chaqueta y se sentaba sobre una silla frente a Lucca.

Andrea sentía la mirada de ese hombre puesta sobre la suya. En un primer momento, podría parecer un hombre tranquilo saboreando su empanada, pero había algo extraño en él, aunque no fuera capaz de saber qué era.

—Debe de ser por el trabajo. Estoy convencido de que verá cosas que no serán fáciles de olvidar —dijo Lucca entre mordisco y mordisco.

—Así es, pero hoy, en concreto, ha sido algo fuera de lo normal. Verá, estoy acostumbrado a ver todo tipo de cosas, cosas que no podría ni imaginar, pero ver el cuerpo de una niña de nueve años medio deshecho por el ácido le quitaría el hambre a cualquiera —dijo Andrea, muy atento a la reacción de su invitado.

—Estoy seguro de ello —dijo Lucca sin dejar de saborear su empanada.

Andrea empezaba a darse cuenta de que ese hombre ocultaba algo. Nadie en su sano juicio reaccionaría de esa manera ante la imagen de una niña de nueve años medio consumida por el ácido.

—¿Quiere verla? Tengo una foto —preguntó Andrea, tentándole.

—No, no se preocupe, puedo imaginármela perfectamente. Como si hubiera estado allí mismo— contestó este antes de sonreír de oreja a oreja.

—¿Cómo dice? —preguntó Andrea nervioso.

Hizo un amago de sacar el arma, aunque alcanzó a aguardar su respuesta.

—Verá, Andrea, yo soy químico y, por lo tanto, estoy más que acostumbrado a ver cómo reacciona la carne ante el contacto con ácidos, incluso ante los más eficaces. He realizado muchos experimentos sobre el tema.

—¿Y hay muchas niñas de nueve años en esos experimentos? —preguntó Andrea de modo inquisitivo y los dedos de su mano sobre la culata de su arma.

—No, no, claro que no. Qué cosas tiene, pero sé exactamente cuál es el resultado de utilizar ácido fluorhídrico sobre la carne —contestó Lucca sin variar la tranquilidad de su voz.

—¿Cómo demonios sabe que es ácido fluorhídrico? Ni siquiera yo lo sé. Todavía no lo han analizado.

—Bueno, sin lugar a dudas es el que yo habría utilizado. Si alguien quiere deshacerse de un cadáver y no ostenta demasiados conocimientos sobre el tema, es posible que se decidiera por el ácido sulfúrico. Sin embargo, cualquiera que sepa realmente acerca de los ácidos es consciente de que el fluorhídrico es mucho mejor para deshacer la carne —dijo Lucca mientras se acababa la empanada.

—¿Quién demonios eres tú?

—Ya te lo he dicho Andrea, soy Lucca, Lucca Giovanni. Tu nuevo vecino. Y, por cierto, no te has despedido de Viola y deberías haberlo hecho, amigo mío.

CAPÍTULO 23

Enero de 2031

Tres hombres se apearon de la casa nada más escuchar el estruendo del disparo.

El primero cruzaba el umbral de la puerta principal cuando James le destrozó el ojo izquierdo de un balazo.

El segundo trataba de hacer lo propio por la trasera cuando recibió un resultado similar. Mientras tanto, Iván aprovechaba el momento para adentrarse en la casa.

El tercer hombre se parapetó tras el porche con la firme intención de evitar el contacto visual de James, justo para que Andrea le disparase dos tiros a bocajarro y se adentraba en la casa a la carrera.

—Estoy dentro. James, cúbreme. Iván, ¿qué ves? —preguntó Andrea caminando por el primer pasillo seguido de Rachel—. Cinco menos, quedan siete —farfulló.

—Hay cuatro hombres en este lado de la casa, los entretendré mientras cogéis a la niña —informó Iván mientras disparaba hacia el interior escondido tras la primera puerta.

—De acuerdo, si te encuentras en peligro, sal de ahí.

—Recibido.

Rachel y Andrea se adentraban en la casa directamente a donde se encontraba la niña.

—James, sigue mis pasos, si ves a alguien, avísame y, si tienes tiro, no dudes —ordenó Andrea sin detenerse.

—Recibido —contestó James a la vez que apretaba el gatillo en dirección a una de las ventanas y, la mandíbula de un hombre, situado en la habitación contigua a donde se encontraban Andrea y Rachel, saltaba en varios pedazos y caía sobre el suelo de madera.

Rachel no pudo evitar echar una furtiva mirada al pasar junto a él. Estaba envuelto en sangre, y, sin embargo, continuaba con vida mientras se ahogaba y balbuceaba.

La muerte no le había sido esquiva durante su trayectoria profesional, pero sabía que tardaría en que esa imagen desapareciera de su mente.

Al llegar a la habitación del fondo, se detuvieron junto a la puerta. Según las predicciones de Andrea, ese era el lugar en el que Vasili retendría a la niña. Se disponían a adentrarse cuando la puerta se abrió de sopetón y golpeó a Andrea en la nariz, provocando que cayera al suelo.

Una sombra se cernió sobre Rachel antes de que el enorme esbirro de metro noventa que había traído a la niña saliera a toda velocidad directo hacia Andrea.

Este seguía en el suelo con las manos en la nariz mientras trataba de que dejara de sangrar.

El hombre cogió a Andrea del suelo y, levantándolo en el aire con relativa facilidad, lo tiró contra la pared y le rompió dos costillas a causa del golpe. Andrea gimió a causa del dolor y la

sorpresa mientras trataba de erguirse.

Rachel reaccionó y se dispuso a disparar a esa enorme mole por la espalda cuando dos disparos salieron del interior de la habitación y tuvo la necesidad de agacharse para salvar la vida.

Iván había recibido un tiro en el brazo, sin embargo, antes se había llevado por delante a dos de los cuatro hombres por el camino. Uno de los otros dos que quedaban con vida se acercó con el arma en la mano mientras su compañero le cubría desde varios metros y, al hacerlo, Iván se levantó, le cogió por la cabeza con las dos manos y la aplastó contra la pared.

La sangre comenzó a brotar de su cráneo a borbotones, mientras que uno de sus ojos se había salido de su cuenca y miraba hacia la nada.

Iván se giró hacia el único hombre que quedaba con vida y este le miró durante un segundo, asustado y, tras pensárselo dos veces, salió corriendo hacia el otro lado de la casa, muerto de miedo.

Al pasar junto a una ventana, James le voló los sesos derramándolos sobre la pared.

—Ya solo queda uno —anunció entonces James.

Tras sentirse a salvo de los disparos, Rachel se percató de que únicamente había dos hombres en el interior de la habitación. Por un lado, estaba Vasili parapetado tras la niña. Y por el otro, el hombre que había abierto fuego hacia el pasillo en el que se encontraba.

Tenía que conseguir entrar en la habitación como fuera posible.

Buscó con la mirada a Andrea, que seguía tumbado sobre el suelo, doliéndose de los golpes del enorme guardia de Vasili. Acto seguido, alzó la cabeza y, al comprobar que el pistolero estaba recargando su arma, se levantó y efectuó dos disparos hacia el interior, quitándole la vida en el acto. Dio dos pasos, se adentró en la habitación y se colocó en frente de Vasili. Este, con el rostro desencajado, se cubría con la niña mientras le apuntaba a la cabeza, soltando amenazas relacionadas con una muerte prematura.

Rachel hacía lo propio, repleta de ira, aguardando el momento propicio para disparar. La imagen de Andrea, herido y tirado sobre el suelo, no abandonaba sus pensamientos.

—Vete ahora o mato a la niña —dijo el hombre en un inglés horrible—. No he llegado hasta aquí para ver cómo una americana me quita lo que es mío. Ella abrirá un nuevo futuro o morirá aquí y ahora frente a tus ojos.

Vasili hablaba en un inglés con un acento terrible sin apartar su mirada sobre Rachel. De pronto todo el cansancio que llevaba acumulado, junto a la tensión del momento, la golpearon con dureza. La imagen de Andrea, junto a todo lo que podría hacer ese hombre si se llevara con él a la niña, aturullaban sus pensamientos.

No podía permitir su marcha. Sin embargo, tampoco podía dejar que la niña muriera.

Era el mal menor, eso era evidente, pero ella no estaba ni capacitada ni dispuesta a aceptar algo así como aceptable.

—Si dejas a la niña, te dejaré marchar. Ella no es más importante para ti que tu vida.

—Qué sabrás tú sobre lo que me importa o no a mí —contestó Vasili sin titubear.

—Sé que nadie quiere morir e, incluso, los que piensan lo contrario se arrepienten al final.

—Mi vida es mi propósito y sin él no tengo vida. Eso es algo que nadie como tú podría comprender.

Andrea se dolía sobre el suelo cubierto de polvo. El hombretón le había destrozado como mínimo dos costillas y la clavícula le ardía como un demonio. Tras el golpe, se sentía incapaz de mover un solo músculo mientras observaba, indefenso, cómo su contrincante se acercaba nuevamente en su dirección.

Por suerte para él, cuando se encontraba a menos de un metro de distancia, Iván apareció y le propinó un golpe en la cara con el puño cerrado.

Ese animal era una mole de músculos que prácticamente ni se inmutó.

Retrocedió, le dedicó una mirada de odio y se abalanzó sobre él antes de que ambos cayeran sobre el suelo en un duelo de titanes.

Andrea se levantó a duras penas, escupió al suelo más sangre que saliva y se sujetó contra la pared. Una de las costillas debía haber perforado algún órgano. Apenas podía levantar el brazo derecho y el simple hecho de caminar se le antojaba una verdadera tortura para sus maltrechas costillas.

Caminaba con dificultad y la mirada borrosa cuando se percató de la presencia de Rachel junto a Vasili.

Estaba de frente ante ella y, por lo tanto, podía adentrarse por la puerta trasera que sabía qué había al otro lado de la habitación.

Con el sonido de los golpes de las dos moles como música de fondo y la respiración desde la radio de James.

—No tengo tiro. Esa habitación no tiene ventanas —escuchó caminando a duras penas y se adentraba en la habitación.

Cuando lo hizo, se fijó en cómo Rachel entretenía a Vasili mientras trataba de no desviar la mirada hacia su dirección. Sin duda alguna sabía de su presencia y esperaba su intervención.

—Yo estoy preparado para morir por lo que creo, ¿lo estás tú? —preguntaba Vasili con Andrea, aproximándose tras su espalda.

—Deseo concedido —contestó Andrea antes de apretar el gatillo a bocajarro y que los sesos de Vasili brotaran por sus ojos y cubrieran el suelo de rojo.

CAPÍTULO 24

Abril de 2025

Andrea se quedó de piedra ante las palabras de ese hombre.

¿Qué demonios había querido decir con que debía haberse despedido de ella?

¿Qué le había hecho a Viola? ¿O acaso era una no tan velada amenaza para que no investigara la muerte de la niña?

Extrajo su arma de la cartuchera y apuntó a la cabeza de Giovanni. Este, mientras tanto, se limpiaba la boca con una servilleta con pasmosa tranquilidad.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Andrea, repleto de ira, acercándose hacia Giovanni.

—¿Yo? Por Dios bendito, nada. ¿Qué le voy a hacer? Qué cosas tiene. Lo digo por la carta que ha dejado encima de la mesa —contestó Giovanni muy calmado.

Andrea ojeó la mesa para dar con un sobre cerrado junto a los vasos. Se dispuso a abrirlo y a leerlo con cierto nerviosismo ante lo que se iba a encontrar.

En la carta ella le decía que se iba de casa. Que no podía soportar por más tiempo que él siempre antepusiera su trabajo por delante de ella y de su futuro juntos y que no se casaría con él mientras siguiera obsesionado con Giovanni.

¿Giovanni?

¿Cómo diablos iba a estar obsesionado con ese hombre si acababa de conocerlo hacía escasos minutos?

Andrea no era capaz de comprender nada de lo que le estaba ocurriendo. Su novia, la mujer que llevaba tantos años a su lado, se había ido un mes antes de su boda por una razón que no era capaz de comprender.

Se dio la vuelta en busca de Lucca para comprobar si en su rostro era capaz de leer algo que brindara luz a sus dudas, cuando se percató de que ya no estaba.

Había desaparecido como por arte de magia y, al mirar por la ventana, dio con él caminando al otro lado de la calle mientras sonreía desde la distancia.

Andrea se apresuró a salir de la casa a la carrera.

Tenía que encontrar a ese hombre y extraer toda la información que le fuera posible. Nada más puso un pie en la calle, buscó a su alrededor siguiendo sus pasos, pero se había desvanecido entre el gentío.

Entonces un taxi pasó frente a sus ojos y, en su interior, los ojos de ese hombre se clavaron en los suyos mientras saludaba.

Maldito desgraciado.

Andrea fue directo a coger el coche de su garaje a toda velocidad. Parecía que ese hombre quisiera que lo siguiera, pero no podía arriesgarse a perderlo de vista.

Andrea siguió al taxi a través de una ciudad difuminada hasta que finalmente llegaron a las puertas de un enorme edificio.

Giovanni salió del taxi y entró en él con cierta velocidad mientras Andrea le seguía los pasos.

Cuando estaba a punto de alcanzar el ascensor, Andrea llegó hasta él y lo empujó hacia el interior.

Una vez dentro, este comenzó a ascender con ambos hombres forcejeando en su interior.

—¡Dime dónde está Viola! ¿Qué es lo que quieres de mí, hijo de puta? —preguntó Andrea mientras lo estampaba contra la pared y le apretaba por el cuello con los ojos inyectados en sangre.

El ascensor se paró en seco, provocando que ambos cayeran al suelo de golpe.

Andrea se dio en la pared contra el cristal y perdió el conocimiento mientras una silueta borrosa abandonaba el ascensor y se dirigía hacia la luz.

Cuando despertó estaba solo y desorientado.

No sabía cuánto tiempo podía haber pasado, y únicamente esperaba que Giovanni todavía se encontrara en el edificio. Salió del ascensor y comenzó a caminar por una gran sala que daba a un largo pasillo de color blanco.

Al final de este dio con una pequeña sala repleta de fotografías tanto suyas como de su familia y de sus amigos. Datos acerca de su vida y sus gustos abarrotaban las paredes. Toda la información que alguien pudiera querer conocer sobre él se encontraba entre esas cuatro blancas paredes.

Advirtió un escalofrío que le recorrió la espalda.

Ese hombre le había estado siguiendo y estudiando desde hacía mucho tiempo y él ni siquiera sabía quién era hasta no hacía más que unos minutos.

¿Quién era ese hombre?

Se preguntaba mientras caminaba a través de la habitación y llegaba a una sala contigua, con un sillón en el centro, junto a varias sillas a los lados y un gran ordenador provisto de varias pantallas junto a la pared.

—¿Sabes dónde estás? —preguntó la electrizante voz de Giovanni tras su espalda.

Andrea se volvió de inmediato y, sin pensárselo dos veces, le apuntó a la pierna y apretó el gatillo, sin embargo, la pistola no se disparó.

—¿Buscas esto? —preguntó Giovanni mostrándole las balas que había quitado del cargador aprovechando su inconsciencia—. Bueno, ahora podremos hablar tranquilamente. ¿Verdad, Andrea?

Andrea se sentía deshecho e impotente, quería saber qué había pasado con Viola, pero no tenía forma de obligar a ese monstruo a decirle la verdad. Desde el primer momento había tenido todo el control de la situación.

—¿Dónde está Viola? —preguntó Andrea entre amenazante y desahuciado.

—Esa respuesta únicamente la puedes responder tú. Solo tienes que acordarte, ¿podrás? Andrea, ¿sabes dónde estamos? —preguntó Giovanni acercándose a él.

Andrea miraba a su alrededor cuando una gran cantidad de recuerdos regresaron a él de golpe.

Recordó a Giovanni.

El tiempo que llevaba tras sus pasos y cómo Viola lo había abandonado años atrás por culpa de la obsesión que ese hombre había creado en él.

Caminaba por la sala mientras toda la información volvía a él como si nunca se hubiera ido.

Pensaba en Sergio, en el doctor Olmedo y en el tiempo que habían vivido en ese laboratorio.

Entonces se percató de que no era cierto que, aunque era idéntico, ese no era su laboratorio.

En el que se encontraba era bastante más grande que el de Olmedo y algunas cosas estaban en lugares distintos.

Era como si alguien hubiera creado un laboratorio similar.

Una simple copia.

Se acercó al ordenador y rozó el ratón. La pantalla se iluminó y apareció ante sus ojos la imagen de una cámara de seguridad donde el doctor Olmedo parecía que observaba a un hombre muy parecido a él en el interior de la sala de pruebas del programa.

Andrea se volvió hacia Giovanni con los ojos iluminados con la verdad.

Ya sabía dónde encontrar a ese hombre.

—Te tengo.

—Mucha suerte, Andrea. Estoy seguro de que la vas a necesitar —contestó muy tranquilo.

Andrea despertó aturdido en el interior de la sala de pruebas.

Dio un respingo desde el suelo y se levantó lo más rápido de lo que fue capaz. Entonces, el doctor Olmedo se acercó y le ayudó a no perder el equilibrio mientras le ofrecía un vaso de agua.

—Lo has conseguido, Andrea, ya está, tranquilízate —dijo el doctor Olmedo mientras le ayudaba a salir de la sala de pruebas y lo sentaba en una de las sillas de la sala de observación.

—¡Está aquí, Olmedo, está aquí! ¡Él está aquí! —repetía Andrea una y otra vez en un susurro ahogado, tratando de recuperar la compostura.

El doctor Olmedo se arrodilló frente a Andrea antes de ofrecerle agua de nuevo.

—¿Cómo que está aquí, Andrea? ¿Aquí, dónde? —preguntó el doctor Olmedo antes de levantarse y permitir que Andrea se repusiera del esfuerzo sentado en la silla mientras se hidrataba.

—Aquí en este edificio, Antonio. Está aquí, siempre ha estado aquí. Desde que empezamos.

—Pero eso es imposible, alguien se habría dado cuenta —contestó Olmedo con la ceja enarcada.

Era posible que todavía siguiera demasiado aturdido como para asimilar la información que acababa de extraer del programa.

—Tiene que haber alguna planta que lleve cerrada más o menos desde que me mudé aquí.

El doctor Olmedo se quedó pensativo y en silencio durante unos segundos antes de contestar.

—La planta quince está en obras. Hubo un derrumbamiento hace unos meses y nadie sube allí arriba, solo los obreros.

—Pues es ahí donde está. Ha creado un laboratorio como este, prácticamente el mismo. Quiere utilizar el programa *Overlight* para cazar a más víctimas, pero antes me quiere fuera de juego. Va a utilizar el programa para venir a por mí, tenemos que adelantarnos.

—Si eso es cierto, hay que llamar a la policía, ahora mismo. Tienen que buscar una forma de sacar a Sergio sano y salvo —dijo el doctor Olmedo, sacando su móvil y marcando el 091.

—Espera, Olmedo —dijo Andrea, levantándose y cogiéndole el teléfono para que no terminara de marcar—. Si llega la policía, Sergio no saldrá con vida. Giovanni es demasiado

famoso, saben lo peligroso que es y priorizarán cogerle pase lo que pase. Deja que llame a mis compañeros de la Interpol, lideraré el ataque y no dejaré que le pase nada al chico.

El doctor Olmedo asintió compungido antes de que Andrea tratara de llamar al comandante Leblanc y se percatara de que no había línea.

Habían cortado las comunicaciones.

—*Merda*, lo sabe. Ya está aquí y viene a por nosotros —dijo Andrea a la vez que sacaba el arma y se apagaban las luces de la sala.

—Bravo, Andrea. Pero como siempre, voy un paso por delante de ti —dijo la voz de Giovanni desde la oscuridad.

CAPÍTULO 25

Abril de 2025

Andrea dirigió su arma hacia la procedencia de la voz y apuntó hacia la oscuridad.

—¡Olmedo, corre!, ¡vamos! —ordenó mientras avanzaba hacia una de las puertas sin saber con seguridad hacia dónde se dirigía—. En unos minutos los ojos se acostumbrarán a la oscuridad, pero antes tenemos que salir de aquí. En esta sala hay demasiado espacio y no tenemos nada donde ocultarnos.

—Vamos al pasillo del despacho, allí tendrá menor importancia que ellos su superioridad numérica —contestó Olmedo de inmediato.

Andrea disparó de nuevo hacia la oscuridad con los pasos acercándose hacia ellos.

Mientras tanto, el doctor Olmedo abandonaba la sala en dirección al pasillo, aprovechando el valioso tiempo otorgado por Andrea.

Cuando Andrea la alcanzó, la cerró, quedándose en su interior.

—Andrea, ¿qué estás haciendo? No seas imbécil y abre la puta puerta —dijo el doctor Olmedo desde el otro lado, observando desde el cristal que separaba la parte alta de la puerta.

—Tienes que ir a por el chico, Olmedo, corre, lárgate de aquí y ponlo a salvo. Y, cuando haya línea, llama a la policía. Yo me ocupo del resto —contestó Andrea, apartándose de la puerta y acercándose a sus perseguidores con el arma en la mano.

—No pienso dejarte aquí —replicó este con la voz menos segura que Andrea le había escuchado jamás.

Pese a la fuerza y la confianza de ese hombre. La situación actual escapaba por completo de su zona de confort.

—Esta es la única posibilidad que tiene el chico. ¡*Merda*! Vete de aquí. ¡Ya! Hay una pistola en el interior de mi chaqueta, cógela y sube a por Sergio. Espero que sepas utilizarla.

El doctor Olmedo permaneció tras la puerta tratando de encontrar una manera de abrir el cerrojo hasta darse por vencido. Su única posibilidad pasaba por seguir las instrucciones de Andrea.

Si daba con Sergio y salían del edificio, podría llamar a la policía y quizás salvar al idiota que se había quedado en el interior rodeado de asesinos.

Estaba convencido de que tenía que haber una solución mejor que la planeada por Andrea, pero ya era demasiado tarde.

Replicando las palabras de Julio César, la suerte estaba echada.

Andrea se parapetó tras el ordenador y disparó hacia la procedencia de los pasos. Estos parecieron detenerse y comenzaron a esconderse tras las mesas antes de responder a su fuego pagando con la misma moneda.

—No disparéis —ordenó Giovanni muy tranquilo—. Andrea, eres demasiado violento. ¿Así es cómo me saludas después de tanto tiempo? Somos demasiados, no tienes nada que hacer; venga, suelta el arma y ven conmigo. Tenemos mucho de lo que hablar.

—No voy a ir a ningún sitio contigo, Giovanni. Hoy acaba todo, uno de los dos no saldrá con vida de este edificio.

—Es una solución un poco drástica, ¿no te parece? —preguntó con una sonrisa que se ocultaba entre las sombras.

Andrea aprovechó el alto el fuego para deslizarse por el suelo y acercarse a la puerta que daba al pasillo de las habitaciones. No podría salir del edificio para llamar a la policía, pero al menos habría menos campo abierto y se acercaría a los plomos. Debía prender la luz a cómo diera lugar. No podía continuar disparando sin ser capaz de ver a sus objetivos.

Después de coger la pistola de la chaqueta de Andrea, el doctor Olmedo corrió todo lo rápido de lo que fue capaz hasta llegar a las escaleras con el arma sobre las manos.

Nunca había tenido la necesidad de utilizar una pistola y no tenía ni la más remota idea de su funcionamiento. Más allá de las nociones más básicas que todo el mundo tiene la necesidad de conocer.

Aprietas el gatillo y la pistola se dispara.

Punto.

Los hombres de Giovanni se habían asegurado de que no hubiera luz en todo el edificio, por lo que no existía la posibilidad de tomar el ascensor y, como el único camino pasaba por coger las escaleras, podía ser un punto de encuentro si sus perseguidores se decidían por hacer lo propio. Subía cada escalón con el corazón desbocado y el cansancio de cada año de su vida como un peso sobre su cuerpo.

“No pasar, planta en obras, peligro de derrumbamiento”.

Decía un cartel nada más alcanzó la planta quince del edificio.

Antonio hizo caso omiso a la advertencia y entró sigilosamente hacia el interior. Cuando comprobó que estaba vacío, elevó su velocidad mientras cargaba con el arma con insultante torpeza.

Caminó por lo que parecía una planta en obras. Repleta de escombros y barro por doquier, hasta que alcanzó una puerta de madera. Al abrirla, esta daba paso a otra de metal provista de un candado de acero.

—Mierda… —farfulló Antonio con desesperación.

Él no estaba acostumbrado a una vida de acción. Todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor se escapaba por completo de su zona de confort y se veía en la necesidad de ir actuando sobre la marcha. Asimilando un estado de alarma constante.

Antonio trató de abrir el candado sin ningún éxito. Ojeó el arma que temblaba sobre su mano, antes de apuntar hacia el cerrojo y abrir fuego sin pensar. Provocando que el candado se partiera por la mitad entre humo y chispas.

Se adentró en la oscuridad, pistola en mano, con la única compañía de su agitada respiración. Si quedaba alguien en el interior, sin lugar a dudas habría escuchado el estruendo del disparo y le estaría esperando.

Un calambre le recorrió el cuerpo con solo pensar en dicha posibilidad.

Escondido en una de las habitaciones, Andrea escuchaba los pasos de los hombres de Giovanni que lo buscaban por todo el laboratorio. Todavía estaban en más completa oscuridad mientras hablaban entre ellos acerca de las órdenes de Giovanni.

El muy cabrón les había forzado a no disparar a matar. Andrea suponía que querría hacerlo él mismo. Aunque ese hecho le brindaba una oportunidad. Así como una ventaja competitiva respecto a ellos.

Andrea permaneció escondido y agazapado durante varios minutos, hasta que las voces se perdieron en la oscuridad. Entonces decidió que era el momento de salir con la idea de utilizar la única ventaja que tenía a su favor; el hecho de que él podía matar a esos bastardos, mientras que ellos se pensarían dos veces antes de desobedecer una orden directa de Giovanni.

Era una apuesta arriesgada, eso era más que evidente….

Sin embargo, era la única opción que parecía tener por delante.

Caminó a través del pasillo junto a las habitaciones y, al final del mismo, escuchó que una voz entraba en la habitación de Sergio. Respiró hondo y, sin hacer el menor ruido, se acercó por su espalda y le golpeó con la culata de la pistola.

Era incapaz de ver el resultado de su ataque, sin embargo, el ruido al caer al suelo evidenció que había quedado inconsciente al instante. Acto seguido, lo arrastró hasta en interior de la habitación y salió cerrando la puerta tras su espalda.

—Uno menos —farfulló Andrea caminando de nuevo por el pasillo—. Ahora solo falta saber cuántos más hay.

Andrea había estudiado el laboratorio al milímetro antes de entrar a vivir. Conocía cada entrada, pasillo y habitación e incluso había creado dos rutas de escape por si surgía algún imprevisto.

No tenía intención de llegar a utilizarlas, aunque siempre es mejor prevenir que curar.

La primera opción pasaba por salir por donde lo había hecho el doctor Olmedo, por los pasillos del norte que daban a la entrada principal.

Pero era una opción que ya no podía utilizar.

Y la segunda era descender por los conductos del aire acondicionado que daban al balcón de la planta inferior. De hecho, desde ese emplazamiento, incluso podría observar a Giovanni junto a sus hombres y conocer de antemano dónde se encontraban en cada momento. La duda que rondaba por su cabeza era si Giovanni podría conocer sus planes y se le adelantaría de nuevo.

Era evidente que ese hombre lo conocía mejor de lo que habría podido imaginar. Si además había sido capaz de recrearlo en el interior del programa, sin duda era un riesgo que no podía tomar.

Debía optar por la búsqueda de una tercera opción.

Continuó caminando por el oscuro pasillo hasta acceder a los laboratorios de investigación, que era dónde el doctor Olmedo había probado la medicación con animales, entre ellos ratones.

De hecho, algunos todavía seguían viviendo en su interior.

Olmedo había hablado muchas veces del resultado que había dado la pastilla roja en esos animales. Era una pena no saber qué demonios era lo que estarían recreando en su pequeña cabeza.

La sala era blanca, del mismo modo que todas y cada una de las que formaban el laboratorio del doctor Olmedo. Estaba repleta de microscopios, probetas y demás utensilios de laboratorio que Olmedo hubiera podido necesitar, aunque Andrea desconocía el nombre u utilidad de más de la mitad.

Era una sala muy diferente a todas las demás, ya que era la única que realmente era un laboratorio al uso y el resto únicamente eran útiles para entrar o estudiar el programa *Overlight* con ordenadores y salas con espejos.

Andrea se acercó a una pequeña jaula situada al final del laboratorio, entre una ducha de prevención y la pila de residuos. En su interior había tres ratones marrones y uno más pequeño de color blanco.

Él mismo se había ocupado de darles de comer durante su estancia.

Incluso los sacaba de vez en cuando junto a Sergio para que corrieran por la habitación. Una vez, incluso, el más pequeño se había escapado de su jaula y no lo encontraron hasta varios días más tarde, cuando escucharon sonidos extraños en el interior de los conductos del aire acondicionado. Recordar ese momento era lo que había iluminado una bombilla en el interior de su cerebro y lo había llevado hasta allí.

Esa tercera opción que esperaba que Giovanni no fuera capaz de prever.

En el interior de la jaula, sobresalían tres bebederos con sus nombres escritos a mano, Athos, Porthos y Aramis, y otro más bajito que era para D'Artagnan, el pequeño ratoncito blanco que se había escapado durante unos días.

El motivo de que Olmedo les hubiera puesto los nombres de los protagonistas de la famosa novela de Dumas era que los tres mosqueteros era el libro favorito de su hijo.

Andrea cogió a D'Artagnan entre sus manos y, con cuidado, lo colocó en una pequeña jaula de transporte. Movimiento que fue repitiendo con el resto de mosqueteros.

Cuando ya se encontraban todos en su interior, se subió de pie en una de las pilas del laboratorio y abrió la tapa que conectaba la sala con el aire acondicionado. Una vez abierta dejó la jaula en su interior y abrió la pequeña puerta de la jaula para que los animales se adentraran en el conducto del aire.

Andrea bajó de la pila abierta y se acercó hacia la puerta de la sala mientras seguía el recorrido de los animales que corrían por el interior del conducto.

Aguardaba a algún tipo de reacción por parte de sus perseguidores respecto al ruido.

Andrea caminaba por los pasillos siguiendo el camino de los ratones hasta que escuchó unas voces tras la pared y se detuvo en seco con el objetivo de escuchar su contenido.

—Tal y como dijo Giovanni ese hombre está ahí arriba. Entra tú por el conducto del aire desde este lado mientras yo lo flanqueo por su espalda —dijo una de las voces en italiano.

—Bien, las dos posibles salidas están bloqueadas, si sale por otra habitación no podrá llegar a la entrada. Espérale allí, yo lo llevaré hacia ti —dijo el hombre mientras se ponía de pie en una silla y entraba en el conducto del aire.

—Muy bien.

Andrea se asomó por la puerta para observar cómo uno de los hombres de Giovanni se adentraba en el conducto y desaparecía en su interior. Mientras tanto, su compañero aguardaba unos segundos para asegurarse que el primero hubiera avanzado lo suficiente y salió de la habitación.

Andrea lo siguió por el pasillo y, cuando estuvo tras su espalda, lo agarró del cuello con un brazo mientras, con el que tenía libre, lo dejaba inconsciente con una maniobra que aprendió en las fuerzas especiales italianas.

Fue dejando el cuerpo inconsciente del esbirro sobre el suelo, sin apartar la mirada de la trayectoria del conducto del aire.

Sin embargo, y, para su sorpresa, antes de llegar a levantarse, advirtió el frío roce del acero sobre su cuello.

—¡No te muevas y tira el arma, despacio! —amenazó una voz tras su espalda.

Andrea se dio la vuelta con la pistola en la mano.

—¡He dicho que tires el arma! —replicó el desconocido, apuntando hacia la cabeza de Andrea.

La luz seguía apagada, aunque, en los laboratorios, las luces de emergencia se habían prendido y provocaban una luminosidad blanca y tenue. Sin embargo, era más que suficiente como para que los dos hombres se vieran a la perfección a la distancia a la que se encontraban.

—Y si no lo hago, ¿qué vas a hacer?, venga dispara, a ver cómo se lo explicas a tu jefe. Es una persona muy razonable, seguro que lo comprende… —dijo Andrea con menos seguridad de la que trataba de aparentar.

El desconocido dudó un ápice con la imagen de lo que podría ocurrirle si desobedecía una orden directa de Giovanni reflejada en un rostro carcomido por el terror.

Andrea aprovechó ese escaso instante de duda para bloquear el arma con el brazo y empujarle contra la pared. El esbirro reaccionó ante el ataque de Andrea y ambos hombres forcejearon hasta que el arma de Andrea cayó sobre el suelo, dejando únicamente una pistola en juego sujetada por ambos hombres.

Trataban de acercar el cañón del arma hacia su contrincante y alejarlo de esa forma de sí mismos. Tras unos segundos de impás, el arma se disparó en dirección al techo, lo que provocó que ambos cayeran al suelo a causa de un estruendo tan próximo a sus oídos.

El esbirro de Giovanni reaccionó en primer lugar y corrió hacia la pistola, pero Andrea se estiró desde el suelo y alcanzó a alejarla lo suficiente como para que le diera tiempo a levantarse y abalanzarse sobre su rival.

En primer lugar, le soltó un puñetazo en el estómago que lo retrasó un instante. Acto seguido, su rival se volvió y agarró a Andrea por los hombros y ambos cayeron al suelo, comenzando a forcejear.

Andrea alcanzó a colocarse tras su espalda y a agarrarle por el cuello. Utilizaba el brazo izquierdo a modo de ancla mientras trataba de dejarle inconsciente con el derecho. Aunque antes de alcanzar su objetivo, su rival le golpeó con el codo en la boca del estómago y no pudo evitar liberar su sujeción al instante.

Los dos hombres se levantaron con la respiración entrecortada antes de lanzarse el uno sobre el otro. La luz era escasa y, sin embargo, suficiente para que Andrea viera con claridad la oscura

máscara que cubría el rostro de su rival. Andrea consiguió darle un puñetazo y, al ceder este hacia delante, golpeó de nuevo con la rodilla en la máscara que cubría su rostro.

Entonces, su compañero, el que había entrado en el conducto del aire acondicionado, salió desconcertado y, al escuchar los ruidos que provocaba la pelea, entró en la habitación para darse de bruces con esa estampa. Andrea lo vio aparecer desde la puerta mientras aceleraba y apuntaba hacia su cabeza. En ese momento, Andrea se levantó, sujetó al hombre con el que estaba forcejeando y lo giró hacia su compañero justo cuando este disparaba en su dirección y lo alcanzaba en pecho y cabeza, destrozando la máscara a su paso.

Andrea se apartó del cadáver y, aprovechándose de los dos segundos que necesitó su asesino para asimilar lo que acaba de acontecer, se deslizó por el suelo, recogió su arma y le disparó dos tiros en el pecho sin llegar siquiera a levantarse. El hombre cayó de rodillas con los ojos en blanco antes de derrumbarse sin vida sobre el suelo.

Andrea trató de coger aliento.

Le dolía todo el cuerpo, sobre todo el par de costillas que parecía haberse roto durante la refriega.

—Tres menos —farfulló Andrea mientras se levantaba con un esfuerzo sobrehumano.

El doctor Olmedo caminaba por el interior de lo que parecía un laboratorio muy parecido al suyo. Las mismas salas, una decoración similar, incluso la silla exacta en la sala de pruebas. Simplemente, era todo un poco más grande.

Al llegar a las salas de estudio, Antonio observó que una ingente cantidad de imágenes de Andrea expuestas sobre las paredes junto a una recopilación de información. Giovanni debía de llevar mucho tiempo tras sus pasos y habría planificado ese día con todo lujo de detalle.

Al fondo de la sala de pruebas se atisbaba una puerta sin cerrojo que daba a un oscuro pasillo que se perdía hacia el interior del edificio.

La planta era similar a la que llevaba años utilizando, por lo que podía prever con mayor o menor acierto lo que podría encontrarse.

Al final del pasillo se escuchaba un ligero susurro y, al acercarse, algo se movió en su interior.

Tenía una cerradura que se abría desde el exterior con un pestillo, por lo que el doctor Olmedo no tuvo problema en abrirla. Y, al hacerlo, se encontró con Sergio tumbado sobre una cama en completa oscuridad.

—¡Sergio! —exclamó Olmedo mientras se acercaba al chico y le tomaba el pulso.

Estaba sin duda con vida.

—¡Vamos, tenemos que salir de aquí! —dijo el doctor Olmedo mientras trataba de que Sergio volviera en sí.

Parecía entre dormido y desmayado.

El chico abrió unos ojos que se abrieron como platos al percatarse de la presencia del doctor en ese lugar.

Ya había perdido toda esperanza de salir con vida de ese agujero. Sus pesadillas insistían una y otra vez en la muerte tanto de Olmedo como de Andrea a manos de Giovanni y cómo ese hecho recaía sobre sus hombros.

Debían alcanzar la calle lo antes posible. Si lo conseguían, podrían llamar a la policía y que esta interviniera para salvar a Andrea de ese monstruo.

No podían dejar pasar el tiempo o no habría a nadie a quien ayudar.

Nada más llegar a la sala de pruebas de Giovanni, Sergio se dirigió al ordenador con la intención de observar las cámaras del laboratorio y comprobar si Andrea todavía se encontraba a salvo.

Rozó el ratón con el dedo y la pantalla se encendió, dando paso a las cámaras de seguridad. El doctor Olmedo y Sergio observaron a Giovanni en la puerta principal junto a dos hombres con sendas máscaras negras sobre sus rostros.

En la otra punta del laboratorio, otros dos hombres caminaban en busca de Andrea, que se encontraba en uno de los pasillos junto a un hombre recostado sobre el suelo.

Era imposible saber si ese esbirro seguía con vida, pero Andrea aguardaba a su lado en pie. Demasiado cerca de los hombres que le seguían los pasos.

Olmedo y Sergio se alejaron del ordenador y encaminaron las escaleras. Por el momento, Andrea se encontraba sano y salvo, ahora su trabajo era evitar que tal circunstancia se viera modificada.

Andrea Gentile recogió la pistola que yacía ante el cuerpo del hombre que acababa de morir frente a sus ojos y la guardó en la parte trasera de su cinturón. Acto seguido, siguió caminando a través del pasillo en busca de más atacantes. No sabía si Olmedo habría sacado al chico del edificio, pero tampoco cambiaría sus planes.

Llegado a ese punto, no iba a irse sin Giovanni.

Sería o uno o el otro, pero uno de los dos no saldría con vida del edificio.

Los pasillos estaban totalmente vacíos.

Tras recorrer prácticamente todo el laboratorio, sin dar con rastro de nadie, ni ningún tipo de ruido que pudiera delatarles, daba la sensación de que se hubieran esfumado.

Continuó caminando hasta alcanzar la sala de pruebas de *Overlight* y, al llegar, se percató de que había cometido un inmenso error.

La sala disponía de demasiadas entradas y, por lo tanto, había demasiados puntos desde donde podía ser atacado e innumerables flancos por cubrir en caso de ataque.

Andrea se apresuró a salir de allí a la carrera cuando uno de los hombres de Giovanni apareció junto a la puerta y se le quedó mirando. No podría imaginar que hubiera sido tan estúpido como para quedarse en el centro de una sala como aquella.

Era un hombre alto y atlético, ataviado con la misma ropa negra y la máscara oscura que le cubría el rostro.

El hombre extrajo el arma y efectuó un disparo en dirección a Andrea, que finalizó su viaje en su mano. El dolor, junto al impacto, provocó que soltara su propia arma antes de caer de rodillas sobre el suelo debido al horrible sufrimiento.

Prácticamente ya no sentía las costillas que sabía rotas.

Mientras que el dolor de su mano se le antojaba insoportable.

Alzó la vista repleta de odio y sufrimiento para observar cómo el esbirro caminaba en su dirección, con la tranquilidad de creerlo desarmado y a sus pies.

Andrea aprovechó el momento para extraer con la mano izquierda la pistola que le había robado a su compañero muerto y disparar dos tiros sobre su pecho.

Los impactos golpearon la oscura ropa al mismo tiempo en el que dos gemidos ahogados se escuchaban bajo la máscara.

Andrea era consciente de que debía salir de allí lo antes posible. Era evidente que en cualquier momento llegaría alguno de los hombres de Giovanni con tal de comprobar la procedencia de los estruendos. Se levantó con dificultad y, al poner la vista en alto, se encontró con uno de sus compañeros junto a la entrada.

—Tira la pistola y arrodíllate, Gentile —ordenó el hombre apuntándole con su pistola sobre la cabeza.

Andrea le dedicó una mirada mientras se levantaba con la ayuda de un gemido y un esfuerzo sobrehumano.

—No voy a hacerlo —farfulló con la boca repleta de sangre. Era muy probable que una de las costillas le hubiera perforado algún órgano.

—Si no lo haces, te mataré —contestó el hombre mientras elevaba el tono de voz y se acercaba hacia él.

—No, no lo creo —replicó Andrea antes de alzar la mano izquierda y tratar de efectuar un disparo.

El hombre reaccionó a las intenciones de Andrea y apretó el gatillo. El impacto en la pierna provocó que Andrea perdiera el equilibrio y cayera de rodillas.

El esbirro caminaba hacia Andrea muy despacio, con tiento, cuando este levantó de nuevo su arma antes de advertir un nuevo disparo, esta vez en el brazo izquierdo.

—Quédate quieto, no debo matarte, joder, pero no me estás dejando más opciones —se defendió el hombre visiblemente nervioso.

Andrea se encontraba arrodillado sobre el suelo, prácticamente sin ser capaz de moverse, y un dolor que le inundaba de tal forma que se tornaba insoportable. Tomó de nuevo su arma prácticamente desprovisto de fuerzas y disparó una bala que ni siquiera se acercó a su objetivo. Había perdido toda sensibilidad en su mano y falló por más de un metro de distancia.

Andrea continuó disparando hasta que su enemigo, asustado de que al final consiguiera su propósito, acabó por dispararle en el pecho.

La reacción de su cuerpo ante tal situación no fue otra que soltar el arma y caer sobre el suelo sin ser capaz de moverse. Sentía cómo su oponente se acercaba hacia él y le quitaba la pistola de entre sus dedos inertes mientras sentía que la vida se le escapaba en cada latido de su corazón.

Lo último que fue capaz de ver antes de perder el conocimiento fue la imagen de Giovanni que se aproximaba desde el pasillo.

—No me ha dado otra opción —se defendió el esbirro ante la presencia de su jefe—. Le he disparado en la pierna para no tener que matarle, pero seguía disparándome como un loco. De hecho, la última vez casi me da en la cabeza —finalizó el hombre señalando los agujeros que las balas habían provocado en la pared.

—Lo sé, sé que no lo habrías hecho si no hubiera sido completamente necesario —contestó Giovanni muy tranquilo mientras se aproximaba y le comprobaba el pulso a Andrea—. Es una pena, de verdad, que lo es.

Giovanni extrajo una navaja y le rebanó el cuello con un movimiento suave y perfecto. La reacción de su cuerpo ante tal acción no fue otra que comenzar a sangrar y tratar de sujetarse la garganta. Aunque era totalmente en balde, ya no había nada que pudiera hacer.

—Tranquilo, no pasa nada, ya está —susurró Giovanni mientras lo acostaba sobre el suelo con una extraña y oscura delicadeza—. No ha sido para tanto, ¿no es cierto?

Giovanni sacó un pañuelo de su chaqueta y limpió tanto la navaja como sus manos cubiertas de sangre antes de guardar el arma de nuevo en su lugar.

Los pasos de algunos de sus hombres se detuvieron ante un arrodillado Giovanni con terror certero reflejado en una mirada cubierta con una máscara.

—Hemos perdido a Olmedo —dijo uno de ellos sin acercarse demasiado a su jefe.

—Lo sé, ya debe de haberse llevado al chico —contestó Giovanni antes de cerrar los ojos de Andrea con los dedos.

— ¿Lo perseguimos?

—No, ellos no forman parte de esto, su parte ha acabado. Aunque la gente piense que no, yo siempre cumplo lo que prometo. Limpiad todo esto y vámonos de aquí. La policía debe estar a punto de llegar.

El hombre asintió antes de cumplir con su voluntad.

Quince minutos más tarde, la policía se adentró en el laboratorio, pero por mucho que buscó a Giovanni, lo único con lo que dio fue con varios cadáveres, entre los que se encontraba el del agente Andrea Gentile.

CAPÍTULO 26

Enero de 2031

El rostro de Rachel se iluminó antes de salir corriendo para comprobar el estado de la niña. La pobre lloraba desconsolada a causa del terror y el estruendo del disparo.

—Y está, pequeña —susurraba una y otra vez sin que ella fuera capaz de comprender sus palabras.

Andrea caminó despacio hasta ellas y por poco no se desploma sobre el suelo.

—¡Andrea! —exclamó Rachel mientras sujetaba al ex agente italiano por el brazo ante la húmeda mirada de la niña—, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Creo que tengo varias costillas rotas, pero ahora lo importante es salir de aquí —contestó con una voz insegura y tenue. Muy alejada de su personalidad.

Rachel tomó a la niña por una mano, mientras que, con el hombro contrario, ayudaba a Andrea a caminar.

Debían salir de allí lo antes posible.

Iván prácticamente no podía ni moverse.

Había recibido demasiados golpes y, después de perder tal cantidad de sangre debido al disparo, su contrincante le había sacado excesiva ventaja.

Aguardaba recostado sobre el suelo con la mano en un brazo que no dejaba de sangrar.

Frente a él, el hombre al que se enfrentaba recogió una pistola del suelo y se disponía a apuntar hacia su cabeza con la intención de ejecutarlo cuando, justo en ese preciso momento, Marco hizo explosionar la pared junto a la que se encontraban.

El enorme esbirro se volvía hacia la procedencia del estruendo cuando el muro cayó sobre su cabeza y lo aplastó contra el suelo.

Sus piernas fueron todo lo que se salvó del desastre y, bañadas en sangre, comenzaron a zarandearse hasta que se detuvieron junto con el resto de su vida.

Iván suspiró, aliviado.

Había utilizado todas las fuerzas que le quedaban para rodar por el suelo y huir de los escombros en el último momento.

Si llega a encontrarse solo un poco más cerca de su contrincante, no habría sobrevivido para contarlo.

Andrea, sujeto por Rachel y en compañía de la niña, llegaron hasta donde Iván se encontraba cubierto de tierra y el brazo ensangrentado.

—Tenemos que irnos —farfulló mientras Rachel le ofrecía la mano con la que hasta ese momento estaba sujetando la de la niña.

Iván se alzó en compañía de un gruñido y se espolsó ligeramente el polvo mientras asentía con la cabeza. El agujero provocado por Marco permitía la vista de un hermoso e inquietante bosque cubierto de nieve.

A los pocos segundos, Marco llegó junto a ellos y los cinco abandonaron la casa por el agujero que había creado la explosión.

Justo como habían planeado.

El frío era insoportable.

Durante los últimos minutos no lo había sentido debido a la adrenalina, pero al salir, Rachel comenzaba a congelarse mientras sentía cómo la niña temblaba a su vera.

Se planteaba acercar su cuerpo con tal de darle calor cuando escuchó el modo en el que Andrea caía sobre la nieve como un saco de arena.

Se aproximó a la carrera y le ayudó a darse la vuelta mientras Marco e Iván hacían lo propio.

—Dejadnos —farfulló Andrea en dirección a sus antiguos colegas. Estos, con más dudas que certezas en la mirada, obedecieron y se alejaron unos metros buscando con la mirada el coche con el que debería de llegar James en cualquier momento

—¡Andrea!—exclamó Rachel con la voz ahogada—. Por favor, no me hagas esto.

—Lo siento, de verdad que lo siento —susurró Andrea junto a su oído con la voz ligeramente desgarrada.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó Rachel mientras le acariciaba su húmedo rostro y le miraba fijamente a los ojos.

—Todo, Rachel, todo esto. Se suponía que no debía enamorarme de ti y eso complica mucho las cosas. He estado tentado de cambiar lo que debo de hacer, pero no puedo. Sé que ahora mismo te parecerá muy extraño, pero esto no es real. Nada de lo que ha pasado lo ha sido.

—¿Qué quieres decir, Andrea?, ¿cómo que nada es real? Puedo ver cómo te desangras, Andrea. ¿Por qué no me has dicho que la herida era tan grave?

—No, Rachel, no llegué a enviarte la caja. Era tan solo una prueba para saber si puedo enviártela en el mundo real. De hecho, con esta entrada ya sé dónde estará la niña y qué debo hacer para detener a Vasili. Esta es la forma en la que yo resuelvo los casos. Los recreo y, por desgracia, esto es solo una recreación en el programa Overlight de lo que pasaría si te entregara esa caja.

Rachel se quedó petrificada.

Era imposible, no podía ser verdad. Si era cierto, ella únicamente sería una creación del subconsciente de Andrea.

Pero eso no era posible, ella era ella, con todas sus vivencias y recuerdos… O…

Entonces sintió que había huecos en su memoria, cosas que nadie más podía saber. Momentos en su niñez que estaban oscuros en sus recuerdos.

—¿Quieres decir que nada es real? ¿Lo que ha habido entre nosotros no es más que una ilusión? —preguntó con un deje de melancolía en su voz mientras el frío y el cansancio hacían mella sobre su cuerpo.

—No, Rachel, lo que siento por ti es real, del mismo modo que si los sucesos de la vida real sucedieran del modo previsto, tú también lo sentirías —dijo Andrea mientras se ponía en pie, ileso, ante la atenta mirada de Rachel—. Pero eso no puede pasar, no debe. Lo que ha ocurrido

aquí es lo que pasaría si te enviara esa información, sin embargo, le prometí a Olmedo que jamás le hablaría a nadie acerca del programa y no puedo romper mi palabra.

Rachel observaba a Andrea en pie frente a sus ojos mientras trataba de asimilar sus palabras.

—He llegado a pensar en no enviarte la caja y acercarme a ti, pero no sé si de esa forma podrías sentir lo mismo que ahora. De hecho, no estoy seguro de hasta qué punto sientes lo que sientes debido a los acontecimientos que nos han llevado hasta aquí. Lo que sí que sé es que, incluso aunque te enamoraras de mí, tú eres como eres y nunca podría esconder de ti lo que hago con el programa. He tenido que escoger entre buscarte y dejar el programa para siempre o amarte en las sombras y continuar con mi deber. Y, aunque ha sido la decisión más difícil de toda mi vida, elegirte sería lo más egoísta que podría llegar a hacer.

Por un momento, Rachel se sintió totalmente destrozada, pero en un único segundo todo cambió.

Justo en el punto en el que el programa te atrapa y la verdad llega hasta ti como una tormenta. Rachel supo la verdad y esta le recorrió cada centímetro de su cuerpo. Ella era Rachel en todos los aspectos de su vida, sin embargo, al mismo tiempo, no era ella.

—Si no le envías la caja a Rachel, matará a John Marshall. Lo sabes, y su vida se acabará para siempre —dijo Rachel acercándose de nuevo hacia Andrea.

—No, no dejaré que eso pase, Rachel. Te lo prometo —contestó él mientras hacía lo propio en dirección a Rachel.

Andrea la abrazó fundiéndose en el perfume de su pelo antes de cerrar los ojos con el firme convencimiento de que jamás volvería a experimentar esa sensación.

Que realmente nunca lo había hecho.

Andrea despertó en el interior de la sala de pruebas de su laboratorio entre sudores y náuseas. Como cada vez, se encontraba tan mareado como sediento. Se levantó con cierta dificultad y bebió agua de una botella que había dejado a su vera. Siempre que entraba en Overlight había algo nuevo que experimentar, pero, para él, esa entrada había sido la más dura de toda su vida.

Había tenido que tomar una difícil decisión y sabía que siempre lo acompañaría.

Estaba enamorado de Rachel.

Eso no era su imaginación, del mismo modo que ella lo estaba de él, o, por lo menos, que lo estaría si realmente llegaran a conocerse. Y eso era real, lo más real que había sentido nunca por nadie y, sin embargo, tendría que encerrarlo en lo más profundo de su ser.

Había hecho una promesa y no la rompería bajo ninguna circunstancia. Incluso aunque en esta ocasión le desgarrara por dentro.

Sabía y entendía perfectamente lo que el programa Overlight podría significar si caía en las manos equivocadas. Si el gobierno lo descubría, lo usaría y causaría un inmenso desequilibrio en el mundo.

Levantó la cabeza y echó un ojo a la pared repleta de fotografías tanto de Rachel, como de Alina, de Vasili y de todos los que de una u otra forma habían sido partícipes de su entrada. Observó la cara de la chica y recordó su olor, sus labios y la manera en la que lo miraba mientras un nudo se formaba en el interior de su pecho que le impedía respirar con normalidad.

Aunque no podía permitirse perderse en sus penurias.

Salió de la sala de entrada al programa y pasó junto a la caja de documentos que nunca llegaría a enviarle a Rachel.

Se sentó frente a su mesa de escritorio y fue pasando a limpio en un diario toda la entrada. Tras ello, escribió en un papel todos los datos relacionados con Vasili y Alina. Dónde podían encontrar a ese hombre junto a todo lo que debían de hacer paso por paso para que la niña estuviera a salvo y Vasili muerto.

Una vez terminó de escribir, guardó el documento en una caja, salió del laboratorio y lo envió a la dirección de un agente ruso al que había conocido años atrás.

Iván Golubev.

Él se encargaría de realizar la misión como tantos otros antes que él. Mientras tanto, Andrea ya preparaba su próxima misión en las sombras.

Al fin y al cabo, Overlight había nacido para un uso muy distinto y por un motivo diferente, pero, ayudar a la gente desde las sombras, era sin duda el mejor uso que Andrea era capaz de brindarle.

Poco después regresó al interior de su laboratorio y, tras mirar la fotografía de Rachel por última vez, la quitó de la pared y la guardó en un cajón. Debía dejar paso a la siguiente investigación.

CAPÍTULO 27

Agosto de 2025

Un oscuro sueño despertó a Sergio en mitad de la noche. Su corazón palpitaba con una fuerza desmedida y el ritmo era tan frenético que no hacía, sino acrecentar su nerviosismo.

El sudor descendía por su frente y el mero hecho de respirar le costaba como si a su alrededor el aire estuviera impregnado de ceniza. Permaneció escasos segundos sin apenas movimiento en un desesperado intento por relajarse. Dio una gran bocanada de aire y lo fue liberando poco a poco hasta alcanzar que su corazón retornara a algo similar a la normalidad.

Trató de recordar su sueño, aunque únicamente fue capaz de rememorar sus sentimientos.

El terror atroz que le abrumó cuando elevó los párpados y la tranquilidad que comenzaba a retornar a su cuerpo al verse tumbado sobre su cama, fuera de peligro. La habitación aguardaba en una espesa y completa oscuridad junto a un silencio embriagador que le intimidaba. Extrajo una mano y proveyó de luz a la pequeña lamparita que aguardaba sobre su mesita con la esperanza de que al iluminar la habitación también alcanzara a dar luz a sus ideas.

No era capaz de recordar, no solo su sueño, sino su realidad. Y no comprendía ni qué hacía tumbado sobre su cama ni cómo había llegado hasta allí. De hecho, no estaba seguro de cuánto tiempo era el gran vacío de su memoria. Al iluminar la habitación, se percató de que estaba acompañado. Podía ver una larga melena rubia asomando sobre la almohada.

Se quedó inmóvil, anclado en sus pensamientos.

De repente, los recuerdos volvieron a su memoria como el metal se aproxima al neodimio. Su nombre era Sara, aunque seguía sin ser capaz de entender cómo era posible que no recordara ni el modo ni el momento de conocerla. Se levantó de la cama con sumo cuidado para no despertarla y enfiló sin demora el cuarto de baño.

Al prender la luz, sus ojos recriminaron una acción tan imprudente. Lavó su rostro con la esperanza de que más recuerdos volvieran a su mente como canes ante un buen desayuno. Se sentía extraño, como si siguiera soñando, pero no alcanzara a despertar.

Se planteó la posibilidad de haber bebido en exceso, aunque no solía hacerlo, y además su sensación difería en demasía de la resaca convencional. Observó a través del espejo cómo su rostro permanecía completamente afeitado, algo que no recordaba hacer en años. En un momento de debilidad, se clavó en su mente como una espina bien afilada el hecho de que a Laura le habría encantado ver esa estampa, pero no.

No podía permitirse pensar en ella.

Se adentró en su despacho con una parsimonia desgarradora, como si algo en su interior pudiera acarrearle un dolor inhumano. Prácticamente nunca se permitía ubicarse entre esas cuatro

paredes impregnadas de recuerdos tormentosos, y como era evidente, no había escrito una sola palabra desde que Laura desapareció de su lado junto con la vida que les esperaba.

Abrió la ventana de par en par y permitió el paso de la primera luz del alba. Todo en su cabeza parecía difuminado. Sus pensamientos se mezclaban con sus recuerdos y no distinguía con exactitud la realidad de lo que permanecía únicamente en su universo.

No se escuchaba nada más que un silencio frío y solitario que lo envolvía. Se sentía en paz allí, en pie, frente a la ventana, él solo, acompañado de sus difusos pensamientos. Retornó a la habitación tratando de hacer el menor ruido posible. Por nada del mundo querría que esa chica se despertara. No sabría qué decirle, ni siquiera era capaz de recordar dónde y cómo la había conocido. Era algo muy poco habitual el simple hecho de estar acompañado en sus dominios.

Se sentía incómodo en presencia de la durmiente joven, por lo que decidió descender las escaleras en dirección a la cocina y, al llegar, colocó dos trozos de pan en la tostadora mientras ponía en marcha la cafetera.

Acto seguido y con una cálida taza entre las manos, se sentó frente a la mesa tratando de poner en orden sus recuerdos.

Se advertía extraño.

Por un lado, sentía que no conocía a Sara, y, al mismo tiempo, tenía la sensación de que lo sabía todo acerca de ella. En el interior de su cabeza estaban su nombre, sus gustos, incluso una cantidad enorme de datos sobre su familia o sus estudios.

Una información que no recordaba que por nada del mundo ella le hubiera contado la noche anterior.

Mientras continuaba con sus cavilaciones, Sara apareció ante sus ojos mientras descendía por las escaleras que daban a la cocina. La sonrisa que llevaba por maquillaje lo dejó sin palabras.

—He tardado diez minutos en darme cuenta de que no estabas y que estaba abrazando una almohada. Parecía idiota —dijo sonriente—. ¿Eso es café? Ponme diez.

Sergio se quedó mirándola obnubilación ante su presencia.

Era una mujer preciosa, con una increíble melena rubia que le caía sobre los hombros y esa increíble sonrisa dibujada en el rostro. Sergio se ruborizó al percatarse de que la chica únicamente llevaba puesta una camiseta sobre la ropa interior.

—Claro —contestó Sergio antes de levantarse y poner algo de café en una taza.

Ella la recogió de entre sus manos y se la llevó directamente a los labios antes de beberse el contenido de un trago.

—Otro, por fa —dijo sin dejar de sonreír.

Sergio cumplió con los designios de la chica.

—Oye, ¿te importa si te hago una pregunta? —preguntó Sergio ofreciéndole una nueva taza llena de café.

—Claro, dispara —contestó Sara mientras reponía la leche en el interior de la taza.

—¿Tú te acuerdas de cómo nos conocimos? —preguntó Sergio sin apartar la mirada de la chica.

Era una pregunta que había rondado por su mente desde que se había despertado.

Sara dejó la taza en la mesa y le devolvió la mirada antes de contestar.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad que no te acuerdas? —preguntó Sara con un gesto adusto y serio.

—Sí, de verdad —contestó Sergio, nervioso. La mirada de la chica había cambiado ante su pregunta y necesitaba comprender el motivo.

—Piensa, Sergio, trata de recordar —insistió Sara antes de dar un trago a su café.

Sergio se mantuvo pensativo un instante, esforzándose en recordar.

La tranquila mirada de la chica lo animaba a hacerlo.

—¿Tú te acuerdas? Yo no recuerdo nada de ayer, lo siento —contestó finalmente al darse por vencido. Su mente estaba completamente cubierta de niebla.

—Sergio, tú y yo no nos conocimos ayer. Ocurrió hace meses en un día de lluvia. Trata de recordar —insistió la chica mientras se levantaba y se aproximaba a Sergio.

Y entonces la vio.

El momento justo antes de la colisión.

Todos los recuerdos regresaron a él como una avalancha.

El programa *Overlight*.

El tiempo que había pasado en el laboratorio para finalmente llegar hasta ese instante.

Cada momento compartido con Andrea…

Y su pérdida a manos de Giovanni.

Era incapaz de respirar.

Finalmente se encontraba frente a frente ante la chica a la que le había arrebatado la vida junto a su futuro. Tanto tiempo y sacrificio le habían llevado hasta ese momento.

—¿Tú lo acuerdas? —preguntó casi sin voz.

—Yo solo recuerdo lo mismo que tú, Sergio. Ya deberías saberlo, tú me has creado.

Sergio enmudeció.

Tanto tiempo esperando ese momento, y ahora las palabras estaban atascadas en su garganta.

Como si estuvieran atrapadas en su interior.

—Sergio, te perdono —dijo ella antes de dejar la taza sobre la mesa y colocarse a escasos centímetros del chico, que fue totalmente incapaz de evitar que una lágrima se deslizara por su mejilla.

—¿Esto es real o es solo es una imagen que yo he creado de ti? —preguntó entonces Sergio con el corazón en un puño.

Era una pregunta absurda.

Él conocía la respuesta.

Pero, al mismo tiempo, necesitaba oírselo decir a ella.

—Ya sabes que soy una imagen que has creado de mí, pero si no fuera cierta habrías fallado. Yo soy como soy… y te perdono, lo hice desde el mismo momento en el que te conocí.

—Lo siento, lo siento más de lo que he sentido nada en toda mi vida.

—Lo sé, pero ya has pagado más que suficiente por lo que hiciste, Sergio, porque tú sabes que esto no es real. No eres tú, Sergio, realmente no eres tú.

Las últimas palabras de la chica todavía rondaban por su cabeza cuando despertó en el interior de su salón sin parar de jadear.

La cabeza le estaba matando del mismo modo que cada vez que abandonaba el programa *Overlight*. Lucía un aspecto visiblemente desmejorado y era más que evidente que llevaba varios días sin ducharse. Su cabeza estaba desprovista de capilares, mientras que una gran cicatriz le cubría el ojo derecho y provocaba que cambiara de color.

Trató de respirar con normalidad, aunque le costaba un mundo. Cada vez se encontraba peor cuando regresaba al mundo real.

Sin embargo…

Al fin lo había logrado.

Aunque no había comprendido las últimas palabras de la chica.

“No eres tú, Sergio, realmente no eres tú.”

¿Qué habría querido decir con eso?

Se levantó del suelo con una energía renovada porque, aunque le dolía la pierna, por primera vez no le importaba. Se aproximó a la pizarra y, tras escribir una última raya, dibujó un círculo a su alrededor con los ojos repletos de lágrimas mientras observaba una última vez toda la información que había reunido acerca de la chica.

Acto seguido, se dirigió a una de las ventanas de la primera planta.

Estaban atrancadas y cubiertas con una balda de madera que, con mucho esfuerzo, fue capaz de arrancar con la inestimable ayuda de un martillo.

Era la primera vez que veía la luz del sol en meses. De hecho, en un primer momento incluso le cegó. Durante unos segundos, ni siquiera fue capaz de abrir los ojos.

Con los párpados todavía cerrados, fue repasando uno a uno todos los recuerdos vividos desde el aciago accidente.

Cada momento por el que había tenido que pasar…

Y entonces lo supo.

Comprendió lo que Sara había querido decir con sus últimas palabras.

No se trataba de él.

Esta no era su historia…

—¡Lo has conseguido, Sergio! —exclamó el doctor Olmedo tras su espalda.

Sergio no reaccionó ante la presencia del doctor. Continuaba anclado en sus pensamientos, vislumbrando la realidad.

Una verdad que le había sido esquiva desde hacía demasiado tiempo.

De hecho, cuando finalmente se dio la vuelta, lo hizo con su pelo castaño cubriendo su cabeza, desprovisto de la cicatriz que le atravesaba el ojo y sin dolor alguno que lo atormentara.

Se giró como el hombre que había salido de esa misma casa tanto tiempo atrás y que realmente nunca llegó a regresar.

—No, tú lo has conseguido —contestó Sergio con la mirada puesta sobre los ojos de Antonio Olmedo.

Este se quedó descolocado ante las palabras de Sergio.

—¿Yo? —preguntó, desorientado—. No te entiendo.

—Piensa Olmedo, recuerda. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Lo sabes, ya lo has hecho antes —insistió Sergio aproximándose hacia el doctor Olmedo.

Antonio trató de recordar, pero sus recuerdos estaban completamente alterados y no conseguía ponerlos en su lugar.

Recordaba haber conocido a Sergio en su consulta tras su accidente.

También el entrenamiento junto al agente Gentile y cómo se habían enfrentado a Giovanni.

Sin embargo, durante todo ese tiempo se había sentido extraño, como si estuviera dormido y no fuera capaz de despertar.

—Aquel día, después de salir de casa, me sentía lleno de ira y de rabia. Y lo único que hice para tratar de soportarlo fue beber hasta ser capaz de no sentir. Y después… después fui lo suficientemente estúpido como para conducir y estampar mi coche contra el de Sara —dijo Sergio al borde del desgarro emocional—. Y sí, ella murió en ese mismo momento, de hecho, posiblemente ni se enteró del accidente, pero no fue la única en morir aquel día de lluvia…

Antonio rompió a llorar mientras todos sus recuerdos regresaban hasta él como si nunca se hubieran ido.

Siempre se sentía del mismo modo. Cada vez que entraba en el programa le pasaba lo mismo y, sin embargo, no lograba acostumbrarse a esa sensación.

—Lo sé —contestó Antonio, aproximándose a Sergio con la mirada nublada.

—Eres tú el que está en el interior del programa *Overlight*. Tú lo creaste, y la imagen que yo reflejo como un hombre que no puede perdonarse a sí mismo es únicamente el reflejo de tus sentimientos. Eres incapaz de perdonarte que muriera estando peleados, papá.

CAPÍTULO 28

Agosto de 2025

Antonio se sentía mareado y a punto de vomitar.

Por mucho que no fuera la primera vez que se encontraba en ese mismo instante, siempre se sentía de la misma manera. Sin lugar a dudas, ese era el momento más dramático y, a la vez, feliz que tenía desde hacía mucho tiempo.

—Te fuiste demasiado pronto… —farfulló—. No puedo soportar la idea de que lo último que te dijera es que me avergonzaba de que fueras, hijo mío —terminó Antonio muy despacio, tratando de que fueran comprensibles las palabras que pronunciaba con un dolor inhumano sobre el pecho.

—Yo sabía que no sentías lo que decías, papá. Lo sabía.

—Claro que no, jamás lo he sentido. Por muy duro y exigente que haya sido contigo, siempre he estado muy orgulloso de ti, Sergio —replicó Antonio, totalmente incapaz de contener el llanto.

Todas las emociones acudían de golpe, como una tormenta de arena sobre el desierto. Todos y cada uno de los recuerdos y sentimientos le avasallaban.

—Lo sé, papá.

—Debí haber hecho mucho más para que habláramos y solucionáramos las cosas entre nosotros antes de…

—Tú no sabías lo que iba a pasar. No podías saberlo.

—No, Sergio. No debería hacer falta saber que no vas a volver a ver a tu hijo para querer arreglar las cosas con él, hijo mío. Mi orgullo y mi cabezonería son los culpables de todo y ese es un peso que jamás me voy a poder quitar.

—Eso no es cierto. Tú me llamaste, ese día trataste de hablar conmigo y fui yo el que no te contestó. Tú lo intentaste, hiciste todo lo que estaba en tu mano y yo no te brindé la oportunidad —dijo Sergio con un tono de voz desgarrado debido a la intensidad del momento.

Padre e hijo se miraron con unos ojos repletos de sentimiento.

Llenos de recuerdos y de culpa.

Culpa por no haber sido capaces de arreglar sus problemas cuando estaban en posición de haberlo hecho. Y la sensatez de saber que ya era demasiado tarde.

—Ya lo sé, Sergio, he estado en este momento y hemos tenido esta conversación cientos de veces. Llegué al final del programa hace mucho tiempo. Pero esta es la única forma que tengo de volver a ver a mi hijo —dijo Antonio, permitiendo que las lágrimas resbalaran por su mejilla.

Había hecho lo imposible por contenerse, pero finalmente se estaba liberando. Cada sentimiento que había en su interior debía de salir a la superficie.

—No me voy a ir a ninguna parte, papá, y puedes venir a verme siempre que lo necesites. Pero debes de tener muy claro que mamá es la que está ahí fuera contigo y que, si sigues pasando más tiempo aquí que en el mundo real, al final acabará por irse. Ella sí que se marchará.

Antonio deslizó la mirada hacia el suelo antes de contestar.

—Hace mucho tiempo que tu madre se fue, Sergio. Me obsesioné contigo y ella no pudo soportarlo. Lo intentó, pero no fue capaz de entender lo que yo trataba de hacer para verte.

—Nunca es demasiado tarde, papá. Siempre hay algo que se puede hacer. Si haces lo que sabes que debe de hacerse, mamá regresará. Del mismo modo que Andrea acabará por detener a Giovanni. ¿Es esa la verdadera razón por la que estás aquí, no es cierto? Quieres conocer mi opinión al respecto.

Ambos continuaban mirándose de frente. Sergio estaba junto a una ventana que daba a una oscura calle, todavía medio cubierta por una balda de madera. Y Antonio, junto a la cocina, con la mente a pleno funcionamiento.

—Así es, Sergio. Hasta ahora solo yo he utilizado el programa *Overlight*, pero el agente Gentile quiere utilizarlo para atrapar a ese hombre, a Lucca Giovanni. Y yo necesitaba ver todo lo que podía ocurrir antes de aceptar enseñarle —dijo Antonio mientras alcanzaba a serenarse. Tenía otra razón para realizar esa entrada y tenía que centrarse en salir con las ideas claras acerca de ello.

Tenía que tomar una difícil decisión al respecto.

—Ahora ya sabes qué es lo que debes hacer, papá. Conoces bien a Andrea, y si alguien debe ser el primero en utilizar el programa, sin duda alguna es él.

Antonio asintió mientras una escueta sonrisa se dibujaba en su adusto rostro.

—Debo irme ya, Sergio —dijo Antonio antes de limpiar el cristal de sus húmedas gafas.

—Nos veremos pronto, aunque ninguno de los dos lo recordará —contestó su hijo con una melancólica sonrisa.

—Te quiero, hijo.

—Y yo a ti, papá.

Padre e hijo se fundían en un sentido abrazo cuando Antonio cerró los ojos y se dejó llevar hacia la oscuridad.

Antonio Olmedo despertó en el interior de la sala de pruebas de su laboratorio, sobresaltado. Le dolía la cabeza como un demonio y le costaba respirar del mismo modo que siempre que abandonaba el programa.

Trataba de respirar con normalidad mientras se ponía en pie y bebía un trago de agua que tenía preparado junto a él.

Caminó con cierta dificultad hasta alcanzar la sala contigua, repleta de fotografías de Sergio e información acerca de su vida, junto a recortes de noticias relacionadas con su mortífero accidente. Del mismo modo, en una pared cercana, dio con la misma cantidad de datos acerca del agente de la Interpol, Andrea Gentile.

Estaba agotado, el pobre hombre llevaba demasiado tiempo viviendo de esa forma, utilizando el programa para visitar a su hijo cada vez que podía. Casi no dormía, comía o salía de casa más que para ir al laboratorio. Su vida era por y para *Overlight* y, aunque había tratado de mantenerlo en riguroso secreto, hacía unas semanas había recibido una visita de un agente de la Interpol

preguntando por el programa. Por mucho que hubiera ido con mucho cuidado, sí que había precisado de cierta ayuda de algunos colegas neurólogos y bioquímicos, sobre todo para la fabricación de las pastillas, una vez que ya tenía claro su contenido. Y estas charlas habían sido menos clandestinas de lo que sus deseos habrían precisado.

El agente Gentile acudió a su laboratorio para pedirle ayuda.

Este, un hombre destrozado que llevaba años tras los pasos de un asesino italiano llamado Lucca Giovanni, estaba convencido, por lo que había escuchado, de que utilizando su programa podría finalmente dar con él.

Evidentemente, Antonio se negó en rotundo a ayudarle.

Ese hombre estaba loco.

Loco y desesperado, y esa era la peor clase de demente.

El programa *Overlight* no se había creado para un propósito ni remotamente similar. Él lo sentía como la única manera de volver a ver a su hijo tras su prematura muerte y había dedicado demasiado tiempo y dinero a crearlo como para dejarlo en manos de un policía.

Sin embargo, ese hombre era muy insistente, incluso llegó hasta el punto de mostrarle las fotografías de algunas de sus víctimas que no tendrían más de doce años en un intento por tratar de provocar que cambiara de opinión.

Su primer encuentro aconteció en su despacho.

Andrea entró como una tormenta sin pedir permiso ni cita. No dio su nombre a su secretaria ni habló acerca de la razón de su visita. Se adentró en su despacho y, sin mediar palabra, dejó un informe sobre la mesa.

—¿Qué coño es esto? —preguntó el doctor Olmedo en primera instancia con su mirada puesta sobre la carpeta que Gentile había dejado sobre su escritorio—. ¿Y quién cojones eres tú y qué haces en mi despacho?

—Soy el agente Andrea Gentile, de la Interpol, y eso que tiene ahí es mi respuesta a su futura negación cuando le diga lo que necesito de usted —contestó Andrea con tono brusco mientras sus manos se dirigían hacia la madera del escritorio de Antonio.

Tras ese día se vieron varias veces, aunque Olmedo seguía sin estar convencido. Las imágenes de lo que ese hombre había hecho se habían quedado grabadas en su retina, sin embargo, era muy peligroso que su trabajo saliera a la luz.

Jamás había imaginado la utilidad que se le podía dar al programa en las manos equivocadas. Él únicamente había buscado con desesperación una despedida.

Un perdón.

Pero la presencia de ese hombre junto a su proposición le indicaban que podía haber mucho más. Y estaba en sus manos una decisión que podría cambiar las cosas.

Lo que no era capaz de saber era en qué dirección.

Antonio se preguntaba si realmente podría ayudarle o si simplemente debería de hacerlo. Había creado algo increíble y era consciente de que guardárselo para él era un acto profundamente egoísta, pero, al fin y al cabo, necesitaba la opinión de la persona para la que lo había creado.

Después de varios días de repasar los pros y los contras, decidió que dejaría la última palabra a su hijo Sergio.

Por lo que, después de ese día, comenzó a preparar una entrada en la que Sergio y Andrea se conocieran y de esa manera pudiera tomar su decisión.

Antonio, en el fondo, era consciente del peligro que acarreaba su creación. Si caía en las manos equivocadas, podría usarse como un arma. Y no quería ni imaginar *Overlight* en las infames manos del ejército, no le importaba de cuál se tratara. Ninguno le daría un uso que el doctor Olmedo fuera capaz de tolerar.

Si finalmente entrenaba a Andrea, sería con una firme condición de absoluta discreción. Nadie, bajo ninguna circunstancia, podía enterarse de lo que hacía ni su modo de hacerlo. Sin embargo, si finalmente demostraba que el programa servía para dar con los monstruos que viven en nuestro mundo… si *Overlight* era capaz de salvar vidas, la muerte de su hijo no habría sido en vano.

Antonio vertió el oscuro y potente café sobre una taza mientras se preparaba para transcribir en su diario su última entrada.

Como siempre, se ha creado una necesidad.

En la entrada al programa, Sergio todavía seguía con vida.

Sufría severos problemas de habla a causa de un supuesto sentimiento de culpa por la muerte de la chica y se volvía necesaria mi presencia.

Al cabo del tiempo, tanto Sergio como Andrea consiguen utilizar correctamente el programa Overlight y, tras esta entrada, he decidido que puedo entrenarle.

Será la primera persona en usar el programa que no sea yo mismo, espero que pueda ser utilizada para hacer las acciones adecuadas; el programa en las manos equivocadas, he comprobado que puede ser muy peligroso.

Al final he conseguido darme cuenta y hablar con mi hijo.

Como siempre, ha sido increíblemente intenso. Las sensaciones allí dentro son completamente distintas a nada que puedas sentir en el exterior y el momento en el que todos tus recuerdos llegan a ti de golpe es realmente duro para cualquier mente.

Pero como siempre, ver a Sergio y estar junto a él es la razón por la que todo esto existe, la razón de la existencia del programa Overlight.

CAPÍTULO 29

Diciembre de 2030

El juicio fue rápido, tal y como Rachel había previsto. Al no contar con testigos, el fiscal no disponía de las pruebas necesarias como para continuar con la acusación y el juez desestimó el caso sin dilación ni reparos. Por lo que John Marshall salió por la puerta principal del juzgado penal en el Centro Cívico de Manhattan como un hombre libre y sin cargos, pese al enfado y los abucheos de la muchedumbre que aguardaba en el exterior del juzgado con pancartas acusadoras y amenazas de muerte.

John Marshall se alzó de su asiento mientras dedicaba una gran sonrisa a Rachel que, ardiendo en rabia, precisó de la sujeción de su compañero para no abalanzarse sobre su cuello.

Rachel había mantenido contacto con el fiscal encargado del caso a lo largo de todo el proceso para tratar de discernir la manera óptima de enfocarlo. James Williams era un fiscal joven, ayudante del fiscal general, que buscaba méritos para ascender tanto en la fiscalía como en política. Era un hombre realmente ambicioso y, para Rachel, alguien en el que no se podía confiar a pies juntillas. Tanta ambición siempre guardaba un lado oscuro.

Todavía con la burlona sonrisa de ese hombre recorriendo su retina, abandonó el juzgado con premura directa hacia su apartamento con un cabreo del demonio. Russell trató de invitarla a tomar una copa en un intento nimio de tranquilizarla, pero ella se negó en rotundo.

Ya tenía planes para esa noche.

Se metió en la ducha con tal de permitir que el agua resbalara por su piel en unos últimos momentos de paz. Su pelo negro y rizado tardaría horas en secar, por lo que trató de que la humedad no llegara a alcanzarlo. Se apeó de la ducha, se vistió con ropa que no había usado en años y después de esperar lo que ella consideró suficiente, salió de su casa con un pequeño revólver sin identificar escondido tras sus vaqueros.

Tomó un taxi en dirección a un restaurante de moda en el centro de Manhattan, dio dos vueltas a pie y aguardó detrás de la primera esquina, en la calle 46, junto a la Tercera Avenida, en el East Side de Manhattan.

A las dos horas de tensa espera apareció solo. El muy cabrón era demasiado engreído como para llevar seguridad, incluso sabiendo que la mitad de Nueva York lo quería ver muerto.

Siempre iba caminando a casa las tres manzanas que la separaban de su restaurante favorito. Más que suficiente para lo que Rachel pretendía hacer. Se aproximó sigilosa hacia un John Marshall que caminaba dando bandazos por todo el alcohol que portaba en la sangre.

Acababa de extraer el revolver de la parte trasera de sus vaqueros y aumentaba levemente la velocidad cuando un estruendo inundó el ambiente.

Rachel levantó la cabeza con la intención de buscar la procedencia del disparo y, al bajarla de nuevo, vio al hombre al que había ido a matar en el suelo con un gran agujero en la cabeza.

Se acercó a su cuerpo y le tomó el pulso.

Sin duda alguna estaba muerto.

Alguien se le había adelantado.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue buscar al tirador, aunque realmente no sabría si detenerle o agradecerle el hecho de haberle evitado tener que hacerlo ella misma. Al fin y al cabo, ejecutar a alguien a sangre fría es algo muy difícil de olvidar.

Andrea Gentile guardó su fusil, se puso en pie y observó por última vez a Rachel junto al cuerpo de John Marshall.

Tras unos segundos, suspiró y bajó del edificio por la escalera de incendios de la parte de atrás, con la cabeza puesta en su futuro; con la mente enfocada en el programa Overlight y tranquilidad de que Rachel no tendría que hacer nada de lo que tuviera que arrepentirse.

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

Y para finalizar y, ahora que ya has llegado al final de "**Overlight Parte dos**" me gustaría hacerte una pregunta.

¿Te ha gustado?

Tanto si la respuesta es un sí como si es que no como una casa, dímelo.

Conocer tu opinión me ayudará tanto a mejorar en el futuro como a que nuevos lectores conozcan mis novelas.

Puedes dejar una review escaneando el código QR.



¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DEL PROGRAMA OVERLIGHT?

Escanea el QR para estar al tanto de todo.

Habrá avances, tráiler, fotografías, descripciones de personajes, preguntas sobre nuevos libros, cosas curiosas y, por supuesto, contacto directo conmigo.

También tendrás la posibilidad de darme tu opinión sobre todo lo que quieras, en un principio relacionado con los libros, no me cuentes si te gusta más el azul glauco que el imperial.

Básicamente porque no tendré ni idea de la diferencia.

Y cuando digo que puedes darme tu opinión lo digo totalmente en serio.

Pues es que me ha parecido una pu… mier…

Pues me lo cuentas.

Que te ha gustado…

Pues también.

Igual que si me quieres contar cómo me has conocido, desde donde me lees, o si te gusta la tortilla de patata con cebolla o no tienes ni puñetera idea de la vida. Vamos, que menos lo del azul lo que te rote.

Así que lo dicho, escanea el QR y nos vemos al otro lado.



Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO “OVERLIGHT PARTE DOS”

¿QUE?

Todas las respuestas han sido resueltas.

Olmedo ha entrado en el programa para ver su hijo de nuevo para hacerle una preguntas.

¿Debería el programa utilizarse para el bien?

¿Es Andrea Gentile el hombre adecuado para ello?

Supongo que habrás sacado tus propias conclusiones al respecto.

Pero…

¿Y ahora?

Pues puedes disfrutar del resto de mis sagas…

LA EXPERIENCIA

LA EXPERIENCIA I

UNA MADRE EJEMPLAR

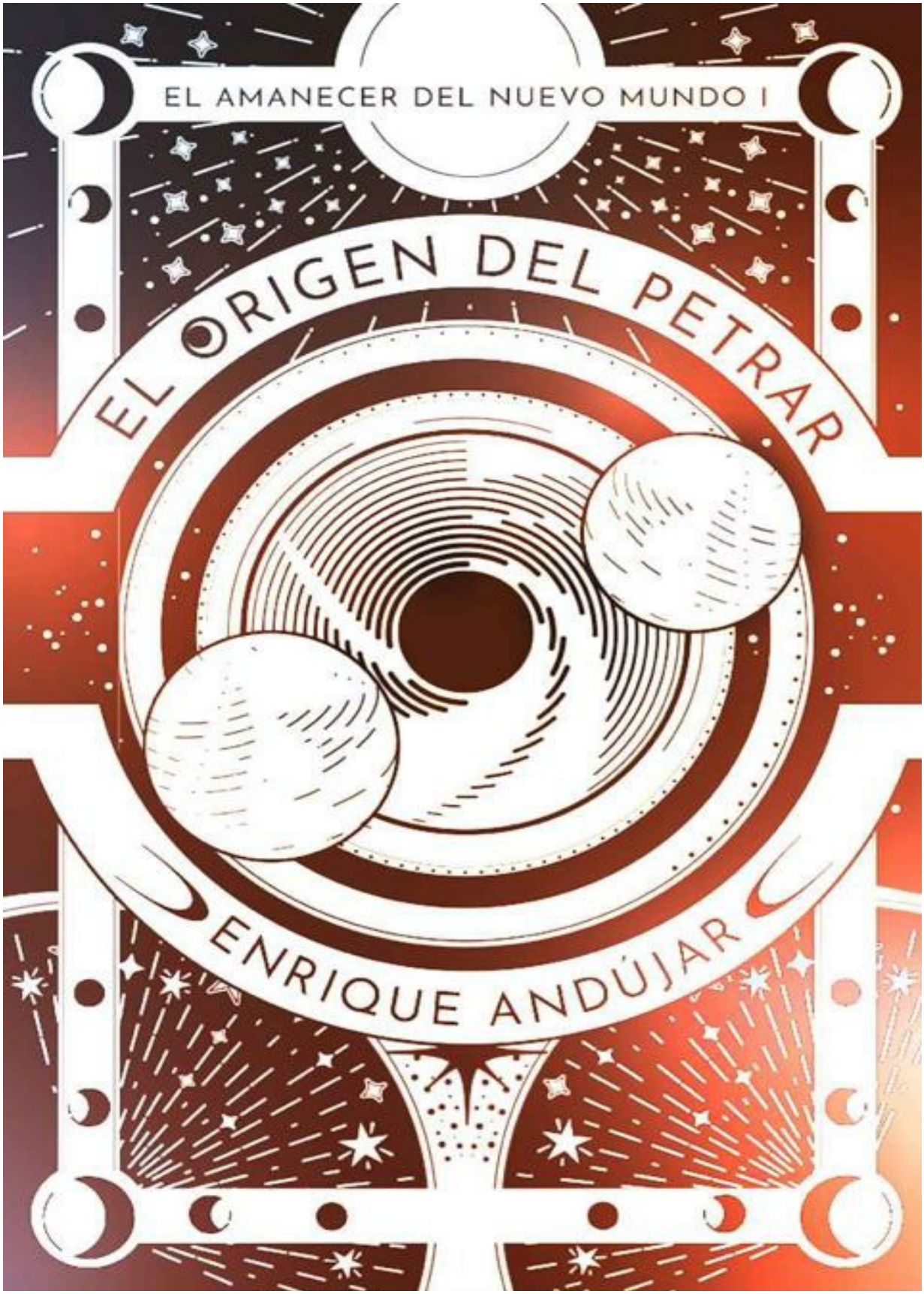
BIENVENIDOS A "LA EXPERIENCIA"



ENRIQUE ANDÚJAR



EL AMANECER DEL NUEVO MUNDO


EL AMANECER DEL NUEVO MUNDO I
EL ORIGEN DEL PETRAR
ENRIQUE ANDÚJAR



NUMEN

NUMEN 0

LA SOMBRA DEL CAZADOR



ENRIQUE ANDÚJAR

